

Kobo Abe
ENCUENTROS SECRETOS



Lectulandia

Una noche, una ambulancia despierta al protagonista y a su esposa con órdenes de trasladar a la mujer al hospital, pese a que ella asegura que está sana. Estupefacto, el hombre no atina a subir al vehículo. Al día siguiente, luego de varios interrogatorios, da con un hospital al que podría haber sido llevada, pero no hay rastros ni registros de su mujer, y a nadie le importa el asunto. Pronto el hombre descubrirá que nada es lo que parece. Su búsqueda lo lleva a adentrarse en un hospital laberíntico y pesadillesco, mezcla de *shopping* y laboratorio, lleno de subsuelos y alas abandonadas, donde opera una red de vigilancia constante y se realizan experimentos sexuales extravagantes.

Otra obra maestra de uno de los escritores más talentosos y originales del Japón, sobre la pesadilla que puede ser la medicina y la vida moderna. Una novela absurda y divertida, erótica e inquietante, que bien podría ser «el fruto de la colaboración de Hieronymus Bosch, Franz Kafka y Mel Brooks» (*Chicago Sun-Times*).

Lectulandia

Kôbô Abe

Encuentros secretos

ePub r1.0

jugaor 11.09.18

Título original: (*Mikkai*)

Kôbô Abe, 1977

Traducción: Ryûkichi Terao y Gregory Zambrano

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El amor a los débiles siempre implica el germen de un
homicidio...

[CUADERNO I]

Sexo: Hombre

Nombre y apellido: (Omisión)

Número de código: M-73F

Edad: Treinta y dos años

Estatura: 1,76 metros

Peso: 59 kilos

Hombre musculoso pese a su aparente delgadez. Usa lentes de contacto debido a una miopía mediana en los dos ojos. Cabello ligeramente rizado. Una cicatriz leve en la comisura izquierda de los labios (originada probablemente por una riña en sus años estudiantiles, pero es de carácter dócil). Fuma menos de diez cigarrillos al día. Experto en patinaje sobre ruedas. Fue modelo de desnudos durante una temporada. En la actualidad es empleado de la Casa Subaru de Deportes, y se desempeña como jefe de promotores de los zapatos de salto (los que tienen un elástico especial, conocido como cojín de burbujas, en las suelas). Su pasatiempo favorito consiste en armar productos manuales. Fue galardonado con medalla de bronce en un concurso infantil de invenciones, organizado por un periódico local, cuando cursaba el sexto año de primaria.

Este informe se hizo tras una serie de averiguaciones sobre el hombre en cuestión. No hay que dar importancia a las formalidades, ya que no se trata de algo oficial.

En la madrugada, alrededor de las cuatro y diez, llevé, según lo acordado, alimento para el caballo al antiguo campo de tiro que ocupaba entonces el ejército de tierra, donde me encargaron repentinamente esta misión. No me disgustó, porque yo mismo había insistido en la necesidad de realizar unas investigaciones más profundas, pero a decir verdad solo deseaba que averiguaran el paradero de mi esposa. Creí que accederían a mi petición, pues no me dieron ninguna información al respecto, ni siquiera sobre el sexo de la persona señalada. Quizá me he ganado cierta confianza entre ellos, puesto que las investigaciones en general conllevan cierta autoridad, según su naturaleza.

Además, el caballo estuvo de buen humor esta mañana, algo raro en él. Me dijo que había dado ocho vueltas al trote, de un extremo a otro, en el antiguo campo de tiro. Era un terreno bien apisonado, que mide doscientos cuarenta y ocho metros, y, para mi sorpresa, me dijo que solo se había caído tres veces durante todo el ejercicio.

—En resumidas cuentas, me estoy entrenando para correr solo con las patas traseras —tenía la voz quebradiza, entrecortada por los jadeos, mientras se plantaba jactancioso con sus patas traseras, probando saltitos ligeros, luego de secarse el sudor de la cara con la toalla que tenía enrollada alrededor del cuello y de beber de un solo trago largo la leche envasada—. Uno está acostumbrado a abusar de las patas delanteras, lo cual siempre resulta fatal. Si usted quiere trotar como caballo, debe concentrar las fuerzas en las patas traseras en el momento de pegarlas con las delanteras, apoyándolas de manera suave, casi como si fuesen un timón.

Nos encontrábamos cerca del límite marcado para el alcance de los tiros, en aquel campo extendido de este a oeste, y que tenía forma de cueva. En la pared lateral, casi a la altura del techo, se alineaban unos tragaluces de cristales fijos como tienen las ventanas de algunos trenes, pero todavía no se filtraba la luz. Al pie de la pared del fondo se apiñaban unos sacos de tierra y se veía una trinchera profunda que serviría de blanco para los tiradores. A los dos lados de la trinchera había grandes aparatos de iluminación, también de un color blanco ya opaco, que vertían una luz débil, insuficiente para disipar la oscuridad del recinto. En el extremo oeste, donde se apostaban los tiradores, había algo en forma de fosa oscura. Al dar saltitos, el caballo proyecta una doble sombra espigada sobre el terreno seco y blanco, y queda como un insecto atrapado en una telaraña.

No traté de contradecir al otro que quería hacerse pasar por un caballo, pero a decir verdad distaba mucho de ser un caballo auténtico. Para empezar, era desproporcionado: el cuerpo era demasiado corto y gordo, con el talle escurrido, y las patas traseras se encorvaban en una forma extraña, como si estuviera a punto de evacuar. Ni siquiera una montura hecha de papel permanecería sobre el lomo sin resbalarse. Acaso los miopes lo tomarían tal vez por un camello raquíptico o un avestruz con cuatro patas.

Para colmo, vestía una camiseta celeste sin mangas, bordada de carmesí, y pantalones deportivos de algodón índigo, con la cintura rodeada de tela de algodón, blanqueada para disimular la juntura, y calzaba zapatos deportivos blancos. ¡Qué dislate!

—Claro, las bicicletas también funcionan de la misma manera. Uno corre el riesgo de caerse en una cuesta cuando no frena primero la rueda trasera.

—Con este ritmo quizá mañana estés rebotando con los zapatos de salto.

El caballo lanzó una pequeña carcajada. Yo no me reí, pero en cambio repercutió el eco de la carcajada. El techo armado de arcos y paralelepípedos alternos, destinado supuestamente a la insonorización, no parecía dar buen resultado. ¿O eso era solo para que se sostuviera sin columnas?

Tras engullir sin masticar el sándwich de jamón y lechuga, el caballo tomó a sorbos el café del termo, sin endulzar, y dijo que quería seguir un rato más con sus ejercicios. No se sentía tranquilo, consciente de que solo le quedaban cuatro días para su participación en el aniversario. Quería pasar desapercibido hasta el día del evento para hacer una aparición sorpresiva, cosa que lograría sin dificultad, ya que ningún curioso podría asomarse a esas horas en el antiguo campo de tiro.

Me encargaron las susodichas investigaciones cuando ya me despedía. Me entregaron, como de paso, un cuaderno grande de papel de buena calidad, en el que estoy escribiendo ahora mismo, y tres casetes con etiquetas en el lomo, señaladas con el mismo código «M-73F» y números sucesivos. Me explicaron que los casetes contenían palabras del personaje en cuestión, grabadas por aparatos de escucha clandestina o micrófonos escondidos.

De repente una sospecha cruzó por mi cabeza: ellos se hacían los tontos a pesar de que sabían algo de mi esposa. Me indigné, pero al mismo tiempo me sentí aliviado al saber que al fin habían cambiado de estrategia. Habían pasado tres días desde la desaparición de mi esposa. ¿Cómo podría estar tranquilo en esas circunstancias? Regresé enseguida a la habitación y me apresuré a escuchar desde el comienzo los casetes, que duraron un poco más de dos horas en total. Luego de escuchar todo, permanecí sentado, absorto, durante casi una hora.

Me sentí defraudado: no detecté en la grabación nada que tuviera que ver con mi esposa, ni siquiera con una presencia femenina. El sujeto, que fue cortado, pelado y revuelto por los micrófonos secretos y también por sus perseguidores, era un hombre. Chasquidos, carraspeos, tarareos desintonizados, masticaciones, ruegos, adulaciones insinceras, eructos, sonidos nasales, excusas titubeantes... El hombre en cuestión fue despedazado y expuesto mediante esos fragmentos desordenados. Para colmo, el hombre era yo mismo, que andaba alborotado de un lado a otro en busca de mi esposa desaparecida.

A medida que me calmaba, sentí una tremenda rabia. Qué disparate tan absurdo. Me estaban tomando el pelo. ¿Me querían indicar que me buscara a mí mismo antes de buscar a mi esposa? Pero lo único que me interesaba averiguar no era nada

complicado sino, simple y llanamente, el paradero de mi esposa. ¿Buscarme a mí mismo como si fuera un carterista que se roba su propia cartera o un policía que se esposa a sí mismo? ¡Qué despropósito!

Además, me ponían condiciones plausibles. En primer lugar, exigían que me sometiera a un detector de mentiras en cuanto ellos me avisaran, para evitar que torciera los hechos a mi favor. Otras cláusulas me sugerían que me abstuviera, en lo posible, de revelar nombres propios y que en principio me presentara en tercera persona: es decir, nombrarme a mí como «él» y referirse a él como «el caballo». ¿Me querían amordazar para bloquearme las vías de comunicación, salvo la que tenía con el caballo? ¿Por qué estaban tan asustados?

Sin embargo, ya he empezado la redacción, al fin y al cabo. No sería correcto decir que les estoy haciendo caso a regañadientes. Esta mañana supe que el caballo era sincero, ajeno por completo a maniobras sospechosas. Se dedicaba con fervor a los ejercicios, y se mostró compasivo cuando abordó el tema de las investigaciones. Claro, no me pasó inadvertido el término «caso», que usó por primera vez para referirse al asunto. Aunque fuera de una manera indirecta, comprendió la dificultad que yo enfrentaba. Estas investigaciones tan extrañas se podían considerar como parte de un proceso de elaboración más detallada del informe acusatorio. La obligación de relatar en tercera persona quizá apunte a reforzar la credibilidad del informe y llamar la atención del personal relacionado —debe haber personas a cargo de la prevención de crímenes, así como del control y la disciplina, entre otras— con la organización. El exceso de modestia suele confundirse con el acoso.

Espero poder presentar este relato, como me han exigido, redactado como un informe, mañana por la mañana. Reproduciré con la mayor fidelidad la situación laberíntica en que yo, que soy él, he quedado atrapado, complementando los fragmentos grabados con los hechos que solo yo conozco. A lo mejor lograré escribir en tercera persona lo que no sería capaz de revelar relatando en la primera.

Ahora, no me importa que después supriman este preámbulo en el caso de que les parezca innecesario. Dejo la decisión en manos del caballo.

Una mañana de verano, llegó una ambulancia sin que la solicitaran y se llevó a la esposa del hombre.

El suceso lo tomó por sorpresa. La pareja se encontraba profundamente dormida hasta que esa sirena inesperada les arrebató el sueño. Ella no estaba lista para enfrentar la situación. No había ningún síntoma en el cuerpo de la esposa, hasta donde ella fuera consciente. Sin embargo, los dos tripulantes que entraron a la casa con una camilla, malhumorados quizá por la prolongada vigilia, no les hicieron caso, argumentando que nadie estaba preparado cuando se lo llevaban de urgencia.

Vestidos con batas blancas, almidonadas, con las cabezas protegidas por cascos blancos con logos oficiales y las bocas cubiertas por máscaras de gasa, los tripulantes les mostraron una ficha con datos precisos sobre la esposa, desde su nombre hasta la fecha de nacimiento, que los dejó sin ninguna posibilidad para rebatirlos.

No les quedó más remedio que abandonarse a la suerte. La esposa, avergonzada quizá por su pijama encogido y arrugado, se acostó, obediente a las instrucciones, entre las dos agarraderas de la camilla con las rodillas dobladas, mientras los tripulantes la envolvían en una sábana blanca, cortando en definitiva la comunicación entre la pareja.

La camilla crujía al bajar la escalera, dejando a flote un olor a tónico capilar mezclado con creosol. El hombre sintió alivio al recordar que la esposa llevaba ropa íntima. Pronto, la ambulancia arrancó haciendo sonar la sirena, y con parpadeos de la luz roja. Tras lanzar una última mirada tímida desde la puerta del departamento, el hombre miró el reloj, que marcaba las cuatro y tres de la mañana.

(El siguiente diálogo fue extraído del lado B del primer casete. El número que aparece en el contador de la grabadora es 729. Alrededor de la una y veinte del mismo día del suceso. En la oficina del subdirector del hospital en el que la esposa fue internada, supuestamente. El subdirector habla con fluidez en voz baja y se muestra un tanto irónico en los momentos de relajación. Mi voz precipitada, cargada de gestos, tampoco suena mal, aunque caigo en la cuenta de que debo evitar el vicio de fruncir los labios hacia el final de las frases. Me molesta el tictac del reloj apresurado que marca las horas sin cesar, demasiado cerca del micrófono).

Subdirector: Pero no entiendo por qué no hiciste nada en el mismo momento.

Hombre: Estuve tan desconcertado que no supe qué hacer. Solo recuerdo que empecé a calentar un poco de agua en la tetera.

Subdirector: Hubieras abordado tú también la ambulancia.

Hombre: Me dijeron lo mismo cuando marqué el 119 para preguntar por mi esposa.

Subdirector: Hubiera sido el acto más lógico.

Hombre: ¿No te parece que tales vacilaciones son normales?

Subdirector: Yo no habría titubeado. Una ambulancia podría ser un disfraz ideal, quizá más que un coche fúnebre, para objetivos criminales. En ese espacio cerrado se encuentran una dama joven solo con sus prendas íntimas y tres hombres musculosos con máscaras. Si fuera en el cine, lo que sigue sería una escena cruenta. Esa tela crepe de que, según dices, está hecha la ropa de tu esposa, es muy cómoda y transpirable, pero se la quitarían con facilidad porque es flácida.

Hombre: No hables así, por favor.

Subdirector: Solo estoy bromeando, pero soy realista y reacio a tragarme historias

inverosímiles.

Hombre: Pero tú sabes muy bien que la ambulancia en cuestión llegó a este hospital.

Subdirector: Al menos está registrada su llegada.

Hombre: ¿Será que el portero me mintió?

Subdirector: No deberías hacer semejante afirmación sin pruebas.

Hombre: Entonces no hay duda de que mi esposa está en el hospital, pues no saldría de aquí sin tener ropa para cambiarse. Además, la única puerta abierta a esas horas es la de la misma entrada, vigilada por el portero.

Subdirector: Podemos hacer anuncios cuantas veces quieras, pero me parece poco probable que una mujer adulta se pierda en un hospital en pleno día. Ni la policía lo tomaría en serio.

Hombre: ¿No te parece posible que se haya visto obligada a internarse por alguna mala interpretación?

Subdirector: Tu esposa se negó a hacerse el chequeo médico, sabes.

Hombre: Solo el personal del hospital sería capaz de tramar algo tan complejo.

Subdirector: Lo único seguro hasta ahora es que alguien marcó el 119 para pedir la ambulancia y que esta llegó a tu casa.

Hombre: ¿Qué quieres decir?

Subdirector: Qué lío si es verdad lo que dices. Desde luego me gustaría ayudarte, pero para eso necesitamos pruebas. Deja el asunto del portero en nuestras manos, que ya lo estamos averiguando. Ahora me parece más urgente que tú mismo compruebes tu inocencia.

Hombre: Es una sospecha sin fundamento alguno.

Subdirector: No se puede refutar la posibilidad.

Hombre: Soy solo una víctima de algo criminal.

Subdirector: Eso no prueba ninguna falla de parte del hospital.

Hombre: ¿Qué quieres que haga?

Subdirector: ¿Por qué no hablas con los vigilantes, primero? Es tu falta eso de no haber verificado la escena con tus propios ojos. Luego, trata de recoger información en la sala de espera para volver al punto inicial. Al tratarse de un suceso con tiempo y espacio muy acotados, quizá consigas uno que otro testigo sin dificultad.

(Después de esta entrevista, el subdirector se fue de la oficina para asistir a una junta mientras a él-yo lo presentaron, por mediación de la secretaria, al jefe de vigilancia. Dejaré para después los detalles de esta entrevista. De momento solo me limitaré a transcribir la declaración del portero que presencié el ingreso de mi esposa, grabada en el lado A del primer casete. El contador marca el número 206. Su credibilidad fue comprobada más tarde por un detector de mentiras).

—Estaba dispuesto a revelar todo cuanto sabía sin titubear, si el doctor y también

subdirector me hubiera preguntado más en detalle. Lo lamento mucho, de verdad, pues, de haberlo hecho, el asunto se habría resuelto sin más líos.

Para empezar, me permito aclarar la circunstancia en que llegó al hospital la paciente referida. A las cuatro y dieciséis de la mañana, trece minutos después de la solicitud de ingreso, enviada por el centro de urgencias, llegó la ambulancia, y me di cuenta de que la paciente y los tripulantes discutían acalorados por algo. Según me explicó el representante, la paciente, que había sido obediente durante el trayecto, hasta la entrada nocturna del recinto, se alborotó diciendo que no estaba enferma, que estaba bien de salud, y se negó a bajarse de la ambulancia. Yo mismo acudí a la escena para aconsejarle en un tono severo que no se diagnosticara a sí misma, que de todas maneras consultara con el médico de guardia, pero no hizo caso de ninguna manera. De modo que no me quedó más remedio que cancelar la solicitud de servicio al médico y a la enfermera de guardia. Impacientes por la demora, los tripulantes decidieron marcharse y, pese a mis objeciones, tuvieron razón al decir que no estaban obligados a transportar a una persona sana. De modo provisional me hice cargo de la paciente y firmé el papel de entrega al representante, el señor Ono, a quien conocía desde antes. No creo que haya cometido un error al proceder de esta manera, si tenemos en cuenta el hecho de que últimamente hay tantos pacientes que deambulan de un hospital a otro sin ser aceptados durante muchas horas. Del puesto de enfermeras me llamaron para averiguar la situación y contesté que se había anulado la solicitud, lo cual fue despachado enseguida.

La paciente era una mujer de baja estatura, amigable (iba a decir deseable y se corrigió), con cara redonda, de piel blanca y ojos almendrados, y sudaba un poco pese al vestido ligero, que consistía en un kimono veraniego de algodón con estampas de tulipanes negros sobre un fondo rosa, una faja de cinturón tejido, de tonos negro y verde, y ropa íntima de algodón, tipo bikini. Fuera de su ropa, no llevaba ninguna pertenencia. Con la ficha de solicitud de la ambulancia pude confirmar que tenía treinta y un años de edad, pero la paciente no accedió a revelar su nombre ni su dirección.

Al quedarnos a solas, la paciente se mostró muy avergonzada ante mi presencia, y el rubor le cubrió desde la cara hasta el pecho. Declaro todo esto pensando que les sirva de soporte para cuando quieran hacerse una idea de cómo es la paciente. Cuando me pidió que le prestara el teléfono para llamar a su marido, le expliqué con cortesía que tenía que ir al teléfono público de la sala de espera para hacer llamadas externas, y enseguida me rogó que le prestara una moneda de diez yenes, que luego me compensaría con cien, hasta mil yenes, cuando su marido viniera a recogerla. Por desgracia no tenía sino billetes de mil yenes, que no servirían para el teléfono público, y le dije en broma que buscara por debajo de los bancos de la sala de espera a ver si encontraba alguna moneda, pero cuando vi que de verdad se iba, la retuve compadecido, prestándole unas sandalias y suplicándole que esperara conmigo la llegada de su marido. Fue un intento fallido, pues salió sin hacerme caso. No la seguí,

por un lado, porque tenía que permanecer en el sitio y por otro, para evitar una mala interpretación.

Como la paciente tardó mucho en volver, pensé, mientras leía una revista que había dejado a medias, que tal vez habría conseguido una moneda por casualidad, pero al cabo de otro largo rato de espera me preocupé, sospechando que, con la convocatoria no del todo anulada, la había encontrado el médico de guardia. Recuerdo que me sentí extrañamente aliviado con esta sospecha infundada, pues acababa de enterarme del rumor que corría sobre la vida privada del médico. Por más que me pregunten, no sé explicar por qué me sentí aliviado en ese momento. Luego me arrepentí, avergonzado de todo corazón de mi propia especulación maliciosa, cuando me dijeron que el médico de guardia no había salido ni una sola vez de la sala de descanso. Para mí es un misterio el itinerario que siguió la paciente de ahí en adelante, pero puedo afirmar con certeza que no pasó nadie más por la entrada nocturna hasta el cambio de guardia.

Firmo y sello esta declaración tras releer lo escrito y confirmar la veracidad del contenido.

Ahora, volvamos una vez más al cuarto del hombre. A esa misma hora, debía estar temblando la tapa de aluminio de la tetera con el agua hirviente. El hombre quería preparar un café para calmarse un poco, pero no encontraba el filtro de papel en ningún lado. Se sintió aún más desolado ante la sensación de que la ambulancia no solo se había llevado a su esposa sino también los pormenores cotidianos de su vida matrimonial. Tomó unos sorbos de agua, y se puso de pie. Pese a la frente sudorosa, sentía un pedazo de hielo punzante en el estómago.

Percibió unos maullidos. No, era la sirena de la ambulancia que pasaba por alguno de los tantos callejones enrevesados que intrincaban la zona. ¿Se darían cuenta del error y vendrían a devolverle a la esposa? Abrió la ventana. Una telaraña brillaba con rocío nocturno debajo del alero ondulado de zinc. La sirena se interrumpió. Un gato en celo, tras un largo recorrido, se encontró con la pareja ideal. Toda la vecindad se convertía en nido de gatos en celo en esas horas desiertas.

Soplaba una brisa suave que olía a granos tostados. El incinerador de la fábrica de películas estaría a punto de encenderse. El aire que calaba el cerebro le devolvía el sentido de la realidad. Cerró la ventana. Escuchó el chillido de una bicicleta al frenar. Con pasos asordados escuchó cuando depositaron el periódico matutino en el buzón. No tuvo ganas de leerlo, pero no pudo resistir la tentación. Tras una ojeada rápida a la primera plana, revisó la sección del horóscopo en la última página: «Elefante con frente ancha, nuca alta, orejas verticales, cabeza redonda, vientre colgante, pies gruesos y con vestido, comida y cama».

De repente se inquietó al recordar que la esposa no llevaba ropa de repuesto. No sería capaz de tomar un taxi con ese atuendo informal. No le quedaría más remedio

que llamar por teléfono desde el hospital. No faltaría quien le prestara monedas para la llamada. Cualquiera se enternecería ante la sonrisa inocente de una mujer atrapada por un infortunio tan ridículo.

Decidió esperar la llamada. Mientras esperaba, leyó tres veces seguidas el periódico, desde el comienzo hasta el final. ¿Por qué tardaría tanto para conseguir una moneda de diez yenes? Vio la foto de un restaurante de ramen en ruinas, que había explotado por una fuga de gas propano. En el rincón derecho inferior vio un pequeño anuncio que decía: «Perro perdido».

Por fin se decidió a marcar el 119.

Cosa propia del número de urgencias, le contestaron sin esperar el segundo timbrado:

—Número 119, dígame.

Se arrepintió de repente ante el tono apremiante y embarazoso, y devolvió despacio el auricular. Enseguida empezó a sonar el teléfono y el hombre, desconcertado, retrocedió hasta la pared de la sala. Una vez que era atendida, la llamada de urgencias estaba programada automáticamente para quedarse en la línea hasta que terminara de plantearse el asunto. El teléfono siguió sonando sin cesar, como una tortura inclemente.

Sin más remedio, el hombre levantó el auricular.

Al tratar de explicar la situación, se dio cuenta, como había temido, de que le resultaba demasiado difícil explicar lo que le había pasado. No había por qué extrañarse si otra persona no llegara a comprender lo que él mismo no lograba explicarse cabalmente.

El interlocutor lo atendió con paciencia y discreción al otro lado de la línea telefónica. Había escasos antecedentes en que los familiares, a menos que fueran un caso de colapso repentino, preguntaran dónde se había internado algún paciente. Como la ambulancia jamás salía sin ser requerida, tenía que haber algún familiar que la solicitara. Sin cerciorarse del parentesco verdadero no podían revelar ninguna información al respecto a ese individuo que negaba que se hubiera hecho la solicitud, cuando de hecho había una persona atendida en la ambulancia. Los registros del centro de urgencias eran datos confidenciales que solo se manejaban internamente.

Explicado el asunto, no fue capaz de refutarlo. Se secó el sudor de las palmas de las manos frotándolas en la camisa y se enderezó para serenarse. Era sorprendente la delicadeza con que se administraban las labores de urgencias. No había prisa. Ni siquiera eran las seis de la mañana. Su esposa quizá solo se habría puesto en contacto con uno que otro vigilante nocturno y no era del todo improbable que ninguno de ellos dispusiera de monedas de diez yenes.

Ya clareaba. Era un rayo solar que iluminaba durante escasos minutos del amanecer veraniego la juntura del alero de zinc, pero era una luz, al fin y al cabo. La oscuridad tiende a inhibir a los seres humanos. Un alboroto inoportuno podría resultar humillante para su esposa. Se afeitó, se lavó la cara y mordió un tomate recién

lavado. Revisó el contenido del bolso para confirmar cuántos catálogos de los zapatos de salto quedaban a su disposición.

Los zapatos de salto tienen un elástico especial, una plataforma de burbujas en las suelas. Por toda su superficie se distribuyen unos tubos de caucho sintético con capacidad de volver a su forma, como lo hace una pelota de goma de buena calidad. Adquirida la destreza necesaria, se estima en promedio un aumento de treinta y siete por ciento de la capacidad saltadora. Son productos recién estrenados, innovadores y con mucha potencialidad, que ya han empezado a ganar cierta reputación entre los niños de primaria y secundaria, propensos a los juegos de contacto físico, pero que con ingenio podrían desplegar más posibilidades aún, dando origen, por ejemplo, a un nuevo deporte oficial.

Quería hacer promoción por lo menos en seis sitios. En los últimos meses se ha observado un creciente interés por los aparatos para el mejoramiento de la salud, dispuestos entre las secciones de compras en las empresas administrativas, tradicionalmente reacias a esa clase de negocios. Incluso, ya hay tiendas con vitrinas dedicadas a productos de mejoramiento de la salud. Se puso una corbata azul claro, jovial, con estampas de llaveros plateados.

Pasó por el cuartel de bomberos más cercano a la casa. Luego de aquella experiencia desagradable, originada por la llamada al 119, no guardaba más esperanza que la de confirmar que no había novedades. Resultó, sin embargo, que lo atendió de manera cordial un suboficial de piel morena que daba la voz de mando a los miembros jóvenes para dirigir los ejercicios físicos en el patio. Tras dejar la rutina en manos de otro colega, le explicó que su cuartel no cubría la vecindad de la pareja e hizo llamadas para averiguar cuál era la unidad responsable, no sin antes servirle té caliente para aligerar los minutos de espera.

Efectivamente, estaba registrada la salida de una ambulancia a las cuatro de la mañana. Al confirmar la dirección y el nombre, el suboficial le facilitó sin más el dato sobre el hospital que había acogido a su esposa. Luego de un inicio abrupto, todo fluyó con una rapidez tan desmedida que casi le dio risa. El suboficial le explicó con un mapa grande la localización del hospital y la ruta para llegar allí. Le pareció demasiado lejos, pero lo convenció el argumento de que la distancia no figuraba entre las condiciones impuestas por los hospitales para aceptar casos de emergencia. Enseguida el hombre se dirigió a la parada de autobús. Aunque se sintió un tanto precipitado, no quiso perder la suerte que lo favorecía.

A las siete treinta y dos, ya había una cola como de quince personas en la parada. Al bajar del autobús, abordó un tren para luego cambiar al metro y tomar otra línea de autobús.

En cuanto bajó en la parada «del hospital», según le habían indicado, distinguió el portal, fácil de reconocer, al fondo de una calle ancha que se cruzaba en ángulo recto

con la avenida del autobús. Bajo los cerezos que extendían sus ramas en forma de arco sobre las dos aceras, todo el pavimento estaba cubierto por excremento de larvas, lo cual evidenciaba que se trataba de una rambla poco transitada, de uso casi exclusivo del hospital. Todavía estaba cerrado el portal, mitad pintado de negro y mitad de rojo ya oxidado, con una capa de mugre encima. Todavía estaría en obra, esperando la pintura.

Había una cabina telefónica en una esquina del cruce. Las ocho menos seis minutos. Al juzgar que faltaba bastante tiempo para que abrieran la puerta, decidió hacer una llamada a la oficina. Como no había llegado ningún vendedor todavía, llamó a un colega joven que vivía en el dormitorio ubicado detrás del edificio de la empresa. Lo tomó por sorpresa justo cuando se calzaba para salir. Sin tener la menor idea de cuánto tardaría en localizar a su esposa, el hombre le pidió que asumiera en su lugar las labores pendientes para esa mañana. El colega joven accedió con presteza sin dedicar mucha atención a sus explicaciones. Con la venta cada vez más acelerada de los zapatos de salto, los vendedores se disputaban día tras día los clientes. El colega no tendría de qué quejarse, pues, afortunadamente, había obtenido uno muy importante, la sección de compras de una cooperativa, que su mismo jefe se había asegurado para esa mañana.

Siendo el máximo responsable de la venta de zapatos, el hombre siempre había sido un promotor sobresaliente en la empresa, estimado sobre todo por su capacidad de concertar contratos lucrativos. Esto quizá se fundamentaba en su particular forma de demostrar la eficacia de los zapatos de salto delante de los clientes interesados. Calzado con ellos, el hombre corría, en cámara lenta pero con suficiente velocidad, como un atleta aventajado de media distancia, que se dispone para el remate final. Además, sabía hacer piruetas ágiles sin requerir siquiera una carrerilla, como si fuera un acróbata montado en un trampolín. A decir verdad, se trataba de ejercicios agotadores que requerían altas reservas de energía, pero eran aplaudidos por los clientes inexpertos que lo tomaban como un síntoma de mejoría física. No lo podrían acusar de estafa, pues no promovía ningún poder sobrenatural. El hombre tenía confianza en su capacidad de convencer por lo menos a dos tercios de los clientes, con tal de paralizar durante unos minutos su sentido de la vergüenza para dedicarse a su acrobacia. Al fin y al cabo, una mañana perdida no le resultaría nada grave.

Sin embargo, tenía que entrar a la reunión de vendedores en la tarde a como diera lugar, porque iba a asistir el dueño de la empresa, que regresaba de su visita a la feria de juguetes celebrada en Canadá. Quería entregarle en persona la versión final del plano, elaborado tras sucesivas deliberaciones, para mejorar el soporte de burbujas. Aferrado aún al orgullo y ambición de haber sido galardonado en el concurso infantil de invenciones, el hombre ansiaba ser reconocido en áreas técnicas. No estaba satisfecho con el cargo actual de jefe de promotores, bajo la sospecha, quizá infundada, de que se lo habían otorgado más por sus méritos de deportista y modelo de desnudos. A pesar de que había obtenido resultados notables, todavía se sentía

lejos de desplegar su capacidad al máximo. Podría aspirar a un puesto mejor remunerado cuando lograra patentar un invento.

Una sombra emergía de repente para coincidir con la figura del hombre a través del cristal de la cabina telefónica.

Era una mujer de su misma edad, que escrutaba hacia el interior, con el cuerpo pegado a una esquina de la cabina. El hombre la miró a los ojos, que permanecían inmutables detrás de las gafas sin montura, como si estuvieran observando movimientos de algún objeto inorgánico. Con el busto erguido, lucía unos pantalones azul oscuro que le resaltaban las líneas de los muslos, y llevaba una blusa blanca con lunares de un color parecido a la yema de huevo. Sería una enfermera, para andar por allí a esas horas. El hombre devolvió el auricular y salió de la cabina, sosteniendo la puerta para dejarla pasar.

Sin embargo, la mujer no mostró ningún interés en moverse de donde estaba parada, y los dos se enfrentaron casi nariz con nariz, de una manera extraña. El cabello de la mujer olía a fósforo quemado. Bajo la luz oblicua, los lentes se veían levemente colorados. Unas gotas de sudor brillaban como perlas iluminadas en la cuenca entre sus pechos.

—¿Qué tienes?

El hombre balbuceó ante el murmullo enigmático que lo tomó por sorpresa.

—No, nada en particular...

—¿Qué cuerpo tan macizo. ¿Practicas algún deporte?

La mujer le pellizcó sin fuerza el brazo, y deslizó los dedos hasta el hombro a lo largo de los músculos, acto demasiado provocativo para ser un examen médico. El hombre retrocedió hasta donde ya no podía más, impedido por una valla hecha con palos de madera, que protegía los cerezos.

La mujer continuaba en un tono burlón:

—¿Qué te pasa, que se te ha erizado la piel? Apuesto a que sufres de neuralgia o asma. Los hombres musculosos tienden a tener problemas en los nervios autónomos. ¿Tienes carta de recomendación para la consulta?

—No, yo no estoy enfermo.

—Ah, ¿no? —La mujer bajó la voz al instante, pero enseguida recuperó su tono inicial—. Pero como quien dice, un camino de serpientes solo te lleva a las serpientes. Es mejor confiar el asunto en manos de un agente experto que recurrir a conocidos pero ignorantes, sabes. Claro, el precio varía según el rango del médico, pero hay jóvenes muy buenos que no cobran mucho. Solo con el respaldo de experiencias acumuladas sabrás decir qué médico y de qué sección es apropiado para una enfermedad determinada.

Al decirlo, le entregó una tarjeta de presentación:

Factoría autorizada, solícita y experta, con diez años de experiencia en trámites de urgencias, consultas generales, hospitalización, etc.

Mediaciones Mano

Rambla del hospital, núm. 8
Tel: 242-2424

De repente sonó un altavoz:

«Quienes quieran estacionar, por aquí, por favor. Quienes quieran estacionar, por aquí, por favor».

Y luego, otro altavoz:

«Juego completo para hospitalización en oferta. Tenemos utensilios necesarios para hospitalizados. A precio especial, solo en la mañana».

La mujer sonrió, mordiéndose un poco el labio inferior.

—Ves que hay mucha competencia.

Los edificios con apariencia de tiendas comerciales, que abundaban en las dos aceras de la rambla de cerezos, estaban preparándose para iniciar su jornada laboral. En algunos se abrían contraventanas y postigos, con gente regando o instalando banderas de anuncios, y en otros, ya listos, los dependientes se encontraban sentados en las sillas bajo los aleros, con micrófonos portátiles en las manos. En su mayoría eran factorías multifacéticas, que ofrecían encargarse de trámites de toda especie.

—No te molestes por mí, que no necesito ninguna consulta.

—No estoy hablando solo de consultas, sino que te puedo ayudar con cualquier otro asunto.

—No te preocupes, me las arreglo yo solo.

—Sabes, el otro día puse en contacto a un distribuidor de ajedreces magnéticos con una persona de la sección de compras. Este tipo de ajedrez es muy conveniente pues se puede jugar acostado, y salió muy agradecida. A un productor de un canal televisivo lo ayudé a realizar, tal como deseaba, el proyecto de filmar gestos de enfermos en agonía...

—Mira, solo quiero hablar con el encargado de la atención nocturna, o sea con la gente apostada en la ventanilla para atender las urgencias, y confirmar un par de datos.

—No eres periodista, ¿verdad?

—Qué va.

—Confirmar algo no es tan fácil como tú crees, pues ese sector es famoso por su carácter confidencial. No permite la entrada sino a las ambulancias. Claro, así debe ser, porque nunca faltan vagabundos o borrachos que intentan colarse con cualquier pretexto.

—Voy a entrar por el portal para solicitar formalmente una cita con el encargado.

—Qué ingenuo eres. Ahí empiezan a atender a las ocho. A esa hora hay un relevo del personal, lo cual quiere decir que a más tardar a las ocho y media se van los del servicio nocturno. ¿Qué vas a hacer?

—¿Qué hora es?

—Son las ocho y dos.

—Ay, qué lío.

—Por eso te he dicho: el camino de serpientes solo te lleva a las serpientes. Mira, de entrada te cobraré 780 yenes, precio fijo que no permite ninguna rebaja, pero cuando todo salga como desees, solo tendrás que pagar, a ver, 2500 yenes, incluyendo la recompensa que hay que dar a la gente involucrada.

(Creo que he dado demasiada importancia a esta anécdota, quizá insignificante para las investigaciones sobre mí mismo, en torno a la cabina telefónica. Si le parece inoportuno el uso de la primera persona, la puede sustituir sin problema por la tercera. A decir verdad, la cinta entregada por el caballo iniciaba con este fragmento. No me explico cómo podían vigilarme con micrófonos a esas alturas cuando todavía no me había identificado ante ninguna persona del hospital. No me queda más remedio que suponer que la desaparición de mi esposa estaba planeada de antemano. Mañana en la mañana le señalaré esta sospecha al caballo en su propia cara).

La tienda de la mujer era la séptima, en la misma acera de la cabina telefónica. La mitad de la fachada la ocupaba la vitrina con muestras de obsequios para los enfermos, con precios indicados en las etiquetas. La cortina de bambú, al lado de la puerta corrediza, serviría para tapar el sol declinante. El interior estaba a oscuras, y un hombre pequeño, calvo y barbudo, se sentaba detrás del mostrador cerrado de un solo lado.

—Aquí viene un cliente —la mujer le habló con brío al barbudo—. Cóbrale, por favor.

La mujer desapareció, haciéndole un guiño al hombre, detrás de la puerta cubierta por un calendario grande, a modo de biombo, que tenía un modelo en traje de baño. El barbudo sacó un formulario por debajo del mostrador y le ofreció una silla al hombre.

—Va a ser otro día caluroso.

—¿Cuánto era?

—Siete con ochenta...

El barbudo guardó las monedas de cien yenes en una caja de seguridad portátil y metió las monedas de diez en la boca de la alcancía en forma de gato, de unos treinta centímetros de altura, que movía su mano maquinalmente. Luego le dio una factura meramente formal tras marcarla con un sello de caucho. Apenas adelantó el cuerpo, se recostó contra el respaldo y empezó a contemplar distraído la calle con sus ojos

vacíos, moviendo sin parar los dedos cruzados sobre el pecho. De repente apareció una moneda de diez yenes entre los dedos. Al cabo de varios giros la moneda se dividió en dos, antes de fundirse otra vez en una, y enseguida aparecieron tres. Eran transformaciones tan rápidas que el hombre nunca logró descifrar los movimientos de los dedos para saber si era una sola con tres reproducciones fantasmales o eran tres que se hacían un fantasma.

—Qué habilidad.

—Soy prestidigitador profesional. Pero últimamente los magos han ahuyentado a los prestidigitadores.

—¿Qué diferencia hay entre prestidigitación y magia?

—La prestidigitación requiere arte, mientras que la magia solo se basa en trucos. —Se esfumó la moneda de cien yenes entre los dedos—. Oye, ¿tienes alguna enfermedad venérea?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Los que no aclaran de entrada el objetivo de la consulta casi siempre padecen de enfermedades venéreas.

—Mira, no vengo al hospital.

Se percibió un susurro sobre la rambla de cerezos, presagiando la llegada del viento tras mucho tiempo de ausencia. En la tienda de la otra acera arreció la voz reforzada por el altavoz:

«Comercial Sakura ofrece ropa de alquiler, tenemos todas las tallas, colores y estilos. Un accesorio gratis para vestidos femeninos. Comercial Sakura, siempre bien surtido, respaldado por experiencia y credibilidad, ofrece todo a buen precio. Fianza mínima, mitad de precio para quienes vengan con carnet de conducir. Vengan a ver, Comercial Sakura ofrece ropa de alquiler...».

—Claro, necesito ropa de alquiler.

El hombre estaba a punto de levantarse cuando se dio cuenta de que, concentrado demasiado en la búsqueda de su esposa, se le había olvidado traer la ropa de repuesto, indispensable desde luego para ella.

—¿Para el saque?

El barbudo golpeó el puño derecho contra la palma de la mano izquierda para producir un ruido cómplice.

—¿Cómo? ¿Saque, dices?

En vez de responderle, el barbudo colocó un álbum grande sobre el mostrador y empezó a hablar con una precipitación vehemente:

—Dime la edad, el tamaño, el color favorito... No tienes que ser demasiado exacto si se trata de una mujer. Con que me digas la estatura aproximada, te podré proponer algunas muestras de talla adecuada.

—Mide uno sesenta más o menos, con cuerpo de contextura mediana.

El barbudo hojeó con celeridad las páginas del álbum para señalar un maniquí con piernas delgadas, sonriente, con los labios fruncidos, que vestía un traje de una sola

pieza. Era de tela liviana con pliegues volátiles en el escote, ceñida con holgura por un cinturón. Si no fuera por su color beige, el diseño produciría una impresión de antigualla.

—A ver, ¿qué te parece? Con el cinturón se puede ajustar a cualquier talle y, doblado bien, lo puedes guardar en el bolsillo. Producto altamente recomendable para sacar a una mujer. ¿No quieres anillos, collares o lentes de sol? Esos pequeños detalles cambian la impresión de la ropa de alquiler.

La mujer regresó al terminar de negociar por el teléfono del fondo con el vigilante del servicio nocturno, que ya casi se iba a casa. Había logrado convencerlo por un pelo. Incluyendo la recompensa y la fianza por la ropa de alquiler, el hombre tuvo que pagar 15.500 yenes y solo le quedaron 1230 yenes en la cartera. Mientras sacaban la cuenta, el barbudo envolvió el vestido que, en efecto, cabía a duras penas en el bolsillo del traje. El hombre creyó oírle decir al barbudo que le dejaba gratis un accesorio, pero lo apresuraron a salir sin darle tiempo de verificar de qué se trataba.

Según la mujer, la puerta de servicio estaba como a trescientos metros a la izquierda del portal, a lo largo de la reja. Luego de darle al hombre unas instrucciones escuetas sobre la manera de hablar con el vigilante, la mujer lo animó en un susurro insinuante, acariciándole las costillas con los dedos:

—Corre, guapo, llámame cuando necesites algo.

El hombre pasó rápidamente por debajo de los cerezos. Estaba seguro de que todavía podía correr cien metros en menos de trece segundos.

Logró ubicar un claro donde se interrumpía la reja y vio que desde ahí se extendía hacia arriba una pendiente de concreto con relieves antideslizantes. La puerta indicada se encontraba al fondo. Al lado del alumbrado rojo sobresalía en diagonal un objeto en forma de tubo, que debía de ser una cámara vigilante. El hombre apretó el botón negro, justo debajo del rojo, de uso exclusivo para las ambulancias, y enseguida le respondió una voz por interfono. Al darle el número de recepción de Mediaciones Mano, se abrió la puerta, que parecía moverse en automático a control remoto. La sensación de un vacío de aspecto demasiado gris se le adhirió a la cara como un papel mojado y frío.

A medida que los ojos se acostumbraban, el gris bruñido se fue transformando en una sala de espera blanca, no tan amplia, destinada quizá solo a pacientes de urgencias. Una cuarta parte estaba reservada a una cama para casos imprevistos. El piso era de losas, al igual que los de muchas salas de operación, y el aparato de luz del cielorraso era desplazable. Quizá ahí mismo operaban si había necesidad. La ventanilla estaba al frente de la salida de emergencia y había dos puertas juntas a la derecha. La puerta del fondo tenía una capa de acero inoxidable. La pared que de ahí se extendía en línea recta estaba ocupada casi por entero por la puerta grande del ascensor de carga. Salvo la puerta con cubierta de acero inoxidable, todo era blanco,

incluyendo el marco de la ventanilla y la cortina corrida al otro lado del cristal.

El hombre se desconcertó ante el blanco homogéneo, cuyo carácter impersonal le producía un efecto agresivo, capaz de congelar los sentimientos humanos, y sintió aún más lejana a su esposa.

Se abrió la cortina. La ventanilla se movió como a la mitad de su anchura para descubrir la cara polvorienta de un viejo con la vista alzada. El hombre se decepcionó doblemente ante el gesto distraído e indiferente del recién llegado.

No hubo necesidad de presentarse, pues el vigilante sabía para qué lo buscaba el hombre. Buen síntoma, que evidenciaba que su esposa sí había pasado por ahí. Al sentir que se le relajaban todas las coyunturas del cuerpo al mismo tiempo, el hombre se dio cuenta de lo nervioso y tenso que había estado hasta entonces. Debido quizás a la remuneración ofrecida por Mediaciones Mano, el vigilante se puso de un momento a otro mucho más elocuente de lo necesario. Le habría parecido indiferente quizá porque se sumía en sus pensamientos. Tenía una curiosa manera de lamerse el labio superior, sacando de cuando en cuando la punta extrañamente roja de la lengua cuando hablaba. ¿Parecería más viejo de lo que era por las manchas de vejez en los pómulos y el cabello blanco?

En fin, hablaba demasiado. Tanta verborrea no servía de nada para aclarar algo tan sencillo como el paradero de su esposa. Actuaba como si tratara de revolver el sedimento de un tarro, para enturbiar el agua. El hombre se inquietó de nuevo.

(El contador marca 68—: la grabación clandestina se interrumpe después de la charla con la mujer de Mediaciones Mano y se reanuda por aquí. La notable diferencia en calidad del sonido indica que la conversación fue grabada de manera distinta que la del otro micrófono. De la escena que comienza a partir del 68 elimino la explicación referente al rechazo a la consulta que manifestó mi esposa antes de dirigirse a la sala de espera de pacientes externos en busca de una moneda de diez yenes —206 del contador—, ya que está relatada en detalle en la declaración del vigilante, antes transcrita. En adelante, trataré de ordenar, según las palabras evasivas del vigilante, el destino de mi esposa, que ya no merece otro término que desaparición. Me permito aclarar que lo he complementado con datos obtenidos después y con mis reflexiones posteriores).

El vigilante estaba fuera de sí. Habría deseado suprimir todo si no hubiera sido por la visita del hombre.

A las ocho horas con dieciocho minutos, el vigilante acababa de regresar a esta sala, cuando lo llamaron de Mediaciones Mano. En general, el proceso de relevo se realiza de la siguiente manera: el vigilante se peina mirándose en un espejo de mano y cuenta el número de pelos caídos antes de ajustarse la bata blanca, pues la bata de los vigilantes, que solo llega a la cintura, tiene dobladillos negros en las solapas, propensos a desordenarse. Después de confirmar que no se observa anomalía en el

manejo de llaves, atraviesa la puerta que está al frente de la salida de emergencia y enfila por un pasillo estrecho, de uso exclusivo del personal, hacia la sala de espera de pacientes externos, de una extensión casi como de una cancha de tenis. Visto desde el lado del portal central, a mano derecha están las ventanillas de la farmacia y de pago, y a la izquierda las de varias secciones. Por el medio se estira un pasillo, como de cinco metros de ancho, hacia el fondo, donde están las salas de consulta y examen, pero a esas horas está cerrado por un postigo contrafuego. Encima de la ventanilla de la farmacia se instala un tablero electrónico para anunciar el número del paciente que debe pasar a reclamar su medicina. Frente al tablero se colocan cuatro filas de nueve bancos, mobiliario que ocupa el mayor espacio de la sala. En un rincón al lado izquierdo del postigo hay un pequeño portillo, detrás del cual la persona de servicio diurno pasa la lista de limpiadoras. A las ocho menos cinco, cuando suena el timbre, el vigilante recorre con la mirada la sala entera, antes de quitar el candado del portillo. La persona de servicio diurno ingresa agachada con la bata blanca corta, idéntica a la del vigilante, con los dobladillos en la solapa. Tras cambiar los saludos de siempre, el vigilante le entrega el manojito de llaves y, en caso necesario, le hace, sea de manera oral o escrita, un informe escueto. A esas alturas los farmacéuticos y los oficinistas empiezan a llegar, según el rango y la categoría. Bajan del segundo piso (ubicado al nivel de la entrada y salida, porque el edificio está situado a mitad de la ladera de una loma), donde hay casilleros de uso exclusivo para los empleados. Descienden por la escalera que los conduce directamente a sus oficinas; la sala de espera permanece en silencio, pese al bullicio que se percibe detrás de las ventanillas todavía cerradas. Los dos vigilantes hacen un recorrido por la sala de espera, acto ceremonioso que no tiene ningún significado. Consumado así el relevo, el vigilante de servicio diurno abre el baño para visitantes y el armario de instrumentos de limpieza y, con la señal que lanza a través del portillo, las cinco limpiadoras irrumpen alegres, entretenidas con chismes cotidianos, para iniciar sus labores diarias. El de servicio diurno se dirige al puesto de vigilancia, mientras el de servicio nocturno se libera de su trabajo.

Sin embargo, otro gallo cantó esa mañana: quedaba pendiente la paciente que habían traído en la ambulancia. Habían pasado casi cinco horas desde que se fue a la sala de espera de pacientes externos a buscar monedas de diez yenes. Nadie había ido a recogerla. Presagio nada positivo. Una sensación áspera, como la de un cigarrillo a medio quemar en el fondo de un cenicero, pero sin ánimo para averiguarlo, vaya a saber por qué. Para qué molestarse a esas alturas. Se habría cansado de buscar monedas y, tras un descanso, se habría quedado dormida en uno de los bancos. Debía pensar en cómo conseguirle ropa para que se pudiera marchar por la salida de emergencia antes de la hora del relevo. No le sería complicado dejarla en manos de alguna factoría, con pago diferido.

Y terminó pasando lo peor que se pudiera imaginar: la mujer se había esfumado. En la sala despejada que no se prestaba a ningún escondite, el vigilante recorrió con

cuidado supremo todos los rincones, detrás de las columnas, en los huecos de las paredes, por debajo de los bancos. Revisó, a sabiendas de que era en balde, todas las puertas que comunicaban la sala de espera con las oficinas de la farmacia, pago y recepción, y confirmó que todas estaban trancadas desde el interior.

Qué lío más fastidioso. ¿Cómo lo explicaría al vigilante de servicio diurno? De noche esta sala de espera de pacientes externos se convertía en un callejón sin salida, cuyo único escape era la salida de emergencia. Típico espacio cerrado, que aparece con frecuencia en novelas policíacas. Desde luego, el vigilante había reflexionado a su manera. Podría haber otras vías de escape, pero ninguna se habilitaba sin ayuda de algún cómplice. Las puertas, sin excepción, no se podían abrir sin llaves desde el lado de la sala de espera, a pesar de que desde el interior bastaba con girar los pomos.

¿Quién se atrevería a tal osadía? Había una posibilidad, que no dejaba de ser una sospecha infundada del vigilante. Si acaso acertara, podría ser peor todavía. Una acusación sin pruebas le costaría cara. Por otro lado, no debería despachar la desaparición de la mujer en un informe escueto. Enseguida le caería la sospecha de que estaba dormido en horas laborales. Claro, la mejor solución era ignorarla por completo.

El vigilante se decidió a no revelar ni una palabra sobre la mujer desaparecida.

Apenas tomada la decisión, lo llamaron de Mediaciones Mano para avisarle de la visita del hombre. Mala suerte. Era obvio para qué lo buscaba: se trataba de esa mujer. Querría evitarlo si pudiera. Pero si rehusaba atenderlo, iría enseguida con el vigilante de servicio diurno, lo cual sería peor. Tarde o temprano descubrirían la falla cometida en el momento del relevo. La omisión voluntaria en el informe significaba una infracción grave, especificada en el reglamento laboral. No tenía sentido ser sancionado por causa de un adulterio ajeno. No le quedaba más salida que atenderlo. No le resultaría difícil torear a un hombre con cuernos puestos en la madrugada.

(Adjunto aquí la copia del último renglón del libro de registro de urgencias).

Núm. 6	29/06/77	Nublado	4:16	Emergencia	Sexo:	Edad:	Familiares:	Dirección:	Teléfono:
					Mujer	31			

—Creo que te refieres a esta mujer —dijo el vigilante con la típica voz ronca de trasnochado, mientras deslizaba el libro de registro con tapas duras a través de la ventanilla. En el último renglón de la página abierta había una columna a medio llenar, tachada por dos líneas de tinta roja, seguramente para señalar la anulación.

—La edad es la de ella, y es muy probable que llegara aquí a esas horas.

—Si esta es la persona que buscas, no podré serte de gran ayuda. Como ves, dejé en blanco el nombre y la dirección. Oficialmente no se registró siquiera.

—¿No te parece extraño que no haya vuelto desde que se la llevaron de urgencia?

La buscaría por mi cuenta si me dijeras dónde podría estar.

—Desde luego podría estar aquí.

—¿Aquí...?

Se percibió una onda de tensión en la postura y la mirada del hombre. El vigilante le mostró una sonrisa incómoda. Los dos dientes reforzados relucían demasiado blancos.

—Bueno, lo digo porque creo que será inútil buscarla en otras partes si no está aquí.

—¿O sea que está aquí?

—¿Acaso la ves?

El vigilante se retiró para que el hombre pudiera observar mejor el espacio. La estación de guardia era un tubo rectangular, muy sencillo, como de ocho tatamis, equipado con estantes y escritorios armados con tubos de acero, sin un rincón para esconderse.

—No me parece probable que se atreva a salir con esa ropa.

—Claro, con esa ropa.

—¿Será mejor reportarlo a la policía?

—Yo no soportaría semejante humillación... ¿No ves que se trata de una mujer de treinta y un años, hecha y derecha? Sería vergonzoso patalear tanto.

—Pero quién se creería algo tan extravagante. Es casi como un conejo que se esfuma dentro del sombrero de un prestidigitador...

—Bueno, cualquier prestidigitación tiene su truco.

—¿Adónde llega ese ascensor?

La mirada del hombre sometió el ascensor al dominio de sus movimientos, mientras el vigilante reaccionaba sin perder tiempo. Apenas salió de la puerta, lo miró con descaro de pies a cabeza como si se preparara a detenerlo.

—Oye, qué necio eres. Ese ascensor llega directo al tercer piso, donde están la sala de descanso de los médicos de turno, la sección de enfermeras y la sala de tratamientos de urgencias. Suben pacientes de urgencias registrados y bajan cadáveres reconocidos por los médicos... Pero tu esposa, que no es ni uno ni lo otro, no lo abordó, te lo aseguro.

—Entonces, ¿dónde puede estar?

El vigilante se volvió para abrir la puerta con capa de acero, pesada y lisa, y enseguida flotaron a sus pies varias capas invisibles de aire helado.

—Este es el depósito de cadáveres, equipado con el sistema de congelación. Muy útil cuando está desocupado, pues aquí puedo enfriar cervezas y otras bebidas. Hay empleados que lo usan hasta cuando está ocupado, pero así no me gusta. Solo lo aprovecho cuando no hay cadáveres.

El vigilante sacó una botella de cerveza, bien fría al parecer, y la destapó con habilidad, sujetándola a un ángulo de la manivela, sin derramar ni una sola gota. Metió el brazo por la ventanilla para sacar una taza y, tras limpiar el borde con la

yema de un dedo, la sirvió lentamente.

—Contesta lo que te he preguntado.

El vigilante vació la taza de un solo trago y murmuró en voz poco audible mientras volvía a servirse más cerveza:

—Si quieres, déjame tu teléfono, y te llamaré en cuanto sepa algo.

El hombre, silencioso, clavó su mirada en las manos del vigilante y la mantuvo así sin inmutarse, hasta que su interlocutor se acabó la botella.

El vigilante parecía sentirse incómodo. Vencido por la inesperada obstinación del hombre, llegó a la conclusión, luego de estar durante un buen rato secándose el sudor y lanzando suspiros, de que le convenía atenderlo con honestidad. Con la mirada detenida en las burbujas que quedaban al fondo de la taza, empezó a hablar en un tono enigmático.

Lo ideal sería conducirlo a la sala de espera de pacientes externos para que confirmara con sus propios ojos que ese recinto de hecho se convertiría de noche en un callejón sin salida, intransitable, pero lamentablemente ya no será posible, pues ya se ha hecho el relevo con el vigilante de servicio diurno y las limpiadoras han iniciado sus labores diarias. No es recomendable asomarse a estas horas, porque si acaso lo reconocen, se le complicará la operación posterior. Hay que actuar con la mayor cautela posible para lograr el objetivo. Debe confiar en él para convencerse de que al conejo se lo tragó un sombrero y no tuvo vía de escape.

La desaparición de la mujer no fue, como creería el hombre, producto de coincidencias o errores, ya que de ese espacio cerrado nadie se escaparía sin ayuda de algún cómplice. Debe enfrentarse con valentía a este hecho incuestionable, por más duro que le resulte.

Ahora, ¿quién podría ser el cómplice, si de verdad lo hubiera? De inmediato se le ocurre —lo siente por el hombre— el médico joven de urgencias que estaba de turno. Hay médicos y empleados jóvenes en el pabellón central, pero ahí trabajan tan juntos que difícilmente logren escapar a los ojos vigilantes de enfermeras y colegas. Además, deben atravesar un pasillo muy largo y cruzar por debajo de la lámpara de mercurio para llegar al pabellón de pacientes externos, y es muy poco probable que puedan pasar inadvertidos por los vigilantes de ronda, sin originarles sospecha, aun cuando anduvieran en bata blanca, que serviría de salvoconducto. En cambio, los médicos de turno del pabellón de pacientes externos son independientes, con llaves de los casilleros del segundo piso a su disposición, y tienen plena libertad para desplazarse, sin ser vistos, de la sala de descanso del tercer piso a la sala de espera del primer piso. Es decir, tienen todo para ser cómplices. Sobre el cirujano joven en cuestión, soltero aún, con el cabello grasiento, han corrido rumores de sus aventuras con algunas enfermeras. En fin, todo indica que se trata de un encuentro secreto planeado en mutuo acuerdo previo. Claro que es un disparate acudir a la ambulancia

para un amorío, pero deben andar con los cerebros llenos de ideas lujuriosas.

—Y no tomaste ninguna medida, a sabiendas de todo eso.

—No quiero pelear con ningún médico.

—¿Por qué les tienes tanto miedo a los médicos?

—¿Acaso no te importaría que anotaran algo siniestro en tu hoja clínica?

—En absoluto, hasta ahora solo me he enfermado de gripe y sarampión.

—Qué valiente eres.

—Dame su teléfono, y yo mismo lo llamaré.

—No te lo recomiendo. No creo que sea tan ingenuo como para delatarse por teléfono. Mejor vas derecho allí, para asegurarte la prueba irrefutable. Si te atreves, te llevo hasta la sala de descanso. Desde ahí podrás seguirle la pista en secreto, pues el sujeto tiene que salir a las nueve. Pero, por favor, no me metas en líos. Soy un paciente ejemplar y debo cuidar mi reputación para conservar este empleo tan agradable.

Era un ascensor extraño que llegaba solo hasta el tercer piso, sin escala en el segundo. Subía de manera lenta y estruendosa. Tenía un fuerte olor a desinfectante.

El vigilante le había inculcado ciertos comportamientos a seguir para no llamar la atención en el hospital: la vestimenta podría ser cualquiera, pero en tal caso debería limitarse el ámbito y el horario de las acciones, pues debería pasar como visitante o como un empleado de esas empresas que tienen negocios con el hospital; lo ideal sería bata blanca, que, para hablar con exactitud, se clasifica en doce tipos distintos, imposibles de distinguir para ojos inexpertos, según el cargo y la especialidad; es difícil de conseguir porque al comprador siempre le exigen la identificación; quedan los atuendos de pacientes y empleados del hospital; para el primer caso no hay requisito especial, podría ser pijama o ropa ligera para dormir (en este sentido, la esposa del hombre llevaba ropa ideal para pasar inadvertida en el hospital, aunque entre las ocho y las diez de la mañana son escasos los pacientes que andan fuera de sus cuartos); para el segundo, lo mejor, desde luego, es ropa de faena que se note como tal a simple vista; de momento lo que debe hacer el hombre es quitarse el saco y la corbata para aparentar más informalidad y aprovechar la ambivalencia que existe entre un mecánico que se ha quitado la bata blanca sucia y un empleado con ropa de faena agujereada.

El hombre se acordó de repente de las muestras de los zapatos de salto que llevaba en el bolso y le preguntó si le convendría ponérselos, pues en apariencia eran zapatos deportivos comunes y corrientes, salvo por las suelas, un tanto gruesas. El vigilante estaba de acuerdo. En comparación con los zapatos formales de cuero, le producirían una notable impresión de desahogo.

Se bajaron en el extremo de un pasillo. En la pared del fondo había una placa llamativa con letras naranja sobre fondo blanco que decía «Salida nocturna», y señalaba hacia abajo con una flecha. Al volverse hacia el otro lado, vio hacia su mano derecha una fila de ventanas con marcos de aluminio, recortadas en espacios regulares, y el pasillo entero parecía un tubo de luz, a pesar de que no se colaba ninguna luz exterior. A la izquierda encontró en relieves punzantes varias puertas de batientes, similares entre sí, un tragaluz a la altura de la cintura y un espacio rectangular que indicaba el inicio de la escalera hacia abajo. Había una sala de examen médico, tras la cual se encontraba el puesto de enfermeras, que permanecía con el silencio extraño de las funciones de cine mudo, pese a los movimientos apresurados que se escuchaban en el interior. Como por un acto reflejo, el hombre trató de caminar con pasos sigilosos, confiando en los zapatos de salto, que casi no producían ruidos. Al dejar atrás el puesto de enfermeras, desembocaron en la primera escalera.

A decir verdad, había tan solo cuatro peldaños que servirían de enlace con el anexo recién construido, para ajustar el desnivel. Corría un pasaje en diagonal, estrecho y mal iluminado, que se cerraba a pocos metros con un biombo compuesto por un marco y madera terciada. Antes, había una puerta lateral con un cartel que

destacaba la inscripción «Privado» en el marco rojo. Al pasarla, entraron en otro pasillo blanco, casi enceguedor, muy parecido al primero.

Había una escalera y un ascensor. Sin darse cuenta ya se encontraba en el segundo piso. Avanzando en medio de puertas sin señales, baños y depósitos de herramientas, llegaron a una pequeña sala de fumadores que tenía tres bancos de madera, un cenicero sostenido por un tubo metálico, expendedoras automáticas de cigarrillos y café, pegadas a la pared y, junto a estas, una silla de ruedas a punto de desmantelarse. El pasillo se bifurcaba en ese punto. En la bifurcación de la derecha había dos señales, una de letras blancas con fondo verde que decía «Sector 3 de consultas», y señalaba a la derecha con una flecha, y la otra de letras negras con fondo naranja que decía «Médicos para pacientes externos», y señalaba la dirección de donde venían. La segunda bifurcación carecía de señales.

El pasillo sin señales hacía notar con una leve inclinación cerca de la juntura la convivencia de dos edificios que se habían construido en épocas distintas. Hasta ahí un blanco plástico, y en adelante un blanco de pintura barata. Comenzaba el piso de madera que dejaba correr un aire suave, pero húmedo, y las escasas ventanas creaban un ambiente como el del interior de un fuelle, entre blanco y gris.

La sala de descanso de los médicos de guardia se ubicaba al fondo del fuelle. Según la explicación del vigilante, el médico tenía que pasar, adondequiera que fuese, por delante de la sala de fumadores, porque no había ninguna otra salida. A estas alturas el vigilante ya se ponía nervioso y, luego de repetir a modo de despedida que no quería involucrarse y que ya no le podría ser de ayuda, se marchó con pasos apresurados hacia la señal verde, rascándose con insistencia las orejas.

Eran las ocho cuarenta y tres. Se sentó en uno de los bancos y sintió que los pantalones se le adherían a los muslos por el sudor. Le daban ganas de orinar, pero se quedó inmóvil, con temor a perder la pista. Para no llamar la atención por no estar haciendo nada, sacó una moneda de cien yenes para comprar un café; lo tomó y empezó a sorberlo despacio para ganar tiempo. Había sido una ruta bastante complicada, imposible de desandar a solas. Una enfermera joven, con una jarra humeante de boca ancha en la mano, atravesó deprisa con pasos sigilosos hacia la señal naranja. Susurros metálicos golpeaban sin cesar contra el piso y algo parecido a una cesta llena con platos de aluminio se desplazaba rascando el techo. Creyó percibir durante unos segundos el sollozo ahogado de una mujer, que le llegaba de un punto indefinible.

Cuando hubo tomado como la mitad del café, escuchó abrir y cerrar una puerta al fondo del pasillo sin señal, y unos pasos de zapatos arrastrados sobre el piso de madera se fueron acercando. Era un hombre alto y macizo, tanto que la bata blanca no alcanzaba a cubrirlo bien. Con la barbilla alzada y el busto erguido, caminaba en línea recta como si estuviera deslizándose sobre un riel. Se le veían gruesas las gafas

con montura negra.

Como había un solo médico de guardia por noche, según le había explicado el vigilante, para atender pacientes de urgencias, el objeto no podía haber sido otro hombre. ¿De veras habría seducido a su esposa para esconderla en algún sitio? Mejor dicho, ¿su esposa habría montado un teatro para acceder a la cita con este médico? El hombre trató de expandir la memoria por todo el cerebro. Quería verificar si recordaba en la conducta reciente de su esposa algún indicio que se prestara a la sospecha. No había nada turbio. ¿Cómo era posible que lo hubiera engañado con tanta perfección? Se sentía deprimido. De repente la figura del médico sobresalió exageradamente, como si la hubieran proyectado en una pantalla televisiva de colores desajustados.

No fue que me asustara. Aunque parecía delgado debido a la ropa que llevaba puesta, me sentía fuerte y vigoroso gracias a los ejercicios que hacía a diario. No tenía por qué temer a un hombre que quizás era apenas un poco más grande que yo. No fue que me asustara, sino que me frené. No debía perder esta oportunidad única por dejarme llevar por una conmoción instantánea. Insisto en que no fue tan solo una fanfarronería, pues, ya saben, tuve la osadía de trabajar como modelo de desnudos por una temporada. Accedí a la propuesta en la primera ocasión porque me explicaron que era para una revista de ciencia médica deportiva, pero muy pronto me negué cuando supe que en realidad vendían esas fotos a revistas de homosexuales. No me puedo quejar, ya que conseguí el empleo actual de vendedor de artículos deportivos, pero tampoco me ufano de esa experiencia. Según decía mi fotógrafo, las revistas de homosexuales son muy exigentes en cuanto a la calidad de los modelos: no deben ser demasiado agresivos pero los hombres enclenques son peores; nunca les puede faltar cierto grado de agilidad y agresividad.

Me desvié por completo. Para colmo, me había pasado a la primera persona sin querer. Pero quiero que entiendan que fue un momento demasiado tenso para mantener la calma. De hecho, estoy escuchando ahora mismo los pasos, emitidos por la grabadora. El contador marca 874. Producidos por zapatos o más bien pantuflas con suelas delgadas; así el ruido no repercute mucho, pero hay algo que lo agiganta. Quizá se debe a que yo no me moví del banco. Mi respiración sirve de sonido de fondo, como si fuesen olas lejanas. Se vienen acercando los pasos, cada vez con mayor nitidez, al grado de casi transparentar la manera de caminar y el desgaste de los tacones, y empiezan a alejarse cuando están a punto de chocar con el micrófono. Se mezclan con otros ruidos y ahí se acaba el anverso del primer casete. Lo rebobino hasta el 874 del contador. Lo reproduzco de nuevo y otra vez se vienen acercando los pasos. Se vienen acercando cuantas veces se quiera.

Qué trabajo más extraño me han encargado. Por más que me persigo a mí mismo, lo único que veo es mi propia espalda. Quiero ver más allá. Por ejemplo, el sitio que

jamás me imaginé que existiera, hasta que me invadieron los pasos del médico de guardia..., el baldío que sigue expandiéndose sin cesar entre mi esposa y yo desde entonces..., el terreno de nadie donde cualquiera puede caminar a sus anchas..., los celos que se congelaron dejando solo la costura de la pasión como una meseta de lava.

El médico de guardia no detuvo su mirada en el hombre ni un instante. Giró a la izquierda tras pasar la sala de fumadores y enfiló hacia la señal verde, al igual que el vigilante cuando se marchó. Se fue de largo sin alterar ni la postura ni el ritmo al andar, con los ojos descoloridos y fijos detrás de los lentes gruesos. El hombre se puso de pie, tirando el vaso de papel todavía con café en el cenicero, y empezó a seguirlo al cabo de unos segundos de espera para mantener la distancia de unos quince metros.

Había un ascensor en la primera esquina. El médico de guardia tocó el botón y enseguida se abrió la puerta, pues por casualidad estaba en el mismo piso. El médico lo abordó. No lo alcanzaría. El hombre se puso a correr, pensando que había fallado apenas iniciada la persecución. Avanzó brincando setenta, ochenta centímetros con el cuerpo tambaleante. Llamó la atención al médico, que lo esperó apretando el botón de detención. No hay nada más incómodo que ser tratado con benevolencia por un enemigo. El hombre hizo una venia en silencio, mientras el médico, mudo también, bajó la mirada hacia los pies del otro.

El médico de guardia pulsó el botón del quinto piso y el hombre, simulando no haberse fijado, estiró la mano hacia el mismo botón. Se podía llegar hasta el séptimo. ¿El médico haría alguna diligencia en el hospital? ¿O tendría algún espacio privado para encuentros secretos en el quinto piso?

Al bajar se topó con un vestíbulo sencillo, pulcro y bien iluminado, con una puerta giratoria. Cosa increíble, afuera se extendía un terreno, que no era nada artificial, con tierra montada sobre la terraza o la azotea, sino una superficie auténtica de tierra por donde se podría cavar a fondo. Detrás del porche corría una calle, no muy amplia pero provista de aceras con plantas. Subía hasta el quinto piso para encontrarse en la planta baja. Era una curiosa estructura, resultante quizá del edificio construido a mitad de una loma que había sido excavada, con laderas empinadas.

No había ni recepción ni vigilancia. El hombre salió sin ser visto, siguiendo tras el médico. Sintió que el cuello se le hinchaba bajo el calor repentino. En torno al cenit el cielo se ponía cada vez más oscuro hacia el horizonte. Pronto el smog sería insoportable. Un autobús pequeño entró al porche para arrojar a un grupo de hombres y mujeres en bata blanca. El hospital tendría una extensión inmensa, a juzgar por el autobús que circulaba en el interior.

El paisaje le recordaba un pueblo insignificante. En medio de anexos y laboratorios del hospital, fáciles de reconocer como tales a simple vista, se

congregaban tiendas de misceláneas comunes y corrientes y un par de tiendas de cámaras fotográficas. No se sabía a ciencia cierta si el pueblo se instalaba dentro del hospital o el hospital invadía el pueblo. El primer cruce era de dos niveles, y el de abajo tenía una avenida de dos carriles en cada dirección; ambos estaban llenos de coches. Quizá se trataba de una carretera principal que atravesaba el gran terreno, incluso desde antes de que el hospital se ampliara, a caballo entre las dos lomas. En una esquina del cruce se erguía un edificio de cristales que no se sabía si pertenecía a la carretera o al hospital. Alcanzó a descifrar en el último piso unas letras poco llamativas que decían «Colchones de alquiler». Claro, podría ser un negocio fructífero en un local tan cerca del hospital. ¿O formaría parte del hospital?

Luego desembocó en una bifurcación. Por un lado se estiraba una cuesta hacia abajo, muy empinada, y la segunda casa de la esquina era un restaurante pequeño. El médico entró allí con pasos de cliente asiduo. Del alero colgaba un tenedor inmenso a modo de rótulo. Sería un restaurante especializado en pasta. No era un sitio malo para un encuentro secreto. Trató de serenar la respiración y relajar los músculos de las piernas y de los hombros para preparar su irrupción. Pasó de largo, simulando indiferencia, y se dio cuenta de que solo había un cliente. Quizá por la hora, no había nadie más que el médico, mucho menos su esposa. «Recomendación de hoy: Pasta con huevas de bacalao, sopa de miso, 370 yenes»... Una tentación, pero mejor esperar. El médico, concentrado en el menú y sosteniendo una toallita en la mano, no se habría fijado todavía en el hombre. Siguió derecho hasta un callejón ubicado al extremo de la cuesta y se detuvo para quedar al acecho. No sabía cómo explicarse la situación. No era la conducta de un hombre que había enviado una ambulancia para seducir a su amante. ¿La esposa llegaría más tarde? En fin, de momento el hombre llevaba ventaja.

Podía soportar el hambre todavía, pero la tensión de su vejiga ya llegaba al límite. Empezó a orinar de pie al lado de una tienda de tatamis, que todavía permanecía cerrada. Todo estaba casi desierto, quizá porque la zona formaba parte del terreno del hospital. De repente, por el callejón, aparecieron dos muchachos con pantalones deportivos. Ambos tenían bigote y la cabeza rapada; parecían estudiantes de karate y estaban empapados de sudor debido a la carrera que llevaban. En el momento de cruzarse con el hombre, uno de ellos le dio un fuerte empujón en las costillas y el orín se cortó a medias. Se apresuró a cerrar la bragueta y las gotas derramadas dejaron una mancha notable en sus pantalones. El hombre se alivió al ver que los muchachos se fueron rápidamente. Si no hubiera sido porque lo interrumpieron en el momento de orinar, no habría sido capaz de quedarse callado. Por poco se hubiera echado a perder todo.

Encendió un cigarrillo. Mientras pasaba el tiempo, sus oídos agudos percibían unas ráfagas cuando permanecía inmóvil; todo parecía estancado en su vientre. Sin darse cuenta había acumulado cuatro colillas torcidas a sus pies y tenía en sus labios el quinto cigarrillo. Es decir, había consumido la mitad de lo que fumaba en un día

normal. Tendría que fumar con mesura en lo que quedaba del día.

El médico salió del restaurante cuando el hombre había fumado como dos centímetros del quinto cigarrillo. No parecía ni irritado ni resentido. Era poco probable que se hubiera citado con su esposa. Se le desmoronaba la certidumbre, pero no le quedaba más remedio que seguirlo para no perder del todo el último hilo conductor. El médico se había quitado la bata blanca, que seguramente había guardado en el bolso que ya tenía repleto. ¿O compraría una vianda con pasta para la esposa en el restaurante?

El médico volvió al punto de bifurcación y giró a la izquierda para entrar al metro. Como había transeúntes, el hombre lo siguió sin titubear. Pasó de largo el portillo y tomó un pasillo para salir al otro lado. De nuevo a nivel de tierra, el paisaje era radicalmente distinto y se encontraba en una calle desierta al borde de un barranco, entre las orillas cubiertas por matas de gramíneas casi tan altas como él. En paralelo a un túnel que atravesaba encima, se extendía otro con la vía férrea. Quizá no se trataba de un metro propiamente dicho. Quería cerciorarse, pero no había ningún anuncio a la salida de este lado.

Era una calle larga y solitaria, poco propicia para seguir a alguien. El médico andaba distraído por completo, fuera por exceso de confianza o por alguna preocupación. A través de la grama se veía hacia abajo el mar gris. Por el muelle, se alineaban edificios alargados color ocre que dibujaban una cebra, temblorosos bajo el sol abrasador de agosto. Si suponía que eran depósitos de la fábrica de caucho, a lo mejor lograría ubicarse en la geografía de la región.

Tras bajar por una escalinata empinada, de piedra, se situó a mitad de la ladera en una calle comercial que, escondida por debajo de una roca en forma de alero, no se podía ver desde arriba. Como cada tanto había una florería o frutería, la zona, no muy animada en sí, parecía un tanto alegre. Vivirían de hacer negocios con el hospital. Del punto medio de la calle, donde una tubería echaba agua formando un charco burbujeante a los pies de una serie de estatuas sagradas, se estiraba hacia la loma un vericuetto cuesta arriba que luego se convertiría en escalinata. Al final se desplegaba una zona residencial, bajo el cielo despejado.

Había casas dispersas, parecidas entre sí, en la ladera cubierta con césped mal cuidado y árboles ralos. Había unas veinte, quizás treinta casas al alcance de la vista, limitada por la ondulación del terreno convexo. Todas eran de dos plantas, con una entrada común al medio que las dividía en dos partes, destinadas a acoger a dos o cuatro familias según el caso. Su estructura era antigua, con argamasa áspera que cubría la superficie y ventanas pequeñas con marcos gruesos de madera. Parecían demasiado deprimentes para ser residencias de médicos y empleados del hospital. No se percibía la vida cotidiana debido a esos restos desparramados, entre bicicletas torcidas y jaulas aplastadas, que seguramente estuvieron ocupadas por algunos pájaros. Otras tenían aspecto de laboratorios especializados o pabellones de enfermos. ¿O habrían sido evacuadas por una nueva planificación?

El médico se detuvo al fin delante de un edificio. Había podido seguirlo sin demasiada cautela, pues el camino que comunicaba entre sí a los edificios, además de serpentear como el garabato de un niño, estaba provisto de plantas en ambos lados que obstaculizaban la vista, pero le resultaba difícil saber la ubicación topográfica de las casas. Fuera de una señal inscrita en la fachada, «Ho-4», el edificio en cuestión, con la argamasa un poco más reverdecida que las de otros, no revelaba ninguna característica que lo distinguiera del resto. No sería capaz de explicar la ruta que se debería seguir desde el vericuelo para llegar hasta el sitio, muy escondido de la zona residencial.

Al ver que el médico subió la escalera tras revisar el buzón, el hombre pasó por debajo de las plantas para atravesar el jardín con celeridad y espió el interior de la casa. Había cuatro buzones, pero solo uno estaba en uso, a juzgar por el estado de los otros, cubiertos de polvo y con olor a orín. A través de un tragaluz enmugrecido se veía de espaldas la figura del médico, agachado en el rellano sin poder abrir la puerta de la izquierda del segundo piso. El aire se humedecía y olía a animal muerto. Ante un presagio fúnebre, el hombre temblaba mientras sentía su cerebro encogido de repente, como si fuese un papel o manteca sumergida en agua caliente. Olvidado de momento del encuentro secreto, se preocupó por la seguridad de su esposa. Una vez dentro del recinto del hospital, podían someterla a algún examen extraño o, incluso, a experimentos de carácter obscuro que no permitieran la presencia de las enfermeras.

Dio una vuelta alrededor al edificio y a lo largo de la pared descubrió que solo había ventanas pequeñas, como de cocina o baño, en la parte trasera, que daba al noreste. Cuando volvió al punto de partida, se abrió la ventana del medio del lado sur, dividido al parecer en dos cuartos. Pegado a la pared, el hombre agudizó los oídos. Silbatos ahogados de vapor, como pidiendo auxilio. Clamor general, extendido hacia todos los rincones de la zona. Volaba un helicóptero. No se escuchaba ninguna voz humana. ¿Se susurrarían tan bajo, unidos el uno a la otra, que no llegarían a ser audibles? ¿O ya se encontraría amordazada la esposa, incomunicada por completo del exterior? La calma inquebrantable del médico en el restaurante de pasta se podría interpretar como el indicio de que la tenía bajo su dominio absoluto, ajeno al transcurso del tiempo.

El hombre calculó mentalmente la distancia que lo separaba de la ventana, buscando con cuidado huecos o protuberancias que le servirían de agarradera o apoyo. Estaba dispuesto a presenciar la escena que le hubiera gustado evitar. De momento lo más importante era la revancha. Ya estaba demasiado lastimado para temer otra herida. Se fijó un segundo en un tubo de desagüe que atravesaba por encima del marco decorativo del portal del frente, pero, pese a su buena ubicación, parecía demasiado deteriorado para sostener el peso de su cuerpo entero. Tampoco sería capaz de brincar, aunque fuera con los zapatos de salto, tan alto como para alcanzar la ventana. ¿Qué hacer? En la azotea del edificio de al lado, justo encima de la escalera, se notaba un módulo en forma de cuña, con un plano recortado. Podría ser

la entrada a la azotea. Este edificio debería tener la misma estructura que el otro. Si no era posible llegar desde abajo, debería buscar una ruta desde arriba.

Luego de avanzar con pasos sigilosos subiendo la escalera, se topó en efecto con otro tramo de peldaños que lo llevaba más arriba. La puerta estaba cerrada con un candado, oxidado, que con un solo tirón se zafó de cuajo junto con la cerradura. Chirrió el gozne, pero el ruido corto y agudo podría pasar por un chillido de pájaro. Esperó unos segundos para ver si había alguna reacción, y sintió alivio al confirmar que no pasaba nada. Lo enceguecía la luz reflejada del sol, débil contra la superficie de la azotea. Capas gruesas de mugre se quebraron a sus pies como bizcochos.

Se echó de bruces sobre el parapeto, que solo le llegaba a las rodillas, y sacó la cabeza hasta donde podía. Con la vista tapada por el alero no alcanzó a ver los dos extremos del marco de la ventana abierta. Sería imposible mantenerse de pie por mucho tiempo sobre el alero, que apenas tenía quince centímetros de ancho.

De repente le llegó desde abajo un gemido femenino. Se oía tan impersonal que no podía saber si era la voz de su esposa. Tras una conversación corta e ininteligible, se escucharon de nuevo gemidos bajos y ahogados con intermitencia.

Tomado por sorpresa, el hombre se intimidó como una lombriz bañada en agua caliente. Debería asomarse al interior a como diera lugar. Se colgó boca abajo, afirmándose en el parapeto con las puntas de los pies y sosteniendo el cuerpo contra el tubo de desagüe. Sabía que ya no había marcha atrás después de tomar esa postura tan vulnerable. Por fortuna, la parte inferior del tubo de desagüe no estaba tan deteriorada. No le quedaba más remedio que bajar así hasta donde pudiera. Agarrando los herrajes fuertemente, quizá podría torcer el cuerpo con agilidad para meterse en el interior por la ventana. Si acaso se rompiera el tubo de desagüe, se pegaría con fuerza a la pared para intentar una voltereta de espaldas, confiando en la capacidad de los zapatos de salto para ayudarlo a aterrizar sin lastimarse.

Un grito corto se mezcló con el gemido femenino. Distinguió en el rincón del cuarto una cama donde el médico estaba acostado boca arriba sobre una sábana blanca. A pesar de que la cama estaba descubierta, con la cobija tirada en el piso, no se veía a nadie más. Se mantenía el gemido femenino. Se le ocurrió que venía de altavoces grandes, colocados a la cabecera. La pared estaba cubierta por entero por fotos de mujeres desnudas de varios tamaños. La voz emitida por los altavoces se retorció, cada vez más intensa, con matices intrincados, llenando el cuarto. El médico se aplicaba un aparato a la punta de su pene erecto y sacudía la mano, casi cinco veces por segundo, con las rodillas dobladas.

Se cruzaron las dos miradas. El médico saltó de la cama y se abalanzó hacia la ventana, enrollándose a la cintura una toalla que estaba tirada en la cabecera. El hombre se aferró enseguida al tubo de desagüe, pero el médico estiró el brazo para agarrarlo por el cinturón. Cuando el hombre intentó sacudirse de las manos del médico, se quebró el tubo sin hacer ruido. El hombre se quedó en vilo durante unos segundos. El médico trató de soltarlo, pero con la mano enredada por el cinturón y las

piernas inseguras, al estar protegiéndose el pene erecto, cayó de la ventana, arrastrado por el peso del hombre.

Los dos se estrellaron juntos contra la tierra; el hombre quedó encima del médico, luego de haberse dado media vuelta en el aire. El hombre apenas se raspó algunas partes del cuerpo, mientras que el médico, que sufrió un golpe fuerte, se desmayó. Era bastante grotesca su figura boca arriba con el inmenso cuerpo desnudo, blanco y velludo, y los ojos abiertos, pero se percibía su respiración y el pulso un tanto acelerados. Para bien o para mal, el pene permanecía erecto.

El hombre, desconcertado más por el pene erecto que por el cuerpo desmayado, se apresuró a tapanlo con la toalla. Seguía siendo vistoso, pero tampoco quería dejarlo al descubierto. Luego, se le ocurrió apagar la voz femenina que gemía con cada vez mayor apremio. De paso podría hacer llamadas, si lograba ubicar alguna libreta con números frecuentes. Decidió subir a la habitación. La puerta estaba cerrada con llave desde el interior. Nomás llegar a la azotea agarró el alero, y ya sin necesidad de eludir las miradas ajenas se impulsó con las dos manos para irrumpir con brío en el interior. Logró cortar el gemido femenino, que permaneció durante un largo rato en la profundidad de sus oídos.

El teléfono sonó antes de que el hombre lo ubicara. No tenía sentido vacilar. Esperó tres timbres para contestar.

Una voz masculina le habló al oído en un tono sereno:

—No se preocupe, ya sé lo que le pasa. Espere ahí por favor.

—¿Nos vio?

—¿Qué tal el herido?

—Parece que está desmayado.

—No lo mueva y, si puede, enfríele la cabeza con una toalla mojada. Y mejor protegerle la cara si hay por ahí un paraguas. Voy enseguida.

El viejo vigilante no era el único culpable: él mismo estaba en falta al creer razonable el argumento y hacerle caso. Pero qué mala suerte. Fue una vuelta absurda, que no solo no le sirvió de nada para seguir la pista de su esposa sino que lo metió en semejante embrollo. Era posible que acudiera la policía de un momento a otro. La voz del teléfono le dijo que no se preocupara, pero ¿en qué sentido? ¿Qué quiso afirmar al decir que sabía lo que le pasaba? Fue una insinuación maliciosa. Quizá lo mejor era huir.

Decidió volver a la azotea para recoger el bolso y el traje. Al pasar por la habitación, se le ocurrió, como por instinto, sacar el casete del gemido femenino de la grabadora y lo guardó en el bolsillo trasero de los pantalones. No cerró la puerta con llave. Empezaba a correr la brisa. Dio una vuelta a la azotea. La vista era mejor que desde abajo, pero no tanto como se había imaginado. En el jardín sur el médico permanecía acostado boca arriba con el pene todavía erecto, y en el mar lejano las

olas resplandecían doradas bajo nubes tenues entrecortadas. En la misma dirección debía estar el atajo que conducía hacia el pueblo al borde del barranco. Al oeste se extendía la misma zona residencial, hasta donde alcanzaba la vista. Supuso que los edificios del hospital se encontraban hacia el este, al otro lado de la zona urbana, pero el bosque tupido de arces le obstaculizaba la vista. Hacia el norte la cresta de la loma elevada subía difusa hacia el cielo, y a la mitad se erguía un edificio que debía ser bastante alto, si se lo juzgaba en comparación con la chimenea veteada de blanco y rojo de un quemadero, que lo superaba apenas un poco.

Se acercaba un ruido de motor. De repente apareció una furgoneta blanca por la cresta de la loma. Avanzaba entre los edificios a alta velocidad, enfilando hacia donde estaba el hombre. Debía huir a la carrera. Sin embargo, perdió la oportunidad debido a unos segundos de vacilación. Un frenazo bloqueó la entrada central antes de que alcanzara el jardín. Mostrarse asustado le resultaría peor que recibirlo con indiferencia. Volvió a la habitación.

Se bajaron tres hombres, vestidos con batas blancas; tenían diferencias sutiles entre sí. No, en realidad eran dos hombres y una mujer de aspecto varonil, con el cabello corto. Uno de los hombres es de baja estatura, y el otro mediano, con el pecho notablemente macizo. Los tres alzaron la mirada al mismo tiempo hacia la ventana, y el más bajo levantó un dedo a modo de saludo, en representación del grupo, o tal vez para demostrar que no eran enemigos.

El más pequeño se agachó a un lado del médico desmayado. Revisó las pupilas y examinó las reacciones de sus articulaciones con destreza profesional, mientras los otros lo observaban a cierta distancia. Luego, de repente, le quitó la toalla y empezó a medir el pene. Anotó algo en una libreta tras darle pellizcos y golpecitos con los dedos. La mujer desvió la mirada y movió las piernas torpemente bajo su bata blanca.

El robusto sacó una camilla de la parte trasera de la furgoneta, señal que puso en movimiento a la mujer en dirección al edificio. El hombre entró en pánico, sintiéndose avergonzado como si lo hubieran espiado en su cuarto privado. Aquella mujer que se había mostrado tan fuerte al presenciar impasible la medición del pene quizá no debía ser tratada con demasiada cortesía.

—Ven rápido.

Menos de treinta años de edad, morena y musculosa, de conducta insolente, pero la mujer no resultó tan varonil como había creído por la apariencia de su cabello corto.

El hombre le salió al encuentro, balbuceando excusas:

—No tengo la culpa. Me cuesta mucho explicar, pero...

Asintiendo como para tranquilizarlo, la mujer pasó al lado del hombre para entrar a la habitación. Observó con una sonrisa irónica la pared totalmente cubierta por las fotos de desnudos y avanzó en línea recta hacia la cama. Tras cubrirse la mano con una veintena de pañuelos de papel, tomó el extraño aparato, tirado sobre la cama, con que el médico de guardia se había estado masturbando.

—¿Sabes qué es?

La mujer le explicó que se trataba de un recipiente para guardar semen: había un banco de semen con un sistema de compra que fijaba el precio a través del análisis general de la edad, el estado de salud, la complexión física, la inteligencia, el ADN y la apariencia estética del vendedor, y en el caso de este médico le habían ofrecido 1280 yenes por gramo; la evaluación de su semen aparte, lo cierto era que el médico eyaculaba casi todos los días; a pesar de que no había muchas solicitudes de inseminación artificial, se aprovechaba del sistema de compra para vender el semen sin parar, a tal grado que ya se observaba un desequilibrio en la cantidad de reserva de semen, con el riesgo de generar demasiados niños parecidos a él; para colmo, no lo hacía con la ambición espiritual de aumentar su descendencia sino solo por avaricia; era tan tacaño que trataba de sacar el máximo provecho de esa miserable fuente de ingresos, que no superaría quinientos mil yenes aun cuando se masturbara 365 días al año; vivía de manera clandestina en este edificio sin agua, que iban a demoler pronto para expandir el cementerio, solo porque no tenía que pagar el alquiler.

La llamaron de abajo para apurarla.

La mujer agitó la mano por la ventana para responderles y se dirigió al hombre:

—Ese hombre bajo es el subdirector del hospital, que también tiene cargo de jefe de la sección de condrocirugía. Yo soy su secretaria.

Luego de presentarse así, examinó los pantalones del médico de guardia y encontró un manojito de llaves. Acto seguido quiso sacar el casete de la grabadora y, al darse cuenta de que estaba vacía, se volvió hacia el hombre con una mirada burlona. El hombre desvió la mirada, fingiendo no verla.

Cuando bajaron el hombre y la secretaria, ya habían acomodado al médico de guardia sobre la camilla en la parte trasera de la furgoneta. El tipo robusto se ponía al volante. La secretaria ocupó el asiento de copiloto y al hombre bajo lo sentaron frente a la camilla, en un banco que compartía con el subdirector.

La furgoneta arrancó y se encendió el sistema de aire acondicionado. ¿Así era el interior de la ambulancia que se había llevado a la esposa? Al pasar por la cresta de la loma se veía una fila infinita de edificios rectangulares de madera de dos plantas, típica construcción de hospital, a lo largo de una reja improvisada con dos alambres en paralelo, de escasa altura, situada al otro lado de la avenida aplanada con pavimento provisional.

Las nubes se extendían desde el oeste, presagiando lluvia.

—Pero ¿por qué...?

El subdirector levantó la toalla del vientre del médico de guardia, acostado a sus pies, como si quisiera interrumpir al hombre.

—¿Qué te parece esto en comparación con el tuyo? No es demasiado pequeño, pero de tamaño proporcionado con este cuerpo macizo. Bueno, el tamaño no siempre refleja el grado de deseo sexual...

—¿Adónde vamos?

—Tendremos que llevar a este médico al hospital.

—Pero yo...

—¿Me quieres esperar en mi oficina? Volveré en cuanto termine los trámites de hospitalización.

—No entiendo nada.

—Parece que es sobresaliente en lo que se refiere a la capacidad de reproducción de semen.

—Tengo que ir al trabajo para asistir a una reunión en la tarde...

—Claro, la medicina moderna se muestra totalmente infructuosa ante el mecanismo de la erección.

Con otro coscorrón que le dio el subdirector, el pene, que estaba a punto de arrugarse, se inflamó lustroso de nuevo. Pronto, apareció al frente el bosque de arcos y la furgoneta al fin dejó atrás la fila interminable de edificios de madera con sus dos plantas impasibles. Más allá de una plaza de arcilla roja descubierta se extendía una hondonada, donde se alzaba un edificio alto, como si hubiese sido recargado con los codos en los extremos de la plaza. Sería el mismo que había visto al otro lado de la cresta desde la azotea de «Ho-4». Era un bloque de unos quince pisos, delgado hacia arriba y estirado hacia abajo por cuatro brazos inmensos que parecían patas de un ave monstruosa afirmándose con garras sobre la tierra.

La azotea de uno de los brazos abiertos quedaba a la misma altura que la plaza de arcilla roja. La furgoneta pasó al lado de algunos hombres en bata blanca que jugaban con una pelota de béisbol y llegó hasta el corazón del edificio, donde se bajaron el hombre y la secretaria. Enseguida se fue la furgoneta, vaya a saberse adónde.

La oficina del subdirector estaba en el piso más alto del edificio.

(Del casete han suprimido los cuarenta minutos que pasé en espera en la oficina del subdirector después de que se hubo marchado la furgoneta blanca. Podía ser lógico, pues la mayor parte del tiempo lo gasté en tomar sándwiches y café, ofrecidos por la secretaria, con quien apenas sostuve un diálogo torpe y fragmentario. Me molestaba su presencia pues me sentía acosado por lo que ella sabía en relación con el casete de gemido femenino, guardado en secreto en mi bolsillo trasero. Al recordar esta escena ahora, sospecho que la secretaria se aprovechaba a conciencia de la situación. De todas maneras no habría valido la pena grabar este tramo. A continuación viene de remate la entrevista con el subdirector, ya redactada).

Ahora mismo sigo haciendo estos apuntes en el cuaderno, en esa misma habitación llena de fotos de desnudos del edificio «Ho-4», destinado a demolerse por la ampliación del cementerio, donde vivía el médico de guardia, desmayado con el

pene erecto. El subdirector me ha ofrecido la llave para que tenga donde dormir mientras tanto. Fuera de la falta de agua, no tengo ninguna incomodidad, y la grabadora, dicho sea de paso, es de alta calidad. El médico de guardia, según me han dicho, aún se encuentra sin conciencia en el pabellón de condrocirugía.

Ya es plena noche. Van a ser las once. He logrado despachar el primer casete al cabo de una jornada intensa, desde la mañana frente a este cuaderno, pero esto no es sino un tercio de la tarea asignada, que, calculado en la duración temporal, apenas representa una sexta parte de la totalidad. Jamás imaginé que escribir fuera una labor tan ardua.

Quizá he tenido un cuidado excesivo en la descripción de los detalles. Distinguir sobre la base del recuerdo solo los ruidos necesarios del bullicio general ininteligible, como si fuese de fieltro apisonado, suele terminar en una operación minuciosa, tan compleja como armar un reloj. Resumiendo la historia de manera más escueta tal vez podría librarme de la tarea antes del amanecer, solo con seguir trabajando sin dormir. Pero ya estoy cansado, con un tremendo dolor en el tendón del pulgar derecho, poco adaptado a un trabajo continuo. Ya no me salen bien las letras. No escribiré más por esta noche y decidiré si continúo o no luego de verificar la intención del caballo.

Hablando con franqueza, nada me queda claro. No puedo dejar de sospechar que el caballo me ha tomado el pelo. Por más minucioso que me quede el informe del daño sufrido, no llegará a ser más que una crónica de labores estériles. Seguramente me servirá de coartada, aunque de momento era innecesaria. Lo único que necesito es la pista que me conduzca al paradero de mi esposa. Si bien me han dado una bata blanca y el registro de empleado provisional para transitar con libertad dentro del hospital, me queda la sospecha de que todo esto no es más que una carnada para tenerme clavado al escritorio.

El caballo se ha puesto muy nervioso últimamente. Faltando solo cuatro días para la celebración del aniversario, se siente presionado por los preparativos finales. Es comprensible su deseo de huir. No es del todo imposible que se le haya ocurrido imponerme este cuaderno para sondear mi ideología. No hay nada más peligroso que la traición de un hombre que sepa demasiado. Para empezar, no le agrada que yo esté bien de salud.

Tres gotas de sudor que se han escurrido de la punta de la nariz acaban de manchar la hoja. En fin, quizá mantengo mi cordura gracias a esta sensación de cansancio. Sin saber por qué, me aterrorizo ante el paisaje banal, ya familiar, compuesto por la abotagada medialuna color naranja, detenida al borde del mar negro, con esas luces parpadeantes de los barcos pesqueros de calamares.

Ya van cuatro días que no voy a la empresa. Puede que me esté pasando algo irreparable.

A las cuatro cuarenta y tres me despertó la llamada del caballo.

En contraste con mi mal humor, debido a la falta de sueño, el caballo se encontraba muy animado, como siempre. Ha mejorado su forma de correr, y con los cascos ya podría competir con caballos auténticos. Los dos pares de patas se sincronizan con pasos marcados a un ritmo regular y se mueven en una unidad inseparable al revelar pequeños desajustes sutiles en el aterrizaje. Lo mejor de todo consiste en la inmovilidad total del tronco. Parecería un caballo de teatro si careciera de movimientos sincronizados. El único defecto es el vicio de sacudir los dos brazos para mantener el equilibrio, pues se ve como un animal con seis patas.

Cuando terminó los ejercicios, el caballo se me acercó con pasos ligeros, levantando los faldones de la camiseta para refrescarse un poco, y me mostró un gesto serio e interrogativo. Lo ignoré, a sabiendas de que me pedía opiniones sobre su mejoría. Le di sándwiches y un termo de café y le informé de manera escueta y sensata que no había podido completar el cuaderno.

Sin embargo, el caballo se interesó por el primer cuaderno, acabado a medias, más de lo que había previsto, y me lo arrebató diciendo que lo leería con calma. A cambio me dio dinero para el segundo cuaderno.

Protesté sin recato:

—Ya basta. Es un juego de nunca acabar, como persiguiéndome a mí mismo. No tengo por qué acceder al trato sin que me digas las condiciones de pago.

Con un gesto contrito en la cara, el caballo revisó con cuidado las últimas páginas y me dijo, frotándose la frente con las puntas de los dedos:

—Qué listo eres. Ciertamente, este cuaderno cumple la función de sondear tu ideología, pero déjame decirte que no has comprendido a cabalidad el propósito del sondeo. Lo único que queríamos indagar era tu fidelidad a tu esposa. Hay que asegurarse primero de que la buscas en serio...

—Qué manera de hablar tan repugnante —respondí sin acobardarme—. ¿Qué clase de hombre se abstendría de buscar a su esposa desaparecida, como si se tratara de algo cotidiano? Me infunde desconfianza esa forma de evadirte del asunto.

—No exageres —dijo el caballo mientras se servía el segundo café, con las patas delanteras cruzadas y las traseras afirmadas para sostener el peso del cuerpo, postura insólita para un caballo—. Trato de ayudarte en la medida de lo posible.

—¿En qué, por ejemplo?

—Por ejemplo, a ver, te ofrecí datos que te podrían servir para aclarar cómo desapareció tu esposa de la sala de espera de pacientes externos, aislada por completo del exterior...

—¿Qué datos?

—Cómo no te diste cuenta...

—Háblame claro.

—La parte inicial del casete, lo primero que escuchas al ponerlo.

—Claro, esa parte me generó una duda a mí también. Como anoté en el cuaderno, nadie sabía a esas alturas quién era yo ni a qué iba...

—¿Te refieres al diálogo que sostuviste con la señora de Mediaciones Mano?

—¿Cómo es posible que estuviera bajo vigilancia desde ese momento? También resulta contradictorio con la explicación que me dieron en la guardia sobre el micrófono escondido...

—Eso es cuestión aparte, que no necesariamente apunta a ti. En principio, todas las conversaciones con los clientes en las agencias de mediación son grabadas en la sala general de consultas preliminares. Hice una solicitud especial para que me concedieran partes relacionadas contigo para completar los materiales. Compáralas con las grabaciones realizadas en la guardia, y te darás cuenta enseguida de que la calidad del sonido es totalmente diferente. Ya debes estar más o menos al tanto de la situación interna del hospital. La reforma estructural de la institución médica no siempre es compatible con el saneamiento financiero del hospital, sabes. No estoy muy de acuerdo con la idea de sacar provecho de agencias de mediación, pero creo que de momento existen como un mal necesario.

El caballo sacó a colación el caso reciente de un paciente desafortunado: un señor de mediana edad esperaba la llegada de un autobús en una parada y por ahí pasó una muchacha montada en una bicicleta que llevaba una sola mano en el manillar y con la otra cargaba un bolso plástico transparente con cincuenta huevos; torpe a simple vista, la muchacha avanzaba tambaleante cuando, por mala suerte, dos camiones — que ocuparían todo lo ancho de la calle— llegaron al mismo tiempo, uno desde el frente y el otro desde atrás; convencido por cálculos mentales de que los camiones se cruzarían justo en el punto por donde pasaba la muchacha, el señor imaginó la escena en que la mujer iba de cabeza hacia el poste eléctrico, con el bolso plástico estrellado contra el muro de bloques de cemento, y vio la imagen de aquellos cincuenta huevos convertidos en un líquido viscoso color amarillo. Lo vio con tanta nitidez que se acurrucó —se sentía muy mal—, hasta quedar totalmente desmayado. (De paso me permito aclarar que, desde luego, los camiones se cruzaron sin ningún percance y el contenido del bolso plástico eran puras bolitas de ping-pong).

La ambulancia llegó a los trece minutos. Como era de día, una agencia se encargó de los trámites para ingresar al hombre en el hospital. Las preguntas que le hicieron a la agencia fueron transmitidas en vivo a la sala general de consultas previas, donde se mantenían atentos frente a los altavoces los médicos de seis secciones relativamente pequeñas y de alto grado de especialización: aparato circulatorio periférico, secreciones internas, metabolismo celular, nervocirugía, adicción medicinal, nervios sensitivos.

Según el acuerdo mutuo, la agencia debía tratar de convencer a los pacientes de que obedecieran la orden enviada desde la sala general de consultas previas, pero al mismo tiempo tenía derecho, el paciente mismo o sus familiares en caso de que se

encontraran en condiciones de hacerlo, a manifestar su voluntad, que siempre sería respetada, y la mayoría prefería dirigirse a las secciones grandes y ordinarias, como las de medicina interna, cirugía plástica o psiquiatría. Esto genera un problema grave para las secciones minoritarias, que desde luego no podían reprochar la ignorancia de los pacientes que no sabían detectar su mal con exactitud. En casos extremos esas secciones solo contaban —como pacientes internos— con los mismos médicos y enfermeras, que se hospitalizaban solo por sentido de solidaridad. Lo ideal sería agrupar esas secciones en una sola sección más general como la de consultas previas, pero desde el punto de vista financiero era mucho más razonable deshacerse de las ramas demasiado especializadas, incapaces de atraer pacientes. Las secciones disputaban cada año con mayor saña por los pacientes, para ganar puntos a su favor en busca de un posible aumento presupuestario.

Ahora, el señor ingresado llega sin conciencia y sin compañía de familiares, y se convierte en una presa apetecible para los médicos de las secciones especializadas. Además, lo que afirmaron los testigos —sin poder imaginarse jamás que fue por culpa de una muchacha que andaba en bicicleta con un montón de huevos en la mano— reforzó la hipótesis de que el hombre, no muy viejo y sin rastros de enfermedades pasadas, se desmayó por alguna causa desconocida, ajena por completo a ataques o espasmos y, enteradas de que seguía en estado de coma, todas las secciones reclamaron el derecho de acogerlo bajo su tutela. En general no tardaban mucho en llegar a un acuerdo al cabo de ciertas negociaciones, pero por algún azar desfavorable ninguna se prestó a ceder, y se generó una lucha interna a muerte, con calumnias mutuas sobre asuntos tan ajenos como la promiscuidad con mujeres o las jugadas torpes de algunos médicos.

Imposibilitada de preparar los documentos necesarios para el ingreso sin contar con la respuesta de la sala general de consultas previas, la agencia permaneció impaciente y a la espera durante un largo rato, quemando tiempo con cualquier pretexto, hasta que el hombre falleció, tras empeorar repentinamente. Fue obvio que ahí se presentara la sección de resucitación para llevarse a la presa.

El hombre revivió gracias a la atención recibida en la sección de resucitación, que, desinteresada del tratamiento, dejó luego abandonado al paciente agradecido, hasta que murió otra vez. Provista de médicos adiestrados, la sección de resucitación logró reanimar de nuevo al hombre, quien hasta hoy día vive agradecido, muriendo y resucitando cada cuatro o cinco días.

—Pero ¿eso qué tiene que ver con el paradero de mi esposa?

—¿Y quién te ha dicho que tiene algo que ver?

—¿Acaso tú mismo no has dicho que en la parte inicial del casete había datos para aclarar el enigma del espacio cerrado?

—Me he referido a la parte anterior. ¿No te fijaste en la escena corta como de diez segundos?

—No había nada.

—No lo escuchaste bien, entonces. Seguramente lo tomaste por un ruido irrelevante. Escúchalo con más atención cuando vuelvas.

—¿Qué hay ahí?

—Escúchalo tú primero, y luego discutimos.

—Si hay una pista tan concreta, ¿por qué no la seguimos ahora mismo en lugar de estar perdiendo tiempo con el cuaderno...?

—Tú eres el que está perdiendo tiempo. ¿O te frenaste adrede por algún asunto que te hiciera titubear?

—Nada de eso.

—Muy bien. ¿Y no se te ocurre más que enviar botes de rescate cuando desaparece un barco tras emitir una señal de auxilio? A veces resulta más eficiente encender los faros. Aparte de estar olisqueando sin cesar como un perro, debes pensar en medidas más prácticas, como iluminar la ruta de regreso para los extraviados. Te sugerí la idea de hacer apuntes en el cuaderno para que tuvieras un mapa para orientar a tu esposa cuando se dispusiera para el regreso, sabes. Hay que ver el resultado antes de que lo juzgues como un esfuerzo estéril.

No me convenció su argumento, pero tenía fuerza para someterme. Irritado al verme incapaz de refutarlo, me vi en el estado mental de un hombre inocente que se declara culpable sin haber cometido ningún crimen. Tras despedirme del caballo, volví al cuarto para poner el primer casete en la grabadora y detecté en efecto unos ruidos que requerían un examen más cuidadoso.

Salí al sótano de la sede central para comprar el segundo cuaderno y de paso subí en el ascensor hasta el último piso para asomarme a la oficina del subdirector. Acababa de entrar la secretaria. Le reclamé dos pastillas alentadoras y una llave antes de dirigirme a la sala de guardia, ubicada al otro lado del pasillo, con el objetivo de cerciorarme de las posiciones de posibles micrófonos escondidos alrededor de la sala de espera de pacientes externos. Resultó que solo había micrófonos instalados dentro de la farmacia. Enterado de la distribución de los micrófonos, podría analizar mejor los ruidos inciertos. Creo que estaba un poco exaltado, pues me apresuré a volver al cuarto sin hacerle caso a la secretaria, que quería entablar una conversación conmigo y me hacía preguntas sobre el caballo.

Para empezar, esboqué un plano aproximado de la sala de espera de pacientes externos, incluyendo la farmacia, con la distribución de los micrófonos escondidos. Imaginándome apostado ahí, escuché varias veces la parte inicial del casete. Traté de reconstruir mentalmente los ruidos, prestando atención a los cambios de calidad acústica y volumen según el transcurso del tiempo y la dirección, y lo que antes habían sido simples ruidos se fue transformando en escenas tridimensionales en mi mente.

Un ruido de viento que golpea contra la ventana de la farmacia... Espera, empezó a

soplar después del amanecer... Será el ruido del aire acondicionado... Pasos que se acercan... Sandalias con suelas de caucho... Primero tambaleantes y de pronto nítidos... No, se ha apagado el ruido... Los pasos avanzan con la misma timidez... ¿Qué clase de ruido natural se podría apagar tan de golpe?... Lo escucho de nuevo... No me parece imposible del todo que alguien juegue con estantes de la farmacia... Desaparecen los pasos... Un chirrido metálico, bastante agudo, tras una pausa... Luego, un ruido grave como de algo pesado...

Y al fin he empezado a escribir de nuevo. Parece que no me queda más remedio que acceder al trato. El caballo sí sabe algo. El hecho mismo de que editó este casete con la escena del ruido al inicio prueba que tiene más información que yo al respecto. O quizá tiene algo más que información.

Me preocupa el destino de este informe. ¿Qué objetivo secreto guardaba el caballo cuando me habló con la metáfora del mapa para orientar a mi esposa en su salida del laberinto? ¿Atribuiría toda la consecuencia al contenido de este informe? La próxima vez que le entregue un cuaderno le pondré una condición: que me aclare su destino a cambio de mi palabra de honor de no mentir, y que me garantice el derecho de suprimir las partes que me puedan perjudicar.

(El segundo casete comienza con la escena en que yo, tras la entrevista con el subdirector, me reúno con el jefe de guardia en compañía de la secretaria. La sala de guardia se encontraba en el mismo piso, al otro lado del pasillo. La secretaria me murmuró al oído mientras cruzábamos el pasillo: «El subdirector es impotente». Aunque era un pasillo bastante amplio, no tuve tiempo para responderle en los pocos segundos que tardamos para cruzarlo. No, dejaré de hablar en primera persona para retomar el relato en tercera. El hombre se quedó perplejo, sin saber cómo reaccionar. Carente de intención alguna de calumniar al subdirector, quizá la secretaria solo quiso impresionarlo, sin fijarse siquiera en la reacción de su interlocutor, efecto que logró hasta cierto grado. De por sí los hombres son tan egoístas que toman como provocación cualquier insinuación sexual de una mujer. Además, el hombre se solidarizaba de una u otra manera con la secretaria después de haber compartido esa experiencia anormal de observar de cerca el pene erecto del médico de guardia).

La sala de guardia era casi idéntica a la oficina del subdirector, tanto por el tamaño como por la estructura. Justo a la entrada había una puerta que conducía a otro cuarto anexo, correspondiente a la oficina de la secretaria, y la ventana amplia con doble cristal del fondo aseguraba la luminosidad y la tranquilidad. Había un juego de sillas, también idéntico al de la oficina del subdirector, de tubos metálicos forrados con cuero negro artificial, para las visitas. Fuera de estos no se podría

señalar ningún punto en común: mientras la oficina del subdirector era de una sencillez extrema, con predominio del color azul grisáceo de las paredes, desde la alfombra hasta el calendario plástico, excepto un dibujo enmarcado de caballos en cúpula, en la sala de guardia se advertía un desorden completo, con todas las paredes cubiertas por paneles de diferentes tamaños, equipados con diales y botones, y grupos de cables multicolores que corrían entre ellos en varias direcciones o colgaban hacia el piso, donde se amontonaban herramientas y piezas de toda clase. Con un poco más de orden y armonía, la sala tendría la apariencia de un estudio de radio o un laboratorio de computación, pero, desprovista por completo de coherencia, no parecía más que una tienda distribuidora de aparatos eléctricos.

Un hombre de bata blanca, agachado de espaldas a la mesa de trabajo colocada junto a la ventana, abandonó completamente su cuerpo sobre la silla giratoria y se quitó los auriculares de la cabeza.

—Hola de nuevo. No me he presentado todavía, pero soy el jefe de guardia.

Era el chofer de la furgoneta que había acompañado al subdirector. El hombre se sintió aliviado, aunque un tanto desconfiado, al reconocer al sujeto. Todo parecía tramado de antemano.

El jefe continuó con presteza, como si hubiera detectado la desconfianza del hombre, en un tono moderado que parecía revelar movimientos de las cuerdas vocales:

—No hay necesidad de presentación ni palabras de introducción, que ya te conozco muy bien.

—Pero ¿por qué...?

El jefe calló, alzando las palmas regordetas de sus manos pesadas. Cogió un objeto rectangular como de cinco centímetros cuadrados de la mesa de trabajo y tocó el botón. Se escuchó un zumbido como el de un mosquito. Sonriendo petulante con el labio inferior pronunciado, el jefe se levantó para alcanzarle el aparato al hombre por encima del escritorio. El mosquito se hizo primero tábano, y luego, a medida que el aparato se acercaba al bolsillo izquierdo del traje, se convirtió en un ruido eléctrico demasiado chillón.

—Saca el contenido del bolsillo.

—Esto es...

—Lo sé. Es ropa femenina de alquiler.

No había más remedio. El hombre metió la mano en el bolsillo y sacó el bulto de tela color beige, que estaba a punto de reventar. El jefe zafó el cinturón con la mano adiestrada y, tras abrir la tapa de la hebilla con las uñas, arrancó una pequeña pila de mercurio. Enseguida el aparato dejó de producir ruido.

—Qué desfachatez.

—Es un emisor de frecuencia modulada. Andando con semejante aparato, ¿cómo no nos enteraríamos de tus conductas al dedillo? Descubierta el truco, ya no te queda ningún misterio, ¿verdad? Ya sabes por qué pudimos llegar al sitio apenas tuvo lugar

el suceso.

—Qué gente tan descarada. Claro, ese viejo de la agencia fue prestidigitador profesional...

—Eso no tiene nada que ver. No solo esa agencia, sino todas, están obligadas por reglamento a colocar un emisor pequeño en alguna parte del vestido o de los accesorios de alquiler.

El jefe golpeó el piso suavemente con el tacón para hacer girar la silla y se inclinó sobre la mesa de trabajo para maniobrar un panel grande, instalado en el extremo izquierdo. Contra la pared de al lado se apilaban cincuenta y cuatro máquinas grabadoras de casetes, seis filas horizontales y nueve verticales, con bobinas descubiertas. Algunas estaban en función continua mientras otras se paraban o se ponían en movimiento, al parecer sin ningún orden.

Desde un rincón de la sala llegó un murmullo humano, que resultó ser una voz emitida por una bocina. Se escuchaba con tanta claridad que casi era increíble que el hablante permaneciera invisible. Era un diálogo insignificante entre un hombre y una mujer que arreglaban la cuenta de algo, pero la sensación tan vivaz de la escena remordía a los oyentes. No fue solo la calidad de la bocina y la máquina, sino por la forma asordada de hablar que, aunque fuera suficiente para los dos dialogantes, resultaba incomprensible fuera del círculo íntimo.

—El B-3 de saque... parece que no le pasó nada grave.

El jefe apagó la máquina para explicarme: salvo algunos casos excepcionales, los que alquilan ropa en las agencias lo hacen con el objetivo de realizar el saque —al hombre también se lo atribuyeron en Mediaciones Mano—, acto que consiste en sacar a algún paciente interno del pabellón o fuera del límite permitido.

En general los pacientes internos no tienen ropa de salida a su disposición, pues reciben visitas en su cuarto o en el salón de encuentros y, cosa obvia, son tales justamente porque no están en condiciones de salir. Pacientes solteros aparte, si los casados tuvieran escondida alguna ropa de salida, originarían una sospecha en sus parejas que los podría meter en un tremendo lío.

Entonces, ¿qué clase de visitantes intentarían sacar pacientes, molestándose en preparar ropa de alquiler? No pueden ser sino adúlteros. Confiados quizá por la coartada de no tener ropa de salida, los pacientes internos, sean hombres o mujeres, se vuelven atrevidos y, según dicen, tienen tres o cuatro veces más posibilidades de cometer adulterio que la gente ordinaria, a tal grado que se ha inventado un sistema de entrega de ropa de alquiler para encuentros secretos entre los mismos pacientes internos. (Al respecto, el subdirector, hombre sagaz, parece desconfiar de la simplificación de evaluar el deseo sexual de los pacientes a partir de la ropa de alquiler. Por ahora me limito a señalar un punto de vista diferente, pues más tarde me referiré en detalle a la filosofía del subdirector respecto de los pacientes).

Alistada la ropa, lo que viene es la selección del lugar. No es una cuestión relevante cuando se trata de un deseo ínfimo, como rascarse una comezón. Entre la

sede central y la plaza de tierra colorada se extiende en toda la pendiente del lado sureste el bosque de arces alrededor del cementerio, administrado directamente por el hospital. Además de que ahí abundan losas planas y árboles que prestan sombra, está a menos de diez minutos a pie del pabellón más lejano. Hay que tener cuidado con los ciempiés y el tétanos, y es recomendable evitar movimientos violentos que puedan causar lesiones. Para no arriesgarse es mejor buscar un sitio bajo techo, no expuesto a las miradas ajenas. Por fortuna, hay más de diez hoteles que prestan ese servicio en la zona urbana que está invadiendo el valle abierto entre la sede central y el pabellón de pacientes externos. Allí esperan a los clientes que traen sus bocas abiertas y esa mueca que las hace parecer unos hoyos fruncidos.

Desde la ventana de la sala de guardia se podía observar la localización de todos los puntos de mira. Al valle formado entre los promontorios, conectados en forma de U inversa, entraba desde el noroeste una carretera de cuatro carriles que atravesaba un túnel antes de salir hacia el mar. Había tiendas comerciales en ambos lados de la carretera; allí se apretujaban, además, oficinas y edificios residenciales, que borraban la línea fronteriza entre la zona urbana y el terreno del hospital. La sede central era de una estructura sencilla, con un eje en forma de tubo espigado, sostenido de raíz por cuatro módulos rectangulares, mientras que el pabellón de pacientes externos era una masa hecha de bloques acumulados uno tras otro sin planificación alguna, como un barco armado de la antigua marina. Pudo trazar la ruta aproximada por la cual había perseguido al médico de guardia: al comienzo había orillado el borde interior de la loma por el límite de la zona urbana hasta la carretera y, luego de salir al lado del mar a través del pasillo subterráneo, había caminado hasta este lado de la pendiente por el atajo abierto entre las estatuas sagradas que, ubicado en ángulo recto, no estaba a la vista desde la ventana de la sala de guardia. Supongo que está en dirección del cedro, inclinado por el peso de sus ramas, que tapa todo el lado izquierdo de esta habitación, donde sigo haciendo apuntes en este cuaderno. Según dice el jefe, estos edificios deshabitados y abandonados que están en el terreno que pronto será absorbido por el cementerio son bastante acogedores para los fugados del hospital. Desde luego, se convierten en sitios ideales para encuentros secretos, si los amantes son capaces de aceptar la falta de pequeños lujos, tales como una ducha antes del acto u otras necesidades en el baño.

El jefe y el subdirector se interesaron tanto por el impulso sexual de los adúlteros que quisieron grabar un acto in fraganti. Por casualidad tuvieron un éxito mucho mayor de lo que habían esperado la primera vez, y se volvieron adictos. Pero no necesariamente caían presas deseadas en esos sitios con micrófonos escondidos. Por otro lado, no era factible la idea de instalarlos en todos los lugares de posibles encuentros secretos, porque implicaría un desgaste enorme por la cantidad de monitores necesarios, las pilas que se acababan al cabo de ochenta horas continuas de funcionamiento y el trabajo fastidioso de cambiarlas. Tras una larga sucesión de pruebas y errores, llegaron a establecer un pacto con las agencias, que se harían cargo

de colocar pequeños emisores de frecuencia modulada en la ropa de alquiler, objeto indispensable para el saque. Gracias a este truco, ahora podían presenciar escenas íntimas transmitidas en vivo, con eficacia y sin falla alguna.

—No entiendo para qué cometen una acción tan abominable.

—Y tú, ¿para qué guardas en el bolsillo trasero de tus pantalones lo que escamoteaste en el cuarto del médico de guardia?

Ante este ataque inesperado, el hombre se puso a la defensiva. ¿Hasta qué punto está dispuesto el jefe a ayudarlo en la búsqueda de la esposa? Miró el reloj de pulsera para expresar irritación, pero fue ignorado por completo. El jefe alzó el brazo para apuntar el pulgar, por encima de su propio hombro, a las cincuenta y cuatro grabadoras apiladas a su espalda, y continuó con cara de orgullo:

Ya se ha formado una organización a la que pertenecen más de cuatro mil aficionados a grabaciones de encuentros secretos, y cada uno de los miembros tiene derecho a sacar al menos un casete nuevo al mes a cambio de una cuota de dos mil yenes mensuales, lo cual suma en total casi cien millones al año, fuente de ingreso importante de la sala de guardia. Ya han comprado tres transcriptoras y, desde el fin del año pasado, cuentan con un microcomputador que realiza la grabación automática de encuentros secretos. Cuando aparece un cliente de saque, la agencia les comunica por teléfono el código de la emisora correspondiente, y una vez introducido el código, el computador se mantiene en estado de alerta en espera de la señal emitida por un transmisor, con sensor de sonido, que se activa al percibir el despojo de la ropa y pone en marcha las grabadoras sin intervención humana. Con estas instalaciones podrán satisfacer hasta a ocho mil miembros.

—Pero tu caso ha sido excepcional —el jefe bajó la voz para escrutar la mesa de resina acrílica, desde la cual los ojos reflejados le devolvían una mirada inquisidora—. En general el saque no comienza sino hasta después de las dos, pero llegaste a la primera hora de la mañana. Por curiosidad no quise dejar el asunto en el sistema de grabación automática y me quedé escuchando hasta el final. Pero fue una suerte, sabes, porque has llegado a tiempo...

Sintiéndose favorecido por la corriente, el hombre se agarró con cuidado al timón para no desorientarse.

—Quién sabe, a lo mejor ya es tarde para mí.

—La esperanza es lo último que se pierde —dijo sonriendo con la boca redondeada que revelaba sus colmillos como los de un animal manso y degenerado—. El médico de guardia sigue bastante grave, pero de momento no tiene la menor intención de acusarte de lesión involuntaria o allanamiento de morada.

El jefe tocaba los puntos vulnerables del hombre con naturalidad y certeza. La sonrisa con la boca redondeada no le infundía ninguna confianza.

—Fue inevitable. Además de que ya andaba en las nubes, el vigilante, que fue el único testigo, me convenció con elocuencia de que el médico de guardia era...

El hombre sacó el sexto cigarrillo del día y se lo llevó a la boca.

—Prohibido fumar —lo amonestó el jefe con indiferencia—. No te preocupes por el vigilante, que ya he tomado las medidas necesarias. Déjame preguntar si ya ha llegado la declaración remitida al subdirector.

El jefe tocó el botón de interfono para llamar a la estancia.

La estancia, según le explicó, es la oficina de guardia, ubicada en la planta baja del mismo edificio, para seguir los movimientos de los dieciocho vigilantes, divididos en tres grupos, que día y noche se mantienen alertas por turnos en varios puntos importantes. No son pocas las labores que requieren mano de obra a gran escala: entrega de casetes con grabaciones clandestinas a los miembros, recaudación de la cuota, recepción de nuevos miembros, rondas regulares en ciertos sitios claves, operaciones emergentes en casos de riña o robo, entre otras. El trabajo más arduo, que consiste en el cambio de pilas de los más de doscientos micrófonos escondidos y de los aparatos de retransmisión, lo llevan a cabo parejas de dos hombres fornidos que se desplazan de un sitio a otro a toda carrera (a veces uno llevando a cuestas al otro, para ganar más altura). El muchacho con la cabeza rapada, vestido con pantalones deportivos, que se había aparecido de repente para propinarle un golpe en las costillas cuando orinaba de pie, justo en el callejón colindante con el restaurante de pasta, durante la espera, también era uno de esos colaboradores. A decir verdad, no lo agredió con mala intención, sino que solo pasó a verificar la situación bajo una orden enviada por radiotransmisión.

El jefe, siempre mañoso, no se olvidó de agregar, para desviar la ira del hombre, que los zapatos de salto podrían ser un producto atractivo para los trabajadores externos, la mayoría de los cuales eran pacientes de otorrinolaringología, dermatología o psiquiatría, aficionados a las artes marciales como el judo y el karate.

Sonó el timbre del interfono y se escuchó una respuesta mal formulada, como la de un estudiante joven: habían enviado la declaración a un sitio tal, en el momento de entregar ahí al vigilante. Según le aclaró el jefe, se trataba del Laboratorio de Investigaciones Psicolingüísticas, donde lo iban a someter a un detector de mentiras para probar la veracidad de su declaración.

Enseguida el jefe llamó al Laboratorio para preguntar por el resultado y obtuvo la respuesta de que estaba prácticamente comprobada la veracidad de la declaración, aunque todavía faltaba un análisis de detalles.

—Era la esposa del subdirector —dijo el jefe, pronunciando las palabras como si hablara con la lengua enfundada en un preservativo—. Está separada de momento, pero igual es una autoridad en lo que se refiere al detector de mentiras.

—¿Esa declaración ha revelado alguna novedad?

—Qué va —dijo, quitando la tapa interior de la hebilla de la ropa de alquiler—. Mira, tu código es M-73F, memorízalo. Con él puedes sacar de esas cintas cualquier información relacionada contigo cuando quieras. La puedes reclamar ahora mismo. Por lo que veo, estás bastante bien informado.

—¿Estás bromeando? Solo estoy informado de algo insólito que consiste en que

mi esposa desapareció de donde nada puede desaparecer. Claro, que no tenga ninguna información también puede ser una información...

Sonó el teléfono para anunciar el segundo saque (primero, si no tenían en cuenta el del hombre) del día. Esta vez el cliente era una mujer morena y robusta, de treinta y dos o treinta y tres años de edad, que alquiló una camiseta vistosa como para un hombre joven y pantalones delgados. Mientras maniobraba el sistema de computación para meter el dato, el jefe murmuró con una voz contenida, enrarecida por la respiración:

—Entre el dicho y el hecho hay mucho trecho. Semejante combinación suele decepcionarnos.

El hombre adelantó el cuerpo sobre el sillón, irritado y molesto como si se hubiese convertido en un gato con su pelaje erizado por la impaciencia de esperar.

—Ahora, ¿en qué me puedes ayudar en concreto?

—No me queda otro remedio, cuando se trata de una orden directamente remitida por el subdirector —dijo el jefe con la barbilla alzada, acariciándose el cuello grueso un tanto torcido con el dorso de la mano—. Como ves, soy el único que permanece aquí todo el tiempo. Incluso, rara vez se permite acceso al personal del hospital, porque aquí se manejan informaciones de importancia suprema. Creo que eres el primer hombre admitido en esta sala.

—Pero estoy en el mismo callejón sin salida a menos que consiga alguna pista nueva.

—Todo depende de tus esfuerzos.

—El señor subdirector me ha sugerido que hable con las encargadas de la limpieza...

—Será en balde. Te enterarás de lo que hablaron en el momento del relevo cuando leas la declaración del vigilante, quien abrió la puerta del pasillo para el personal después de haber comprobado que no había nadie en absoluto. No hay ningún otro testigo.

—Entonces, ¿qué crees que debo hacer?

El hombre subió el tono sin querer, agarrando fuerte los brazos del sillón con las manos. El jefe soltó una carcajada traviesa, frunciendo la boca otra vez, dejando que la carne colgante de los cachetes se inflamara debajo de los ojos, como si fuese pan dulce.

—Para que no te quejes más, dejaré a tu disposición la sala de reproducción, contigua a esta. Así podrás husmear todos los rincones del hospital, convertido en varios hombres invisibles al mismo tiempo —al decirlo, el jefe sacó una bata blanca, almidonada y recién planchada, de una repisa instalada debajo de la mesa de trabajo, y raspó con un cuchillo afilado la superficie del bolsillo del pecho, y quitó dos de las tres rayas negras bordadas ahí—. Te presto esta hasta que decidan formalmente qué cargo te van a asignar. Con ella tendrás acceso libre al comedor.

Al ponérsela, sonó un ruido seco y agradable de almidón rasgado. Era demasiado

ancha por los hombros, pero la talla le quedó más o menos justa. El jefe se deslizó entre las máquinas para abrir una puerta y con un gesto invitó al hombre a que pasara a la sala contigua.

(El segundo casete termina con el ruido de la puerta al cerrarse, dejando más de diez segundos de vacío, que, en realidad, abarcan un lapso de casi cinco horas. Lejos de ser insignificante, ese tramo era de importancia suprema para el hombre, que, al cabo de nueve horas desde la desaparición de su esposa, pudo emprender por primera vez una pesquisa propiamente dicha. Tal como le había indicado el jefe, el hombre, tras instalarse en esa pequeña sala de espejos mágicos, se dividió en decenas de vigilantes invisibles para asomarse a cualquier rincón del recinto sin salir ni un segundo de ahí, husmeando y escudriñando los mínimos detalles).

Al comienzo el hombre se desconcertó bajo una fuerte presión cercana al dolor. Era como si se lanzara al aire con un paracaídas, algo que desde luego jamás se había atrevido a probar, pero que había visto en la televisión y en el cine. Sí, se llamaba paracaidismo. Sin abrir el paracaídas de inmediato, la gente, agarrada a un tronco invisible como un gusano, cae con el rostro deformado por la presión del aire hacia la tierra remota, que se ve como en una aerofotografía. Más que caída es una pérdida del mundo exterior. Produce la sensación de experimentarlo en carne viva, quizá porque se asemeja al momento inseguro del despertar.

Rodar de una botella de cerveza sobre el piso de baldosas... Voz de una mujer bastante mayor, enojada por el aire acondicionado demasiado fuerte... Resollar de una persona sin edad, asustada, y frases hechas, irritadas y burocráticas, emitidas por un hombre que la consuela... Pisadas apresuradas de pantuflas que se disipan enseguida... Palabras de insulto hacia la ropa medio húmeda... «¿Qué te importa eso, hombre?», «Bueno, así será de manera general», «Resignémonos, pues», «Calma, que no está nada mal»... Orinar o verter agua del tubo a un vaso... Rodar escalera abajo de una lata de aluminio... Gemido femenino, risas ahogadas, papel desgarrado... Silbido desentonado que suena como una corriente de aire... Maullar de un gato pequeño... «A ver, ¿cómo le diré? No está de acuerdo»...

Con los auriculares puestos el hombre escuchaba a la vez seis sonidos diferentes, independientes entre sí, tres del lado derecho y tres del izquierdo, porque la grabadora, una máquina especial, tiene seis canales en una pista unidireccional. Tenía que permanecer atento a todos los sonidos. Algunos duraron un largo rato y otros se esfumaron en unos cuantos segundos. Unas escenas desaparecieron para aparecer de nuevo con insistencia y otras se perdieron definitivamente tras un desarrollo fugaz. Parecía que el computador se encargaba de seleccionar los ruidos. El aparato de retransmisión se pone en marcha al percibir un cambio radical de cualidad o volumen

del sonido, y la grabación se detiene automáticamente a los tres segundos cuando la voz humana baja de 3,2 de coeficiente de tensión de bandas vocálicas, o los sonidos naturales se repiten con los mismos ritmos y frecuencias. El coeficiente de tensión de bandas vocálicas es la cuantificación de reacciones fisiológicas, correspondientes a una tensión psicológica, mientras que la repetición de los sonidos naturales se mide en función inversa a las acciones humanas que están detrás de ellos.

Por esta razón, el sistema puede procesar, mediante los canales con capacidades reducidas, los sonidos en una medida superior a su límite teórico. En el último año el número total de los aparatos de retransmisión ha alcanzado doscientos catorce, y cada uno de ellos, con ocho canales, cubre el radio de cien metros, lo cual implica, según le explicó el jefe, una capacidad de acciones simultáneas de mil setecientos doce circuitos, número suficiente como para tener el hospital casi por entero bajo su vigilancia.

El objetivo consistía en seguir de manera imparcial los seis transcurros temporales, enrevesados, que corrían en paralelo con pequeños saltos, y tratar de identificar, aunque fuera a retazos, la voz de la esposa, tamizando los ruidos que entraban. Al toparse con algún sonido inquietante, podía detener la cinta para reproducirla cuantas veces quisiera mediante maniobras con los botones del tablero, hasta cerciorarse de su origen. Además, sería posible localizar con exactitud, a través de la decodificación del pulso inscrito al inicio de la grabación, qué aparato de retransmisión la remitió y dónde se encontraba el micrófono escondido que captó el sonido.

El hombre se hizo todo oídos. En prevención quizá de una labor intensa y duradera, la ventana estaba cubierta por una doble cortina de gasa negra y había un sofá cómodo, de un solo brazo. Sin embargo, escéptico ante la idea de buscar el paradero de su esposa con operaciones tan extrañas, no dejó de sentirse inseguro, como si tratara de atrapar bichos minúsculos con una de esas redes que hay en los estadios de béisbol. Al fin y al cabo, todo esto no era más que el percance trivial de una persona ajena al hospital, por más que lo sufriera. Era de extrañarse la generosidad con que le permitieron, sin ponerle problema alguno, el acceso pleno al centro del sistema de computación, que, según decía el jefe, tenía un control absoluto de todo el recinto. Aunque no se consideraba digno de ser engañado, no podía librarse de la sospecha de que lo estaban engañando. Quizá hubiese sido mejor apelar al método clásico de buscar testigos y recoger información por sus propios medios.

Mientras tanto, los ruidos fluían uno tras otro sin parar, indiferentes al recelo del hombre, dejándolo indefenso, sin clemencia. Un brote de pequeña esperanza respecto de lo que viniera en el siguiente segundo le acallaba la duda y lo mantenía clavado en el sofá. Cualquier ruido o voz, por mínimo que fuera, parecía exhibir con sarcasmo las pistas a seguir. No sabía si esa sensación se originaba en su avidez por la información o en el carácter de código secreto, innato en los ruidos. De todas maneras, era una afluencia insólita de sonidos: adulaciones, rabias, descontentos,

burlas, insinuaciones, envidias, insultos... Y un poco de obscenidad que se filtraba en todo. Principalmente, los murmullos se asemejaban mucho a los de la parte inferior del cuerpo sentado a caballo en el inodoro. Un hombre con remordimiento disfrazado de curiosidad se revela a sí mismo hasta convertirse en otro individuo de carácter opuesto. Adicción aguda a la escucha clandestina. El derrumbe del vínculo con el mundo exterior, sostenido por el eje de la vista, le producía un vértigo parecido a la acrofobia. El mosaico de tiempos paralelos, que podían convivir en un mismo espacio pero que jamás se podrían experimentar simultáneamente, tenía algo en común con la completa oscuridad.

En comparación con la vista, el oído tiende a ser pasivo. Con tal de cerrar los ojos desaparece enseguida un petrolero gigantesco de quinientas mil toneladas, pero no es fácil deshacerse del zumbido de un mosquito. Cualquiera descubre un balano adherido al casco del petrolero, pero le cuesta un esfuerzo enorme distinguir una pisada específica en medio del bullicio callejero. Por lo tanto, las labores acústicas cansan más.

Estaba llegando al límite. Se le inflamaba el cuello como si se hubiera puesto un sombrero de plomo que le golpeaba la frente con latidos que le hacían vibrar los globos oculares.

En ese instante se le ocurrió de repente: la esposa ya estaba de vuelta en casa, a la espera del regreso del hombre. Claro... Así tenía que ser... Estaría llamando por teléfono a todos sus conocidos para preguntar por él, que no llegaba. Miró el reloj y se dio cuenta de que ya eran pasadas las seis. Llevaba casi cinco horas frente al tablón. Se le olvidó reportarse por teléfono a la empresa después de haber comunicado la tardanza. Tendría que hacer un montón de trabajos para compensar su falta a aquella reunión importante, a la que iba a asistir el mismo presidente.

De momento debía aflojar la tensión de la vejiga, que llegaba al punto de saturación. Salió directamente de la puerta que conducía al pasillo, sin llamar a la contigua sala de guardia, y se deslizó con pasos disimulados sobre el piso silencioso; sus pisadas cubrieron las baldosas de porcelana color ocre hasta el baño ubicado al lado del ascensor.

(Aquí se reanuda la grabación, registrada en el anverso del segundo casete. La calidad y el volumen no se mantienen estables, a diferencia de la grabación realizada siempre de cerca por el micrófono escondido en el cinturón de la ropa de alquiler. Movimiento de pasos... Ruido de orines cayendo... Abrir y cerrar de una puerta... Sonidos esporádicos crean una sensación de tiempos dispersos, remendados en uno solo.

Sonó el teléfono. Era el caballo que preguntaba por el avance del cuaderno. Sin cohibirme, le respondí con otra pregunta: como él había señalado, se perciben un

ambiente extraño y pasos insinuantes al comienzo del primer casete; para poder calificarlos de pistas, ¿tendría él algún fundamento?; ahora le exigiría una opinión franca, pues el regateo de información solo genera una mutua desconfianza.

En vez de responderme, el caballo me invitó a una cena tardía, diciendo que ahí me daría explicaciones detalladas. Y me puso como condición terminar al menos el segundo casete. Muy bien, sé más o menos lo que busca. Se borró la línea del horizonte que se divisaba desde la ventana, y se confundieron el mar y el cielo. Quizá llovería fuerte.

Voy a descansar un rato. Enciendo el octavo cigarro del día, vierto agua caliente en el recipiente de fideos instantáneos y espero unos minutos, tomando la coca-cola enlatada. Me quito los lentes de contacto para aplicarme el colirio).

Cuando regresaba del baño, se abrió, como si hubiera estado al acecho, la puerta del cuarto contiguo a la oficina del subdirector y se asomó la mitad del rostro sonriente de la secretaria. El hombre no fue capaz de pasar de largo:

—¿Me prestas el teléfono?

La secretaria empujó la puerta con la cadera y enseguida se retiró al interior. ¿Lo invitaría a pasar? ¿O procuraría mantener la boca cerrada en precaución de los micrófonos omnipresentes?

—Cierra la puerta —dijo con un susurro antes de sentarse sobre el brazo del sofá casi pegado a la pared—. Marca cero para llamadas al exterior...

—No tardo mucho.

Era un aparato moderno con un disco liviano. Mientras escuchaba el primer timbre, el hombre recordó de nuevo las extrañas experiencias vividas en el curso del día y se sintió aliviado, como si se hubiera amparado debajo de un alero en medio de una lluvia torrencial. ¿Cómo no se le habría ocurrido antes? Dentro de unos segundos la esposa tomaría el auricular al otro lado de la línea y se descorrería la cortina para dejar pasar la luz exterior, disipando imágenes fantasiosas de la pantalla. Se fugaría de ahí a toda carrera y jamás volvería a meterse en semejante lío. El hombre sentía resplandecer su gloriosa sanidad debajo de la piel, que reflejaba una luz de neón celeste.

El teléfono seguía sonando.

—No te contestan.

—Estoy llamando a mi casa para ver si...

La secretaria cambió de postura sobre el brazo del sofá, descubriendo la abertura de la bata blanca por donde asomaba una pierna hasta el muslo, que hacía relucir la piel tersa, bronceada y firme. ¿No se pondría más que ropa íntima debajo de la bata blanca?

Había sonado más de diez veces.

—No te contestan.

—Estará ocupada, friendo algo en la cocina.

La secretaria permaneció callada. Sin un mínimo interés en cubrirse la pierna que, estaba consciente, atraía la mirada del hombre, marcaba un ritmo suave con los dedos del pie descalzo. Le dieron ganas de tocarle con los dedos el hoyuelo de la rodilla.

El teléfono seguía sonando y el hombre renunció a los treinta y cinco timbrazos. La secretaria levantó la cadera y se arregló la falda para cubrirse la rodilla, como suelen hacer las mujeres egoístas cuando coquetean con los hombres.

—El comedor de empleados está abierto hasta las ocho y media. ¿Por qué no vienes conmigo?

—Quiero hacer otra llamada.

Con la mirada detenida sobre la mano que discaba, la secretaria dijo adelantando la barbilla hacia el hombro de él:

—A tu empresa.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya no habrá nadie.

Fue el contestador automático el que le respondió: «Nuestro horario laboral es hasta las seis de la tar...».

En el momento en que devolvió el auricular al sitio, se escuchó un sonido lejano, como la campanada de un altar budista. El hombre se sintió aún en medio de una caída vertical, mucho después de despertarse del sueño en que había experimentado una caída.

—Esa bata no te queda bien, te la puedes quitar dentro de este edificio... —Con los ojos alzados la secretaria pellizcó un botón de la solapa de su propia bata, dándole un tirón suave. Se vislumbró un sostén escotado, rojo violeta, color que solo sentaría bien a una mujer más blanca—. El subdirector me dio cupones para ti también. Bueno, la bebida alcohólica irá por tu cuenta.

—No tengo apetito.

—Va a ser un trabajo muy largo.

La secretaria se adelantó al pasillo tras su gesto de invitación. El hombre también salió, pero se detuvo con los pies firmes para manifestar que no iba a avanzar más.

—Me gustaría terminar el resto de la cinta cuanto antes...

—Apenas estás en la primera. ¿Para qué te apuras?

—¿Hay tantas?

Sintió que lamía el filo de una navaja. La secretaria abrió la boca, mostrando la campanilla, y rio secamente.

—Claro que sí. Hay miles de micrófonos escondidos en todos los rincones del hospital. ¿Cómo crees que caben tantos en solo seis canales? —La secretaria cruzó en diagonal el pasillo y abrió, sin tocarla siquiera, la puerta de la sala de guardia, para asomarse al interior—. ¿Cuántas cintas se han sumado hoy?...

Acto seguido le respondió el jefe con voz sonora y estrepitosa, como si hubiera estado a la espera:

—Seis y media.

—¿Solo en la mañana?

—Sí, hasta el mediodía...

Inmediatamente la secretaria se volvió sobre los talones y desanduvo el tramo con pisadas que hacían sonar las suelas de hule de sus sandalias rojas. Al cruzarse con él, lo tomó por el brazo, pero el hombre la rechazó por instinto.

—Me han engañado.

—¿Qué quieres decir?

—Se tarda siete horas para escuchar una hora de grabación. Es como perseguir nuestra propia sombra que se va alargando minuto tras minuto. Jamás llegaré a la meta.

—¿Qué quieres? No hay nadie que te pueda ayudar, pues tú eres el único que sabe distinguir la voz de tu esposa.

—Es tan absurdo como ir en bicicleta tras el tren bala que has perdido.

—¿No crees que el mundo sea así? No necesariamente tienes que llegar hasta el final para ganar el premio mayor en el sorteo.

Quizá tenga razón. Contar los días que le quedan para terminar de cumplir la condena puede resultar más realista que soñar con la inocencia en la cárcel. Ahora, si todo esto estaba sucediendo de verdad, ¿no serían más que una reminiscencia triste los días pacíficos que habían pasado con su esposa antes de la desaparición? Sintió como si con un viento fugaz los vellos de los lóbulos de su esposa le hubieran rozado la nariz.

La secretaria lo buscó con la mirada, que se aferró a él como si lo tomara del brazo. Era una mujer tan bien perfilada que casi lo irritaba. En cambio, la imagen de su esposa ya se había desvanecido como la clara de un huevo batido.

—Ánimo, tienes cara de haber visto demasiadas telenovelas de medianoche...

Tras lanzar una mirada rápida a la línea fronteriza entre el cielorraso y la pared, la secretaria se colocó un dedo sobre los labios y empezó a caminar con pasos agitados. Instigado por ese gesto teatral, el hombre también se puso en marcha.

Según indicaba la lucecita, el ascensor iba por el cuarto piso y tendrían que esperar un buen rato. El pasillo relucía como el interior de un cilindro bruñido con lubricante, bajo luces crepusculares que entraban de los tragaluces encajados en los dos extremos. Al recorrer el espacio con una mirada cautelosa, la secretaria le mostró una sonrisa cómplice con sus ojos un tanto alzados, pero empezó a hablar de cosas insignificantes (más tarde le explicaría que se trataba de un acto para despistar la vigilancia, considerando que algún micrófono pudiera estar escondido).

—Nos encontramos en el centro del edificio, que tiene una estructura simétrica. Todo este lado es de uso del subdirector. El otro lado estaba destinado originalmente al director, pero hace tres años convirtieron gran parte, incluyendo la oficina del director, la sala de reunión y el cuarto de la secretaria, en archivos para guardar esa enorme cantidad de cintas. Dentro de dos, tres años estarán repletos de nuevo...

—¿El director se mudó a otra parte?

La secretaria solo inclinó la cabeza sin contestar. Llegó el ascensor. Apenas lo abordaron, la secretaria apretó el botón rojo. «Full», dijo, sonriendo maliciosa, con pequeñas arrugas sobre su nariz. Así permanecieron, a solas, hasta llegar directamente al segundo nivel del sótano.

(Aquí se interrumpe de nuevo la grabación. El contador marca 382. La expectativa del caballo, al molestarse en llamarme y apresurarme a terminar el segundo casete, tentándome con la invitación a la cena, apuntaba a este vacío de un par de horas. Desde luego, relataré todo en detalle. A estas alturas la secretaria tampoco me reprocharía que lo hiciera).

—Sabes, en el interior del ascensor no se puede instalar ningún micrófono escondido. Dime todo cuanto me tienes que decir ahora mismo, de momento estamos solos, pero no hay tiempo. Anda, date prisa, ¿qué quieres que haga por ti? Bueno, si te callas, hablo yo primero. Fui violada por el jefe.

Habló con tanta precipitación que todavía atravesaban el noveno piso cuando terminó de decirlo. El hombre no supo qué responder. La palabra «violada», escrita así, no suena tan fuerte, pero, emitida por boca de la misma víctima tuvo el impacto de una bolsa de papel hecha explotar cerca del oído.

Su actitud también cambió de repente. Se le esfumó sin dejar rastro la típica arrogancia que caracteriza a los médicos. Hasta la piel tersa, que antes le parecía una marca de agresores insolentes, se convirtió en signo de daños recibidos. La secretaria enmudeció.

Bajaron del ascensor al vestíbulo para los empleados. Había un gentío bullicioso, que, si no fuera por la vestimenta peculiar de bata blanca combinada con sandalias y por el insistente olor a medicina, produciría la misma sensación que los pasajes comerciales del subterráneo urbano a la hora de la salida del trabajo. Como la secretaria era conocida del subdirector, varias personas la saludaron con cariño. Algunos los escudriñaron con una mirada insinuante. Los dos muchachos con pantalones deportivos y cabezas rapadas, los mismos que lo habían agredido, se detuvieron de repente y los miraron con ojos lujuriosos, doblando en ángulo agudo la cintura, pero la secretaria los ahuyentó sin perder tiempo con un ademán firme. Había recuperado la arrogancia de los médicos. ¿De verdad había sido violada? ¿O una mujer violada merecía ser tratada de manera particular en este hospital?

Salón de belleza, tienda de hogar, agencia de viaje, florería, cafetería con asientos en el pasillo, imprenta rápida, venta de micrófonos escondidos, revelado de fotos, lavandería con lavadoras automáticas de monedas, y por fin aparecía el comedor, brumoso por el vapor, que emergía como a través de un objetivo gran angular.

En un rincón del fondo del comedor estaba instalado un televisor con una pantalla gigantesca. Estaba puesto sobre un andamio, que salía de la pared a modo de alero y armado con tubos de acero, como a dos metros del piso. Había una aglomeración

mayor por debajo del televisor, pero el espacio quedaba en ángulo muerto. Era extraño que se apretujara tanta gente en un lugar tan ruidoso, aun cuando no había ningún programa interesante a esas horas. Quizá atraía gente justo por el ruido, que obstaculizaba la función del micrófono escondido.

De hecho, la mayoría se sentaba demasiado cerca, juntos unos y otros, y se hablaban casi al oído, en cuchicheos. Había unas cuantas parejas en actitud amorosa, pero muchas parecían sostener conversaciones secretas sobre algún negocio importante. Cundió cierto pánico cuando la secretaria se les acercó caminando entre las mesas. Al verla, algunos se levantaron de la mesa con discreción. Los vigilantes son una raza odiada, sea donde sea.

El hombre y la secretaria se sentaron de lado a una mesa cuadrada, muy cerca el uno de la otra, casi con las rodillas rozándose, para poder conversar en medio del bullicio. Al camarero que fue a atenderlos, la secretaria le dibujó una A en el aire con un dedo e hizo un gesto de servirse cerveza en un vaso. De A a E, había cinco menús diferentes, y el A de hoy consistía en cerdo guisado al estilo chino y sopa de maíz. En la pantalla del televisor terminó un programa para niños con el gemido de un monstruo robot y, tras un parpadeo color ámbar que se reflejó en los rostros de la gente reunida a su alrededor, se transmitió un mensaje comercial acerca de un aparato insecticida eléctrico.

—Fui violada.

Apenas susurró eso al oído del hombre, la secretaria levantó la cabeza y golpeó con el índice derecho la mesa blanca de plástico. El hombre no atinaba qué decir, a sabiendas de que se encontraba urgido a responder algo. ¿Quería acusar al jefe, solidarizarse con otra víctima o ganar su simpatía?

Optó por decir una palabra banal que podría decepcionar a su interlocutora:

—¿Cuándo?

La secretaria encogió el cuello, torciendo el cuerpo entero. El aliento del hombre le había entrado directamente en el pabellón de la oreja. En respuesta la mujer le infundió un aliento no inferior.

—¿Es verdad que tu esposa fue secuestrada por una ambulancia?

—¿Para qué crees que estoy perdiendo tiempo aquí, a riesgo de mi empleo?

—No te creo.

—¿Por qué?

Hasta una frase corta sonaba insinuante al transmitirse de la boca al oído de manera tan íntima.

—Habrías acudido a otro método de pesquisa si fueras detective privado.

—Ya he seguido el método de los detectives privados, espionando y entrevistando...

—¿Cuánto llevas de casado?

—Cinco años.

—No has investigado sobre los antecedentes de tu esposa, ¿verdad? Amistades anteriores al matrimonio, relaciones actuales, por ejemplo. Se consiguen pistas

inesperadas a partir de una agenda, apuntes en calendarios o mugre dejada en la libreta de teléfonos. Debes preguntar a los vecinos también si tu esposa no hacía salidas periódicas, a qué horas se ausentaba de casa y cómo se vestía y maquillaba cuando salía...

—Tú no sabes nada, quizá te parezca extraño que te diga eso, pero...

—Claro, tú eres muy guapo.

—No quiero decir nada de eso, sino...

Les trajeron la cerveza. Forzado a brindar, sintiendo al mismo tiempo una presión en las rodillas como si fuese una pelota de goma dura, el hombre accedió a regañadientes. Recorrió el espacio con la mirada. Varias miradas furtivas se dispersaron rencorosas, como si fuesen moscas espantadas. Los primeros tragos de cerveza se hicieron humo antes de llegar al estómago.

—¿Cómo es tu esposa?

El hombre percibió un desafío en la presión de la rodilla. Ignorarla equivaldría a herirla, lo cual no convenía en estas circunstancias, pero al aceptar la pregunta le daría una impresión de deshonestidad, poco apropiada a un hombre que está en busca de su esposa. No supo qué hacer.

—En casa tengo sus retratos... Hay uno muy grande a color, hecho por un fotógrafo profesional, donde sale en traje de baño, porque de estudiante llegó hasta la preselección del concurso de Miss Tokio.

—Una mujer vistosa que ostenta su cuerpo.

—Nada de eso.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

—¿Me protegerías así si yo fuera tu esposa?

El hombre escrutó con cautela el rostro de la mujer. La pregunta era ajena por completo a la ironía maliciosa, tan frecuente en semejantes situaciones. Se puso aún más alerta. La secretaria prosiguió, sin reparar en la vacilación del hombre:

—Creo que es mejor que sepas al menos —con la mirada fija en los ojos del hombre, la mujer terminó de sorber la cerveza con los labios apretados, como si la bebiera con una pajita— que nadie se preocupa por ti de verdad.

Sin duda tenía razón. Pero una sentencia tan contundente no le caía en gracia. Sintió que por sus poros se colaba algo viscoso y desagradable, como si se hubiera convertido en una esponja pisoteada. La esperanza se le deshacía como la escarcha de hielo adherida a la cáscara de una mandarina congelada.

—Pero poca gente del exterior tiene acceso a esa sala para escuchar las cintas de grabaciones clandestinas...

—Lo de difícil acceso no siempre te resulta útil, ¿no crees?

Advertencia premonitoria. ¿Con qué objetivo hablaría así? ¿Ganas de molestar, alguna trampa o solo simpatía? Al igual que lo de difícil acceso, la simpatía sola no siempre le resultaría útil. Y él estaba acostumbrado sobremanera a ganarse la

simpatía de los demás.

Pronto les trajeron dos porciones del menú A sobre una bandeja de aluminio. En vez de responder, el hombre empezó a tomar la sopa de inmediato y se dio cuenta de que tenía demasiada hambre para saborear la comida. Los dos se concentraron en masticar y engullir durante algunos minutos. La secretaria miró su reloj y, manteniendo el brazo estirado, le sonrió con los ojos cuando estaban a punto de terminar la carne de puerco bañada en caldo. Una cicatriz roja como de tres centímetros atravesaba la muñeca de la mujer, en paralelo a la pulsera.

El hombre encendió su imaginación. Tendría algo que ver con la violación, ya referida dos veces. ¿Querría despertarle compasión al insinuar un intento de suicidio? Quizá no se llevaba tan bien con el jefe como se imaginaba, pese a su actitud aparentemente sumisa, y andaba sobre la cuerda floja de una relación peligrosa entre agresor y agredida. Debería aprovecharse de esa clave, ya que la exhibía adrede.

Pero la secretaria se le adelantó:

—¿Parezco infeliz o feliz?

—No me pareces infeliz.

—¿Por qué?

Tal vez debía haberle contestado lo contrario para aceptar que se podían ayudar, complementándose.

—Mera impresión, no sé...

La mujer alzó el labio superior para mostrarle una sonrisa cínica y se levantó, retirando la silla con brusquedad.

—¿Por qué no pasas por mi habitación?

Levantado a medias, el hombre dijo en un tono ambivalente:

—¿Qué ganaría con eso?

Le corrió una quemazón por el tobillo. La mujer se lo había lacerado con la punta de la sandalia. Brotaban hilos de sangre por la herida.

—¿Por qué eres tan egoísta? No me gusta esa conducta.

—¿Qué quieres que haga en esta situación?

La mujer empezó a caminar, sin volverse. Después de quitarse la sangre con una servilleta, el hombre siguió detrás de ella, serpenteando entre las mesas, y trató de contener la ira, que se mezclaba con el dolor de la herida. La mujer se portaba como un mono consentido. ¿Con qué derecho lo trataría con tanta rudeza?

Cerca de la pared y junto a la salida del comedor se congregaban unos veinte hombres, que presenciaban una escena en que los dos muchachos con pantalones deportivos y cabezas rapadas se alternaban para golpear a un hombre de mediana edad, vestido de bata blanca. Parecían los mismos muchachos, pero de momento se le ocurría que eran diferentes. La víctima estaba en cuclillas sobre el piso, con la bata blanca ya sin botones abierta por el pecho. Se extendía una mancha de sangre en forma de red sobre la camiseta, que apretaba las capas de su grasa abdominal. El cabeza rapada con cara abotagada, como un pan cocido al vapor, le quitó las gafas a

la víctima y las pisoteó. Mientras tanto, el otro, que tenía un ojo artificial, siempre abierto en estado de convulsión, seguía pegándole con la rodilla en la nariz, ya deformada como un racimo de uvas demasiado maduras. Nadie trataba de detenerlos. ¿Habría alguna razón por la cual no se podía intervenir?

El cara de pan, al reconocer a la secretaria, colocó la palma de la mano detrás de la oreja y la movió como si fuera una oreja de elefante. El del ojo artificial sonrió mostrando sus dientes blancos muy bien alineados. La mujer habló sin dirigirse a ninguno:

—Di la tabla de multiplicar.

El cara de pan frunció los labios en un gesto orgulloso y se dio un golpecito en la mejilla, produciendo un ruido como el de una boca contra una botella vacía. Y empezó a recitar con una entonación particular:

—Dos por dos cuatro, dos por tres seis, dos por cuatro ocho, dos por cinco diez, dos por seis doce...

Los espectadores desviaron la mirada girando sus cuerpos rígidos. Todos tenían las caras ofuscadas por el descontento. No se sabía si apuntaban con un reproche a la secretaria, a la pareja de los muchachos agresores o a la víctima. Mientras tanto, el cabeza rapada con ojo artificial, desconfiado, clavaba el ojo bueno en el hombre, que se sentía avergonzado como si lo forzaran a defecar en público.

La secretaria se marchó con presteza, sin esperar que el hombre terminara de recitar la multiplicación. Pese a su curiosidad, el hombre también la siguió. Parecía que trazaban una ruta diferente a la de ida. A medida que se enrarecían las luces, las puertas cerradas, probablemente de oficinas o de depósitos, iban sustituyendo a las tiendas y cafeterías. Escaseaba gente cada vez que daban una vuelta en alguna esquina de las galerías intrincadas del sótano, hasta que llegaron al fin al pie de una escalera estrecha, desierta. De repente la mujer se volvió para espetarle:

—¿Qué quieres?

El hombre sintió que había caído en una trampa.

—¿No me estabas conduciendo?

—¿Adónde?

—Yo solo no llego a ningún sitio.

La mujer rio encogiendo el cuello, y al hombre no le quedó más remedio que seguirla. Salieron a nivel de tierra. Al volverse, divisó la sede central del hospital, erguida en medio de las nubes oscuras, violetas, del ocaso. Se alineaban cientos de bicicletas, con manillares enlazados, bajo las luces de los faroles de mercurio sucios. La mujer tomó una cualquiera sin prestarle atención y se montó para ponerse a la carrera. El hombre la siguió corriendo a toda velocidad, confiado en la potencia de los zapatos de salto. Al tratarse de una carrera de menos de un kilómetro, vencería a cualquiera a menos que fuera un ciclista profesional. La mujer se volvió y, al ver que el hombre la seguía como en una pesadilla, pedaleó con más fuerza. Las dos piernas, salidas hasta los muslos de la bata blanca con los faldones volantes, rasgaban ágiles la

oscuridad.

Corrieron por una vereda con malezas a los lados, entre filas de edificios de madera de dos plantas. Al parecer, eran las mismas casas, destinadas a los pacientes internos de estadía larga, que había visto al hacer el trayecto inverso cuando el subdirector lo llevaba a su oficina luego de la caída del médico de guardia. Tras segar con las ruedas varias flores de gladiolos de color sangre seca, la bicicleta desembocó en una cuesta que se pronunciaba hacia abajo. La mujer frenó de golpe y el hombre logró evitar el choque por un tris. Al frente había un edificio de hormigón armado con mortero, de tres plantas. Era una casa antigua con ventanas enmarcadas por ladrillos rojos, y toda la fachada gris azul estaba cubierta de hiedra. Quizá antes formaba parte de la sede central del hospital, pero ahora solo colgaba allí una placa de madera que decía con letras borrosas de tinta: «Pabellón Especial de Condrocirugía».

El hombre se sintió aliviado al comprobar que no era la habitación de la secretaria. Sentencia suspendida de momento.

(Las siete cuarenta y tres. La oscuridad se levanta en un instante fuera de la ventana y se abre un resquicio entre las nubes para darle paso a un trueno, que se escucha tres segundos después, y a una lluvia de gotas grandes. Pronto llegará el caballo. El contador del casete se mantiene en el «582». El caballo se quejará. Se filtra la lluvia desde la ventana y el cuarto está repleto de olor a verde. Por favor, ya quiero poner fin a esta locura).

El portal tenía un porche estrecho, y entraron empujando con el hombro la puerta pesada; se encontraron en una especie de sala de espera. El penetrante olor a desinfectante invadía la nariz, y el ruido de la ventilación reptaba sobre el piso. Se percibía la presencia humana pero no se veía a nadie. Con la respiración acelerada, la secretaria abrió las solapas de su bata blanca para dejar entrar el aire, y el hombre, resollando también, se secó el sudor que le corría por debajo de la barbilla.

La mujer le dijo, mientras enfilaban hacia el ascensor que estaba al lado de la escalera de enfrente:

—Espérame por aquí. Voy a hablar con el subdirector para conseguir la llave de la habitación.

—¿Habitación?...

La mujer se volvió con brío y, alzando las manos apretadas hacia adelante, en un gesto iracundo golpeó el piso con la sandalia.

—Hazme caso, que todo va a salir bien. Podrás ahorrar tiempo al hospedarte en el hospital en lugar de venir desde tu casa, ¿no crees?

El hombre quería regresar a casa a como diera lugar. A lo mejor su esposa no le contestó la llamada porque lo buscaba desesperada, al igual que lo hacía él. También era posible que encontrara alguna pista inesperada al buscar en los cajones

escondidos del armario. Pero no tenía sentido objetar. Un buen aventurero debe ahorrar energías, absteniéndose de disparates, hasta que se despeje la neblina. Luego de observar en silencio a la mujer que ya abordaba al ascensor, se sentó en un banco de madera cubierto con una capa de vinilo negro. Estaba agotado. Eso de estar atento a las seis fuentes que emitían sonidos al azar había sido una labor mucho más ardua de lo que se imaginaba.

El sueño le llegó como la caída del telón al final de una obra teatral. Creyó escuchar, justo antes de dormirse, una voz de respiración delicada que lo llamaba de algún punto de la planta alta. Soñó. En el sueño, tomó un jabón agujereado por algún bicho para lavarse las manos y estas se le quedaron perforadas por todas partes. Despertó cuando se caía del banco.

Fue un despertar tan repentino que no supo cuánto había dormido. Podía ser solo un instante y al mismo tiempo varias horas. Se levantó de un salto, acosado por el temor infundado de haber sido abandonado por la secretaria. Además, estaba impaciente, tal vez por volver a la sala de guardia para retomar la revisión de las grabaciones clandestinas. Se le entumeció el meñique izquierdo, seguramente por el golpe recibido en el codo en el momento de la caída.

Desde un costado del ascensor se extendía un largo pasillo. En sus paredes había puertas con ventanillas; todo estaba en penumbras, apenas se veía una luz difusa de emergencia. Subió la escalera con pasos sigilosos. Había una sala de fumadores, y en la pared de la izquierda colgaba una foto a color, enmarcada, en la que dos caballos copulaban. Comparada con el cuadro de la oficina del subdirector, tenía un aire un tanto académico, debido a la ampliación de las partes genitales en contacto. Al frente había una ventanilla larga a la altura del pecho, y mirando por ella no se veía a nadie en esa estancia, donde una luz enceguecedora iluminaba hasta el último rincón. A primera vista se sabía que era el puesto de enfermeras por su característico desorden general, de documentos dispersos sobre los escritorios, utensilios de acero inoxidable y cristal, tubos de goma, potes de medicinas y aparatos que a todas luces causarían dolores tremendos.

Hacia el lado derecho de la sala de fumadores había una puerta con batientes, tras la cual se extendía un corredor de madera aceitosa. Distinguió una luz colada por el resquicio de una puerta abierta, ubicada al final de un estante atravesado a la altura de la cadera, con rayas color granate. La tocó, pero no obtuvo respuesta. Formulando palabras de excusa para sus adentros, el hombre entornó la puerta. Era un cuarto amplio para enfermos; allí había una niña tendida sobre una cama.

La niña levantó la cabeza de la almohada y las dos miradas se encontraron. El hombre iba a retroceder, pero se contuvo sin querer ante el gesto inquisitivo de alguien que había esperado vagamente al visitante.

—Todavía no puedo... Por favor...

La niña le suplicó con una voz atomizada como polvo de pastel. ¿La bata blanca le habría originado una confusión? ¿Pacientes internos bien enterados reconocerían

las batas del personal de guardia? Los labios de la niña revelaban una sonrisa ingenua y discordante que transparentaba el interior de la boca como una cáscara de tomate.

—Soy inofensivo.

El hombre alzó el codo y mantuvo las manos abiertas a la altura de los hombros para expresar que no tenía ninguna mala intención.

—Pero eres enviado de papá.

La niña desplazó la mirada a una silla colocada al costado de la cama antes de terminar de decir la frase, como si ahí estuviera sentado su padre invisible.

—Me asomé porque vi una luz encendida. Oye, ¿no sabes dónde está el subdirector?...

La niña le devolvió la mirada al hombre, con una sonrisa asomada a los rabillos de los ojos.

—En serio, todavía ando tambaleante.

—¿Quién es tu padre?...

—Tú lo sabes.

—¿Y sabes quién soy?

—No, no lo sé.

Se le ocurrió que no era cualquier paciente. El cuarto, más amplio de lo normal, estaba muy ordenado, con la cama hecha a su medida y una cobija de textura suave, y las ventanas se cubrían con una cortina de fibra sintética color marfil en lugar de una de algodón blanco. El olor a leche quemada parecía proceder del cuerpo de la niña. El hombre tuvo una extraña sensación de alivio, quizá gracias a ese olor parecido al de su esposa.

—¿Quién es tu padre? ¿Acaso lo conozco?...

La niña, con el dedo, señaló de nuevo hacia la silla del costado de la cama, apuntando con los labios. Al principio el hombre pensó que la niña quería indicar que algún visitante se sentaría ahí, pero pronto se dio cuenta de que el dedo, doblado en un ángulo forzado, señalaba la pata de una silla. Chasqueó los dedos a la altura de su cabeza. Si esta niña creyó que él conocía al padre al ver la bata blanca del personal de guardia, solo había una persona que podía ser su padre: el jefe de guardia.

Reaccionó de inmediato casi instintivamente. Agarró la silla para volcarla y encontró lo que se esperaba: un pequeño emisor de frecuencia moderada, instalado en un hueco perforado en una pata de la silla. Arrancó las pilas y las guardó en el bolsillo de los pantalones.

—Qué crueldad. Le pone un micrófono escondido hasta a su propia hija.

—¿Verdad que sí?

La voz sonora de la niña creó a su alrededor un ambiente burbujeante, como si se hubiese destapado una bebida gaseosa. Acostumbrada a someterse a la escucha clandestina, la niña se exaltaba ante la perspectiva de algo nuevo.

—¿Qué tienes?

En vez de responder, la niña se incorporó sonriente con un codo apoyado en la

almohada y, en el momento de elevar el torso, dejó descubierta una pierna hasta la rodilla. Era mucho más joven de lo que le había parecido a primera vista. Quince, dieciséis años a lo sumo. La había creído más madura al fijarse en la silueta formada debajo de la cobija, pues las extremidades flácidas no eran de una adolescente. Además de su rostro, muy infantil visto de frente, la curva del muslo carecía de madurez.

—¿Tu padre quiere sacarte del hospital?

—¿Por qué me preguntas si ya lo sabes?

Recostada boca arriba, la niña levantó las rodillas, un tanto separadas, sosteniendo la cobija a modo de toldo. Con mirada inquisitiva, clavada en la cara del hombre, la niña empezó a mover rítmicamente las manos debajo de la cobija. Aunque los movimientos no estaban a la vista, se podía imaginar, a partir de los hombros sacudidos y las ondulaciones de la cobija, los vaivenes acelerados de las muñecas, como las antenas de un insecto. El hombre se desconcertó. La cara se le hinchó como si fuese arena cuando es mojada.

—Deja de hacer tonterías.

Se le quebró la voz como si le hubieran tapado la garganta.

—Me han dicho que soy más bonita en estos momentos...

—¿Quién?

—El doctor.

—El subdirector, ¿quieres decir?

La niña se rio formando arrugas alrededor de su nariz perfecta, mientras hacía burbujas de saliva con los labios fruncidos para untar con ellas las manos que acababa de sacar de la cobija.

—Deja, te digo.

Acto seguido le separó las manos de los labios. La saliva de la niña se le adhirió a los dedos. No le resultó beneficioso el favor que pretendió hacerle al desarmar el micrófono escondido. El jefe de guardia habría estado atento a la escena captada por el aparato. Con el micrófono en acción, habría podido evitar sospechas infundadas y, por otro lado, la niña no habría perdido el control de sí misma.

—¿Por qué?...

La piel casi transparente de la niña se fue tornando roja. Incluyó el rostro dejando el lado derecho hacia arriba, mientras todos sus gestos se desplazaban hacia el lado izquierdo, el ojo derecho se vaciaba, dejando la cuenca como un oscuro agujero.

—No tienes por qué hacer eso, ni siquiera delante del doctor...

—Papá dice lo mismo.

—Claro, no tienes por qué hacer algo que no te guste.

—Sí, me gusta.

—Mentira.

—Pero la foto enmarcada nos retrata al doctor y a mí, según me han dicho.

—¿Qué foto?

—Esa que está colgada en la sala de espera, la de dos caballos en acto...

Una risa sigilosa. ¿Sería una idiota? Aprovechando un momento de distensión, la niña metió otra vez las manos debajo de la cobija.

—Deja de hacerlo, no insistas.

—Pero lo quieres ver, dime la verdad.

—¿Qué edad tienes?

—Trece.

La niña no perdía ni un instante para deslizar las manos en su entrepierna, suavemente; sus avances eran casi imperceptibles, como los de las babosas. Parecía buscar un trato. Aquel hombre tenía que ser un descarado para educar así a una niña de trece años. Igual, no negaría que el odio y la ira estaban matizados por un toque de celos. La niña revelaba una vulnerabilidad irresistible. Ese hombre impotente era una miseria. ¿Con qué derecho explotaría de manera tan sucia a una niña que tenía la frescura de un zumo de naranja recién exprimido?

La niña dejó de mover las manos ante la evidente ira del hombre.

—¿Prometes que no me vas a sacar de aquí si dejas de hacerlo?

Desde el comienzo no tenía ni la menor intención de sacarla. En otras circunstancias no tan tensas, quizá no sería una mala idea sacarla para motivar más sospechas. Desprovista de un equipaje voluminoso, la niña se convertiría en una presa estimulante del famoso «saque». Una palangana en el estante de la cabecera, un vaso de cristal con estampas de fresas, un cepillo de dientes con mango rosado, un tubo de pasta dental, un cómic con una portada demasiado vistosa y, quizá dentro de la estantería cerrada, habría objetos como algodón hidrófilo, pañuelos de papel, cortaúñas y botes de crema. Con la cobija, que sería otra de sus pertenencias, podría envolver todo para intentar la fuga. El hombre escrutó el vacío con los ojos entornados. Montaría un teatro. Le inculcaría un sentido de deuda, simulando acceder a un trato al cabo de largas reflexiones.

Al fin asintió despacio, fingiendo desgana.

La niña sonrió mordiéndose el labio inferior con un candor excesivo; esto le molestó al hombre. Brincó como un pez, librándose de la cobija, y del pijama desabotonado se asomaron sus pezones en los pechos apenas crecidos, como si se hubieran refugiado ahí, temerosos del paso del tiempo. Luego, estiró el brazo para señalar algo por encima de la cabeza del hombre al otro extremo del cuarto. Axila blanca como el interior de una concha. Olor fuerte a leche quemada.

—Hay una coca-cola en la nevera, si quieres.

El hombre se fijó en un marco amplio, cubierto por una cortina verde con adornos tejidos, que, pese a su apariencia engañosa de mampara para tapar el lavabo, resultó ser la entrada a otro cuarto pequeño, equipado con un baño y una estufa de gas. La pequeña nevera estaba repleta de naranjas, melones y papayas, coloración apropiada a una prostituta infantil. En el momento de volverse con la botella de coca-cola en la mano se dio cuenta de que había una escalera justo al lado de la entrada. Era una

escalera vertical de madera, sujeta a la pared, que llevaba en línea recta a un hueco abierto en el cielorraso, por el cual se colaba una luz tenue.

Con una vaga convicción acerca del uso de este paso secreto, el hombre golpeó la pared con la botella de coca-cola, para simular dificultad, y subió la escalera. Salvó el chillido suave del primer peldaño, y llegó a la buhardilla sin hacer ruidos. Era un espacio como de un metro cuadrado y la tabla de arriba se movió al rozarla con la cabeza. Quizá se podía levantar, a modo de entrada secreta. Al lado de la escalera, en dirección a la parte donde se encontraba la niña, había una mirilla, de unos diez centímetros de largo por cinco de ancho, que filtraba la luz.

No comprendió de inmediato el significado de lo que sucedía en el interior. Aunque ya puede relatarlo con palabras a estas alturas, en ese momento logró asegurarse a duras penas de lo que veía con sus propios ojos.

Enfrente de sus narices vio pantorrillas femeninas, tan cerca que casi podía tocarlas con las manos. Pese a la desnudez, brillaban con tersura de muebles bruñidos. Al desplazar la mirada se encontró con unos tacones de sandalias que rascaban el piso. Era la secretaria. Más allá había dos camas. La poca altura de la mirilla le limitaba la vista, pero era suficiente como para saber que en esas camas se acostaban dos hombres: uno era el mismo médico de guardia, desmayado en pleno acto de masturbación, y el otro el subdirector. El médico de guardia se encontraba boca arriba con el pene erecto otra vez, parecía un tanto pálido, como el otro día, mientras el subdirector yacía de lado, de espaldas a su colega, vestido de cintura para arriba con una camisa formal y desnudo abajo; de su entrepierna emergía un pene idéntico a las entrañas de un pescado.

Veintenas de cables delgados se enroscaban en red para unir a los dos hombres por las cinturas. Los cabos del haz, conectado al parecer con un aparato contador, estaban atados a la piel de cada uno con cintas adhesivas de varios colores. Una enfermera tomaba notas con los ojos detenidos sobre el contador, y otra frotaba diligente el pene erecto del médico de guardia, con el ritmo y el sonido de un gato lamiendo leche, chorreándole aceite de una jarra. El subdirector, con el ceño muy fruncido, balbuceaba de cuando en cuando palabras como N-13, K-14, dando señales con los movimientos del dedo sostenido en el aire. Ante ello, la encargada del contador ajustaba los diales o cambiaba de sitio las cintas adhesivas, y la que manipulaba el pene aceleraba o aflojaba el ritmo de sus dedos.

¿Cómo era posible creer, siquiera un instante, que le podía ser de ayuda esta clase de gente para buscar a la esposa? Esto no era sino una orgía disparatada de muñecos andrajosos, fugados de un camión de trapero.

(Más tarde supe que había sido un experimento extravagante que consistía en originar una eyaculación al médico de guardia y un orgasmo al subdirector al

mismo tiempo, mediante la emisión en signos electrónicos de la sensación del pene erecto de aquel al cerebro de este).

—Señor visitante del cuarto número ocho del segundo piso, señor visitante del cuarto número ocho del segundo piso, no está permitido entrar al cuarto de enfermos sin autorización. Repórtese por favor al puesto de enfermeras enseguida, repórtese por favor al puesto de enfermeras enseguida. Señor visitante...

De abajo se escuchó la llamada de una voz femenina y chillona, seguramente de una mujer mayor, con toques de amenaza profesional, emitida quizá por un altavoz pequeño. La niña le respondió algo entre risas. Reaccionaron con presteza también las personas que se encontraban al otro lado de la mirilla. Al parecer, habían dado el anuncio para todo el edificio.

El hombre cruzó la mirada con las enfermeras. La secretaria cambió de posición las pantorrillas. Acto seguido el hombre tapó la mirilla con la mano izquierda.

Un dolor agudo...

Se cayó, resbalando por la escalera. Brotaba sangre en gotas grandes de la palma de la mano por un pinchazo de algo puntiagudo. Perros locos. Se retiró al cuarto de la niña, chupándose la herida.

—Ya pasó, porque desconecté...

La niña lo miró orgullosa con los ojos entornados, sosteniendo la cabeza con el brazo metido debajo de la almohada. La otra mano vibraba sobre la cara como una flor alzada sobre un tallo delgado. Al enfocar bien los ojos, el hombre distinguió una flor artificial, marchita, de azucena, semejante a una auténtica, que escondía en su interior un interfono de cable de vigilancia. ¿O sea que se enteraron de todo el diálogo que había sostenido con la niña? ¿De qué había hablado con la niña? Era peor que un micrófono escondido, pues podían identificarse mutuamente.

Antes de tener tiempo siquiera para calmarse, se escuchó un ruido en el pequeño cuarto contiguo con la escalera. Un chillido como el que hacen las puertas de madera mal encajadas. Con la mano ardiente, el hombre se quedó perplejo. ¿Alguien lo seguiría? A pesar de que no había nada que le remordiera, se sentía, vaya a saber por qué, culpable como si fuera cómplice de algún acto criminal.

(De repente se le cruzó una imagen por la cabeza.

Desprovisto de oídos por la desinstalación del micrófono escondido, el jefe de guardia se comunicó, tras una confusión momentánea, con el puesto de enfermeras, para sustituirlo enseguida por el canal del interfono de cable.

Y logró escuchar hasta el momento en que el hombre fue al cuarto contiguo para sacar la botella de coca-cola.

Pero ahí se interrumpió el diálogo y el cuarto de la niña permaneció en un silencio extraño durante un largo rato que, en realidad, no fue tanto tiempo. Angustiado por las sospechas, el jefe no pudo contenerse más y decidió emitir un aviso por

cable, lo cual se podía tomar como medida justa de un padre preocupado por su hija lujuriosa de trece años).

De repente la niña imitó un maullido de gato. De paso dibujó un círculo grande con una pierna para atrapar la cobija retorcida entre los muslos. La pierna tenía forma de caramelo, demasiado estirada no poseía el encanto de la redondez femenina, pero a cambio tenía una pulcritud que lo tentaba a lamerla. Las nalgas envueltas en las bragas de un tono gris carbónico le despertaban con una extraña sensación magnética, un efecto táctil sobre la palma de la mano.

Pero la simulación de maullido sonaba desatinada en ese cuarto. ¿Se lo habría inculcado el subdirector? Al hombre le dolió imaginarse la escena en que la niña jugaba el papel de gata en celo delante del subdirector.

—Pasaré por aquí más tarde... —dijo en un tono compasivo que le sorprendió a él mismo. Lo haría de verdad cuando recuperara la calma al encontrar a su esposa.

Apenas salió al pasillo, se cerraron varias puertas al unísono. Distinguió una figura en pijama que, tomada por sorpresa, se apresuró a su cuarto con pasos menudos. Probablemente serían pacientes que se encontraban al acecho después de escuchar la emisión del aviso. Se portaban como cangrejos ermitaños asustados por las pisadas.

El puesto de enfermeras permanecía desierto. La cabina de emisión se situaría en alguna otra parte. La puerta estaba entornada. No perdería nada con un par de minutos de desvío. Sería en balde apurarse hacia la sala de espera para adelantarse a la secretaria, pues ya lo habían visto espiando el experimento. Le urgía conseguir un antiséptico para la herida, que, aunque no era muy grande, podría supurar con más rapidez que una simple raspadura.

La mitad de la pared del fondo estaba ocupada por estantes destinados a guardar hojas clínicas en orden alfabético. Buscó la que podría corresponder a su esposa, pero no la encontró. No se decepcionó de ninguna manera, ya que desde el comienzo no guardaba esperanza alguna.

Se arrepintió de no haberle preguntado a la niña por su nombre. ¿Volvería a su lado? Con el número del cuarto, el ocho del segundo piso, podría ubicar algún registro de la niña. Buscaba sobre el escritorio grande, instalado en el centro del espacio, con dos sillas en lados opuestos, cuando le llegó un ruido: parecía agua vertida desde una jarra de boca pequeña, detrás de la sombra de unos papeles amontonados.

Apareció con una risa insinuante y un gorro blanco de enfermera, circundado por tres rayas negras que indicaban cierto rango, tal vez jefa o subjefa. Un lunar llamativo al lado de la nariz. Cesó el ruido de agua. Extrañado ante la figura, que permanecía agachada, el hombre se asomó detrás de los papeles y descubrió que la jefa se sentaba a caballo sobre un taburete redondo, muy bajo, casi a ras del piso, frente a una mesa

de trabajo para su propio uso, con un pequeño equipo de transmisión instalado.

—Me descubriste.

—Me gustaría saber el nombre de la paciente del cuarto número ocho...

—Lo siento —la jefa se rio aflojando la mandíbula pesada, mientras rascaba con la punta de un bolígrafo un agujero en el borde de la mesa—. No habría dado el anuncio si hubiera sabido que se trataba de una persona de guardia.

La bata blanca le infundía un profundo respeto. El hombre se desconcertó aún más ante el poder del personal de guardia.

—¿Quién crees que haya sido?

—Es que vienen con frecuencia hombres enloquecidos al saque, al escuchar la cinta...

—¿La cinta?...

—La grabación con la voz de la niña. No entiendo por qué se fascinan tanto con una voz tan extraña como un hipo de gato. Algún encanto tendrá. Mira cómo se pone hasta el subdirector.

—Y su padre vende la cinta...

—No entiendo cómo la han identificado sin tener datos concretos sobre la dueña de la voz.

—¿De veras está enferma?

—Sí, enferma sí está. El otro día la sacó algún loco y la niña volvió en menos de tres días, encogida dieciocho centímetros.

—¿Cómo encogida?

—Tiene una enfermedad complicada que se llama osteolisis. Oye, tienes una herida.

—No es nada.

El hombre untó la costra de sangre adherida a la muñeca con saliva, y se la secó con el faldón de la bata.

—No, muéstramela.

De nuevo se escuchó el agua vertida muy de cerca. No había ni botella ni vaso a su alrededor. Con el cuerpo tieso la jefa alzó la mirada, un tanto ruborizada por los bordes de los ojos.

—¿Qué es esto?

—Orina. —La jefa se levantó la falda hasta la cintura para mostrar una bacinica de peltre, colocada debajo de las inmensas nalgas, separadas por una línea fina, como la costura de una máquina de coser—. No tengo control del esfínter de la vejiga.

—Tendrás muchos inconvenientes cuando te mueves a algún lado...

—Claro. Parece que están haciendo un experimento interesante aquí en el tercer piso y todas se han ido a espiarlo, pero yo estoy sola aquí... con los brazos cruzados... Bueno, no tanto. No sería capaz de ponerme un pañal porque sudo mucho. Oye, no me mires tanto.

Pese a esta última frase, la jefa seguía riéndose sigilosa con su voz nasal, sin un

asomo de querer bajarse la falda. El hombre no logró del todo desviar su mirada de las burbujas formadas por las gotas de orina que se dispersaban sobre la superficie.

—Voy a observar un poco ese experimento del tercer piso.

—Tengo cervezas frías en la nevera si quieres.

El hombre rechazó sonriente el ofrecimiento con movimientos de la mano y se apresuró a salir, cuidándose de no ofenderla.

La secretaria se encontraba perniabierta en el centro de la sala de espera, sosteniendo el cuerpo con ambos pies extendidos, como si estuviera al acecho. La cara redonda se le redondeaba aún más bajo la sombra del cabello que, iluminado desde atrás, se borraba por el borde. Extendía el brazo hacia adelante sobre el pecho, sacudiendo ágil un dedo que tenía metido dentro de una argolla con una llave de acero que destellaba dando vueltas.

(Ha llegado un coche. Será el caballo).

Estoy en un cuarto del sótano de lo que fue antes el hospital. Tras una noche de lluvia, ahora se cuele un sol brillante de mediodía a través de un resquicio abierto en un conducto de ventilación. Me hice un escritorio provisional con una caja de cartón, y empecé estos apuntes sin saber hasta cuándo podré seguir escribiendo así. Aparte de que el ocaso me impedirá el avance, un día cualquiera me alcanzará en este escondite algún perseguidor, para ponerle punto final a la escritura.

Este tercer cuaderno tiene un significado y objetivos radicalmente distintos de los de los dos anteriores que hice a petición del caballo. Este no me lo ha pedido nadie. Ya no tendré que preocuparme por las miradas ajenas ni tendré que decir mentiras para defenderme. Más daño no me puede hacer el caballo por más que se ofenda conmigo. Diré toda la verdad a mis anchas. Mientras los dos anteriores eran informes, este será una acusación. No tengo ni la menor idea de quiénes van a leerla, pero no me resignaré al silencio.

Al otro lado de la caja de cartón duerme tranquila, con la cobija revuelta entre los muslos, la niña del cuarto número ocho. Ya no se percibe el olor a leche quemada, sino la invasión de la apetosa orina de las ratas. Ante la expectativa de la fiesta de la Víspera, que se iniciará dentro de seis horas, los ruidos animadores de los fuegos artificiales y las bandas de guitarras eléctricas se mezclan en el aire, y repercuten en el laberinto del sótano. He creído detectar entre ellos un susurro humano y risas sigilosas, pero bien puede ser que hayan sido solo ilusiones acústicas, producidas por el miedo.

De momento retomaré lo que he escrito en el segundo cuaderno.

El caballo llegó anoche, como había prometido, para invitarlo a una cena tardía, sin tratar siquiera de simular su irritación. En cuanto abordaron la furgoneta blanca, el cielo explotó en lluvias torrenciales. Los limpiaparabrisas se mostraron ineficaces ante la cantidad de agua acumulada sobre el cristal. El caballo se aferró en silencio al volante mientras el hombre siguió frotándose las sienes con las puntas de los dedos. Los nervios le quedaron oxidados como cables viejos después de haber escrito varias horas seguidas desde la mañana. El caballo llegó dos horas más tarde de lo acordado, y el estimulante había dejado de surtir efecto.

—¿Adónde vamos?

—Vamos a mi cuarto, para que puedas relajarte.

La ceniza humeante llameó, soplada por una ráfaga. Persona sin vida privada, el caballo se propuso invitarlo a su casa sin preámbulo. El hombre, curioso, se puso alerta ante la situación inesperada. Bostezó mostrando hasta la campanilla y los ojos se le llenaron de lágrimas.

La intensa lluvia le impidió saber con exactitud por dónde pasaba el coche. Bajó por una cuesta larga antes de subir un tramo, pero le quedó la impresión de que solo daba una vuelta en círculo para volver a algún otro punto de la loma sobre la cual se

situaba el hospital. En tal caso, llegarían al extremo oeste del mismo terreno. El camino que orilla los edificios hospitalarios de madera se acaba al frente del pabellón de condrocirugía, que bloquea por completo el paso de los coches. Más allá queda la base del edificio antiguo del hospital, ya demolido, y las ruinas dejan entrever, en medio de la maleza que ya supera la estatura humana, una serie de ramas intrincadas y huecos que conducen al sótano, donde estoy escondido ahora. Al otro lado de las ruinas se expande un terreno baldío seco, sin orden alguno, con la extensión de tres canchas de béisbol, rodeando el antiguo campo de tiro del ejército de tierra, donde el caballo hace ejercicios de caminata. En una ocasión, cuando atravesé el terreno baldío para llevarle una vianda al caballo, me extrañé cuando distinguí a lo lejos, por encima del techo del campo de tiro, una construcción, brillante bajo la luz matutina, como un adorno de cristal. En ese bosque al borde del barranco que se resiste al mar se podrá desarrollar una nueva zona residencial.

En el centro del césped, inflamado como una gelatina verde bajo la luz del farol de mercurio, se veía un edificio de departamentos, como si fuesen un cuadro abstracto, hecho con cristales y azulejos color marfil. El edificio se iba estrechando hacia arriba en forma de pirámide y los amplios balcones reducían su espacio en cada planta. Tras dejar la furgoneta a la intemperie en el estacionamiento, entraron al vestíbulo por una puerta automática de cristal, de no menos de un centímetro de grosor, que se abrió sin hacer ruido, y pisaron una alfombra gris, o más bien azul claro, muy gruesa, que cubría todo el espacio como si los invitara a formar parte de un club de gatos.

El caballo vivía en el último piso.

Al lado de la entrada había una sala amplia para las visitas, cerrada por una ventana al fondo que transparentaba la oscuridad, manchada por los rasguños de lluvia, entre dos extraños aparatos de iluminación. A decir verdad, más que aparatos de iluminación propiamente dichos eran esculturas humanas, de tamaño natural, hechas de resina acrílica, y diseñadas para lanzar luces hacia todas las direcciones. Las paredes laterales, una cubierta por estantes con puertas de cristal y la otra por un equipo de sonido gigantesco y una foto inmensa en colores, disponían de puertas que llevaban a sendos cuartos contiguos. En la foto estaba retratado de nuevo un caballo de frente, levantado sobre las patas traseras, exhibiendo el enorme pene erecto, con detalles demasiado minuciosos como para servir solamente de adorno.

Había una mesa redonda de mármol pulido, color violeta, pegada a la ventana, que sostenía una cubeta minuciosamente elaborada, pintada de rojo, con un mantel índigo estampado con peces blancos. Sillas, los papeles que tapizaban las paredes, alfombras: todo estaba homogeneizado por el color marfil, interrumpido por pequeños puntos que representaban flores verdeazules. Sin embargo, pese a la impresión de elegancia que podrían sugerir estas palabras, el ambiente era deprimente. La pintura del marco de la ventana estaba descolorida por falta de mantenimiento; el florero del estante, cubierto por un chal de mugre; el respaldar de

la silla tenía rajaduras que exponían a la vista el relleno: todo esto reflejaba el estado de desolación y pereza en que se encontraba el caballo tras una vida matrimonial desastrosa; todo estaba abollado, fuera de lugar, como un coche conducido por un borracho.

Mientras me ofrecía una cerveza con desgano, el caballo levantó la tela color índigo y descubrió la bandeja de sushi adornada por hojas auténticas de bambú, signo incuestionable de alta categoría, con piezas colocadas en forma radial.

—A ver, ¿cuánto has avanzado en tus investigaciones?

El hombre no le respondió. No iba a entregarle los cuadernos antes de que el caballo le diera una explicación satisfactoria sobre ese sonido como de pasos, que estaba grabado al inicio del casete. Era inverosímil dejar ese fragmento sin suprimir en el momento de la edición, a menos que le otorgara un significado especial.

El caballo asintió con pequeños movimientos de la cabeza, como para consolarlo.

—Tenemos tiempo de sobra. Por cierto, el primer cuaderno, que recibí ayer, ya ha llegado a las manos de tu esposa.

—¿Han descubierto su paradero?

—No, todavía. Nuestro misionero se hace cargo de todo.

—Pero si está en contacto con ella, ¿cómo no han descubierto su paradero? Preséntame a ese misionero, y yo mismo lo averiguaré con él.

—No te apures —dijo el caballo, respirando hondo, expandiendo la nariz para librarse del efecto astringente del wasabi que tenía el sushi—. Nada se realiza a la fuerza. Todo se echa a perder si pones al individuo en estado de alarma.

—Habrá mil maneras de llegar a la meta.

En vez de responderle, el caballo hizo un giro drástico para darle una explicación sobre la parte inicial del casete en cuestión: esto fue, claro, anteayer, porque esa misma mañana le ordené a mi secretaria que preparara el casete; se celebró una junta especial con miras a la inminente fiesta de aniversario de la fundación del hospital y ahí me enteré de algo interesante: sucede que a la misma hora en que trajeron a tu esposa en la ambulancia, hubo en la farmacia de pacientes externos un robo, que, a decir verdad, no fue sino un cristal roto de la ventana que daba al patio; se llevaron un poco de antipiréticos y somníferos, además de píldoras anticonceptivas equivalentes a ochocientos mil yenes, daño mínimo que en otras circunstancias no le habría llamado la atención a nadie; no es que haya robos a diario, sino que, más bien al contrario, el índice de delincuencia es muy bajo en el hospital, aunque, claro está, la cifra siempre varía según cómo se defina la delincuencia; aplicado el concepto de manera común y corriente, se podrá argumentar que el hospital no es sino un semillero de crímenes; sin embargo, siendo paciente, la gente sufre una alteración drástica con respecto a la idea de propiedad privada y, como consecuencia, de crimen; si un daño no se acepta como tal, no puede haber robo.

Ese día, el crimen se convirtió en un tema de conversación entre el personal del hospital porque las píldoras robadas —invento reciente que supuestamente surte

efecto aun después del acto amorio— constituían objeto de curiosidad en relación con un concurso, planeado en el marco de la fiesta de la Víspera, que consistía en la competencia de frecuencia y duración del orgasmo en las mujeres: tanto se habló del concurso que corría la voz de que algunas pacientes, con píldoras ingeridas en secreto, hacían ejercicios para ganarlo.

Al enterarme de todo esto, se me iluminó la mente al instante: no se podía atribuir a la casualidad la coincidencia entre la desaparición de tu esposa y el robo en la farmacia, que tuvieron lugar a la misma hora, casi en el mismo sitio; las piezas se acomodan a la perfección si suponemos que tu esposa se comunicó con el ladrón; hablando con toda franqueza, la gente se resistía a referirse a la desaparición de tu esposa como un posible caso criminal. Nadie la entendería si no hubiera sido resultado de un mutuo acuerdo previo con alguien del personal del hospital; o tú mientes, o te ha engañado tu esposa, una de las dos cosas... ¿Crees que haya gente que te haría caso en esas circunstancias?

—A ver, explícame, entonces, ¿para qué me asignaron la habitación y pusieron las cintas de grabaciones clandestinas a mi disposición?

—Eso no lo hice yo.

—¿Quién fue, entonces?

—Mi secretaria.

—¿Para qué?

—Es muy terca. Jamás se conforma hasta conseguir lo que busca.

—Ha de ser una loca perdida...

—Creo que le has gustado.

—Una vez me pegó en la espinilla hasta hacerme sangrar, otra vez me perforó la palma de la mano con una aguja. Y de remate me mordió el brazo, casi arrancándome un pedazo de carne.

—Es una niña probeta.

—Y eso, ¿qué tiene que ver?

—Típica huérfana, sin parientes que la cuiden.

—¿Acaso se trata de un robot?

—La madre había muerto, y ella nació de uno de los óvulos extraídos a la mujer después de la muerte. Su padre es un centímetro cúbico de esperma mezclada, prestada por un banco de semen. Ella carece por completo de sentimientos heredados de padre y madre. No tiene la menor idea de lo que son las relaciones humanas.

—Qué horror.

—Mira, por ejemplo, algunos dicen que la soledad es una forma instintiva para tratar de regresar al hogar. Al fin y al cabo, el tacto es el hogar de todos los sentimientos y emociones. Ella no tiene siquiera ese hogar al cual regresar.

—Yo no tengo la culpa.

—Ni ella misma. No será capaz de comprender por qué tiene que mantenerse a la espera con los brazos cruzados mientras te empeñas en la búsqueda de tu esposa.

—Es una manera egoísta de pensar. Son dos asuntos totalmente distintos.

—Igual, ella no comprenderá tu lógica.

El caballo acabó el resto de cerveza y continuó hablando, tras destapar otra botella.

Hace cinco años se realizó un experimento bajo la dirección del caballo, o mejor dicho, según el planteamiento de su esposa, ya separada de él, que trabajaba en un laboratorio de estudios psicolingüísticos, con el título de «Excitaciones y controles causados por las representaciones sexuales». La idea consistía *grosso modo* en estimar en cifras concretas el mecanismo a través del cual los actos sexuales codificados (videos pornográficos, entre otros) surtían efecto en los espectadores. Entre los que se sometieron al experimento figuraban —aparte de voluntarios interesados en la remuneración— pacientes con enfermedades raras que conllevaban desórdenes sensoriales, recomendados y seleccionados por varias secciones. Dejando de lado los detalles que no vienen al caso, el experimento demostró que la estimulación acústica tenía una potencia inspiradora sobresaliente, superior a cualquier otra forma de representación, y permitió formular la hipótesis de que, en el caso de los seres humanos, el sentido auditivo, ubicado en el medio, entre el olfato degenerado y la vista desarrollada en exceso, se presta mejor a los estímulos sexuales.

Y ella también fue sometida al experimento y terminó originando una confusión con reacciones extraordinarias, únicas entre todas. Desde luego se observaba cierta disparidad en los resultados, pero siempre era posible señalar una ley constante que permitía ignorar diferencias individuales. Sin embargo, ella fue la única que no solo no mostró reacción alguna, sino que, para peor, reveló un rechazo fisiológico a los estímulos. Al someterla a la fuerza al sonido sexual, padeció de exantema alrededor del cuello y de disfunción visual.

A decir verdad, el objetivo secreto del experimento consistía en la curación de la impotencia contumaz que tenía atormentado al caballo. Libre de defectos físicos, el caballo se sometió, aconsejado por quienes argumentaron que se originaba en una disfunción condicionada por algún estímulo exterior, a los tratamientos del laboratorio de investigaciones psicolingüísticas, colocándose en la posición ambivalente y un tanto compleja de ser médico y a la vez paciente de su esposa, de quien ya se había separado. Identificada su enfermedad como «neurosis ante las relaciones humanas», ya se vislumbraba la expectativa de que uno de los tratamientos más eficaces consistiría en mandar al anonimato las relaciones humanas, y de ahí calcularon que el uso cauteloso de grabaciones clandestinas, bajo un anonimato absoluto, podría surtir efectos positivos. El experimento dio un resultado satisfactorio que respaldaba la validez de la suposición, pero el caso extraviado de la mujer, aun cuando fuera uno solo, era suficiente para estropear todo el esquema.

A modo de prueba, decidieron darle un estímulo de placer, directo al sistema

nervioso central, y observaron un intenso orgasmo, sin anomalía alguna, aunque breve, con convulsiones uterinas. Al igual que al caballo, no le detectaron ninguna disfunción orgánica. ¿Sería otro caso de «neurosis ante las relaciones humanas»?

Atraídos por la similitud con los síntomas del caballo, los investigadores concentraron sus atenciones en la mujer. Algunos sospecharon la complicación por la «hipersensibilidad al experimento», pues ella, una auténtica mujer de probeta, era muy solicitada en todos los laboratorios. Trasladaron el lugar del experimento a una habitación de la zona residencial de lujo para distender el ambiente, y la abastecieron de chocolates con estimulantes, siempre amontonados en una bandeja de plata colocada sobre la mesa. También emplearon a un mecánico electrónico, padre de la paciente interna de estadía larga que estaba en el cuarto ocho del pabellón anexo de la sección de condrocirugía, que era un experto en escucha clandestina, para recoger varios modelos de actos sexuales. Sin embargo, las agujas de los aparatos contadores, instalados en su cuerpo, no se movían en absoluto, como si se burlaran de esos esfuerzos estériles.

Una noche, después de alargar el experimento, el mecánico y la mujer se quedaron a solas en la habitación llena de resonancias de gritos orgásmicos, emitidos por un equipo de sonido. Atrapado por una exaltación perversa, el mecánico terminó violando a la mujer, acto que se consumó con facilidad en unos cuantos minutos, pues ella solo llevaba puesta ropa íntima ligera, en una noche tan bochornosa como esta. Pese a los salpicones de sangre, la mujer casi no se resistió, conformándose con observar en silencio cómo el mecánico eyaculaba en su interior. El hecho de que en lo sucesivo se pusiera aún más cínica ante cualquier estímulo sexual, parecía demostrar que fue bastante grave el daño físico y mental que le infligió aquel acto.

Discutieron el caso en la junta directiva y, tras una larga sesión, llegaron a la conclusión unánime de que nada probaba la criminalidad del asunto, aun cuando deberían averiguar más a fondo algunos puntos pendientes, ya que ella misma no solo admitió que durante todo el acto no había querido resistirse, sino que quiso continuar el experimento con la ayuda del mismo mecánico. Sin lugar a duda, su conducta se prestó a la interpretación de que esperaba encontrar una solución a su frigidez a través del experimento. Incluso, algunos le sospecharon el deseo secreto de ser violada.

Con respeto por la voluntad de la mujer, la junta directiva aconsejó que ella permaneciera bajo custodia y observación del laboratorio de investigaciones psicolingüísticas a largo plazo. El mecánico no tuvo nada que objetar, pues además de su deseo de quedar impune, se estaba enamorando locamente de la mujer.

Sin embargo, el caballo no se convencía del todo en su interior. Aunque aprobó la decisión como miembro de la junta, lo hizo con desgano. Le parecía extraña la docilidad con que se portaba esa mujer atrevida, gestada en probeta, y no pudo dejar de sospechar que guardaba alguna intención secreta. ¿Qué buscaría, si era que buscaba algo, soportando la dolorosa cercanía de su violador? ¿Alguna aptitud suya,

como por decir algo, en el área de mecánica? Aunque no parecía una mujer tan perspicaz, tampoco podía negar la posibilidad de que las grabaciones de los actos sexuales no fueran sino un pretexto para aproximarse al objetivo real, que era la labor misma de escucha clandestina.

Y no fallaba su intuición. Nadie se daba cuenta de nada hasta que el órgano de escucha clandestina se ponía en marcha por su cuenta, libre del experimento, creciendo y proliferando por sí mismo. Formalizada su labor como institución autónoma, la mujer se hizo secretaria del caballo, mientras que el mecánico se quedó con el puesto de jefe de guardia. Recordando ahora la serie de acontecimientos que se desencadenaron, uno tras otro, pareciera que todo estaba tramado desde el comienzo según el plan previamente elaborado por la mujer.

(La niña del cuarto ocho se ha dado la vuelta. Quizá le molesta la luz que se cuele por el conducto. La cambio de costado luego de quitar un broche de seguridad en la silla de ruedas. La niña sonríe con los ojos entornados. Hay una sensación de paz, como si esta estuviera posada sobre la punta de una aguja. Al colocarle un dedo sobre los labios, me lo chupa a sorbos. El aire se pone pesado y asfixiante, quizá por el vapor de la lluvia de anoche. Va a ser otro día caluroso).

A propósito, el caballo y el subdirector son la misma persona, como se ha venido insinuando hasta ahora. Supuestamente, el caballo, producto del lema del subdirector, «Buen médico es buen paciente», es otra persona según el criterio hospitalario, pero a mi modo de ver la diferencia no es sino la que existe en mí mismo antes de limpiarme los dientes y después de limpiármelos. En resumidas cuentas, el subdirector, con el pene indócil, trató de sacar provecho de otro cuerpo, transmitiendo en forma electrónica el estímulo recibido desde un pene más sano a su propio sistema nervioso, que rige su sexualidad, para ver si lograba experimentar un placer corporal. La escena grotesca que vislumbré a través de la mirilla del techo del cuarto ocho de condrocirugía (ver el cuaderno II para más detalles) no era sino una etapa preliminar del experimento a toda escala.

Según el caballo, lograron un éxito inesperado con esa experiencia transmitida. Me asomé justo cuando el médico de guardia eyaculaba desmayado gracias al masaje de la enfermera y, casi al mismo tiempo, el subdirector acababa de tener un orgasmo con el pene entrando en erección, aunque solo por un lapso breve. Ahora bien, el experimento no habría sido más de lo que era, por más grotesco que pareciera, y yo no le habría dado tanta importancia en otras circunstancias. No estaba de ánimo para interesarme en asuntos ajenos, con un problema tan serio como la desaparición de mi esposa prácticamente en mis manos.

Sin embargo, ese mismo día me enteré de la concepción global, elaborada por el subdirector, de lo que era el hombre caballo. Visibilidad escasa no significa ceguera sino exceso de objetos vistosos. Es como pintar con varios colores los lentes de un

telescopio que de por sí es de baja visibilidad.

Esto sucedió en la escena que sigue a la del cuaderno II..., es decir, cuando la secretaria consiguió la llave de la habitación del médico de guardia y me condujo casi a la fuerza al edificio «Ho-4»: ella entró con toda confianza en la habitación, aunque un tanto malhumorada y, señalando con la barbilla las fotos de desnudos alrededor de la cama, me espetó de golpe esta frase:

—De estas mujeres, ¿cuál te gustaría que te masturbara?

Mientras permanecía perplejo, la mujer me lanzó otra puñalada:

—Solo pregunto por tu gusto.

—Una pregunta así de repente... Creo que no has entendido bien, yo solo...

—¿Te han comunicado el resultado de la radiografía? —Cambió de tema sin preámbulo—. Una fractura de cráneo, por el occipucio... No habrá esperanza si mañana no recupera la conciencia.

—No pensé que traería una consecuencia tan grave...

—No te preocupes, es hombre soltero, al fin y al cabo. De parientes solo le queda una tía, con la enfermedad de Ménière, que trabaja en una fábrica hiladora de batas blancas. Si mañana sigue en el mismo estado, lo van a cortar, dicen.

—¿Qué van a cortar?...

—Por aquí —simuló un cuchillo con la mano sostenida en posición horizontal a la altura del ombligo—, lo van a partir en dos, y el subdirector se quedará con la parte inferior como suya.

—No puede ser...

—El doctor está muy contento.

—Es un crimen...

—¿No quieres masturbarte?

—¿Qué?

—Según el «test de afecto» publicado por el laboratorio de investigaciones psicolingüísticas, hay alta probabilidad de entablar una unión ideal tanto física como mental con un hombre que no le repugne a una cuando se lo imagina masturbándose.

—Qué va.

—Jamás conocí a semejante hombre. Estaba a punto de resignarme, pero siento que no me desagradaría verte masturbándote.

—Jamás te lo permitiré.

—Anda, sé caballero con una dama.

—Pero ¿qué van a hacer solo con la parte inferior?

—Al insertarla al trasero, quedará como un caballo.

—Caballo...

—Anda, mastúrbate.

—No, gracias.

—¿Por qué?

Yo aún no comprendía el significado de su irritación sádica, que a mi modo de ver

no podía ser otra cosa que acoso o una simple travesura. Me escapé a duras penas con el pretexto de que quería retomar la labor de escuchar las cintas en la sala de grabadoras. Desconfiando casi por completo de tales disparates, como ese del pene sustituido o el test de afecto, solo deseaba dejar atrás lo más rápido posible este ambiente de miasma y salir con la nariz tapada.

Sin embargo, el subdirector es un hombre caballo de verdad, como he escrito varias veces.

¿Acaso la secretaria acertó al predecir que el caballo se quedaría con la parte inferior del cuerpo partido del médico de guardia?

A decir verdad, el pene del médico de guardia se convirtió esa misma noche en un buen juguete para las enfermeras, que (más de una intentó realizar un coito con él) lo maltrataron sin cesar, ya fuese metiéndolo en la manguera de una aspiradora eléctrica o haciéndole la prueba de cuántos papeles de fotocopia podía romper con su dureza, hasta dejarlo a la mañana siguiente como una masa de carne salpicada de sangre, sin utilidad alguna. Ha corrido la voz de que alguien las azuzó, pero no se sabe nada a ciencia cierta. Tampoco tengo información exacta sobre el destino del pene, que, según dicen, está guardado en otra sección.

Sin embargo, el subdirector, repito, es un hombre caballo de verdad, lo cual indica que existía otro cadáver con la mitad inferior robada.

Diré la verdad: ya en el momento de iniciar el primer cuaderno, el jefe de guardia estaba muerto. Claro, nadie podría vivir solo con la mitad inferior del cuerpo. La otra mitad la incineraron el mismo día y la enterraron en el cementerio con el debido respeto, que incluía el nombre póstumo, otorgado según la costumbre budista, y el pésame oficial en homenaje a su labor honesta. En fin, ya es un hombre difunto a todas luces.

Esto sucedió en la tarde del segundo día. Ante el médico de guardia con los órganos genitales vueltos un asco, el subdirector enmudecía perplejo, cuando le entregaron, en hora buena, el cadáver del jefe de guardia, que siempre se ufanaba de su pene gigantesco (con toda razón, porque era un objeto de unos 19 centímetros de largo y 7,2 de diámetro). Como se trataba de una persona epiléptica que a cada rato padecía de ataques, decidieron omitir las averiguaciones sobre la causa y de una buena vez partieron en dos el cadáver antes de que comenzara a endurecerse. Tras aplicarle un tratamiento debido al corte, guardaron con cuidado la mitad inferior en el sistema de mantenimiento de vida.

Pero ¿a eso le llamarían muerte? Desconozco los términos hospitalarios, pero para mí no era sino un asesinato. ¿Acaso este hospital es un fuero exento de justicia? Estoy dispuesto a testificar en un tribunal si me lo solicitan.

Acababa de visitarlo en la sala de guardia para reclamarle la nueva (vigésimo tercera) cinta. El jefe sacaba las cuentas de la semana, inclinado sobre el libro de

contabilidad. De repente, cinco jóvenes irrumpieron sin tocar la puerta, con los pantalones deportivos y las cabezas rapadas de siempre, y mientras cuatro de ellos lo sujetaban por las extremidades, uno le tapó la cara con el cojín de la silla. Sin soltar una palabra, lo mataron en un santiamén con una destreza admirable. Días atrás había leído en un periódico que la última moda entre los asesinos profesionales consistía en asfixiar a la víctima con una almohada. Ante la amenaza de una muerte inminente, me quedé petrificado, tiesos los músculos de los que tanto presumía, como un pescado seco, pero los muchachos me ignoraron por completo. Uno de ellos me lanzó una mirada de cómplice, que me pareció siniestra a más no poder. Cargaron con brío el cadáver del jefe y, tras depositarlo en una camilla con ruedas que habían dejado en el pasillo, se fueron con su música a otra parte.

Enseguida entró una llamada de la secretaria.

—Me salió muy bien.

—Sospechaba que fuiste tú...

—Debemos pensar en su sustituto. ¿Quieres que te recomiende a ti?

Del otro lado del aparato se escuchó una aclamación de hombres que parecían precipitarse en avalancha hacia el fondo del abismo. Sería la estancia de vigilantes del sótano. ¿Habrían llegado los cargadores del cadáver? La mujer les gritó iracunda en respuesta y se cortó la llamada. Su supuesta explosión de ira me daba la sensación de estar presenciando algo previamente acordado entre cómplices.

¿Con qué azuzaría a los muchachos? Su motivo personal bien podía ser una venganza por la violación, pero ¿por qué ahora, después de tanto tiempo? Tampoco me parece probable que los muchachos se compadecieran de ella a esas alturas. ¿Algo de la conducta diaria del jefe les originaría un resentimiento acumulado? Los mismos pantalones deportivos, las mismas cabezas rapadas uniformemente, el entrenamiento de karate, las acciones disciplinadas... Podría haber sido una rebelión tramada contra su voluntad, pero que yo sepa, todos sus planes de acción están regidos por el líder, un muchacho con bocio e hijo de la encargada de la florería más grande dentro del terreno del hospital, que tomaba la última decisión sin intervención ajena. Al principio, el jefe me pareció un hombre de mal genio, difícil de tratar, pero al recordarlo ahora estoy convencido de que en realidad era un típico mecánico antisocial, con una terquedad más parecida a la ceguera; solo estaba interesado en ganarse la simpatía de la secretaria, fuera del mantenimiento y control del sistema de escucha clandestina y la ampliación de la red de venta de casetes. Aunque solo lo vi durante dos días, me hubiera gustado conocerlo un poco más.

La silla reclinable del jefe seguía girando tranquila sin producir ruido. Estaba asustadísimo. Luego me asusté aún más al saber que no había sido por orden del subdirector. Frente a la pobre niña del cuarto ocho, que duerme entre murmullos inaudibles con los labios crispados, secos y pegados, me pregunto cómo podría explicarle el destino cruel que acabó con su padre. Debo, o más bien tengo que evitar que se encuentre con el subdirector, convertido en caballo.

El caballo me reprochó por mi demora, diciendo que aplazaba adrede la escritura del cuaderno. Desde luego, tiene razón. ¿Cómo podría anotar asuntos tan insólitos sin causarles disgusto? No colaboraré con la coartada del caballo. Ya tengo un arma en mis manos.

Por más increíble que parezca, creo que estoy a un paso de tener el poder absoluto del hospital. A la mañana siguiente del asesinato, se celebró desde temprano una junta directiva emergente y me nombraron jefe de guardia sin considerar siquiera mi voluntad. No lo he aceptado formalmente, pero la secretaria le colocó tres rayas a mi bata blanca sin pedirme autorización, y el personal ya me trata como tal adonde vaya. El sistema de escucha clandestina, agigantado sin control, sigue infundiendo respeto y temor con su ilimitada capacidad de asimilación informática, a pesar de que ya no hay ningún operador. Debido quizás al alivio morboso que sienten, muchos pacientes sacan provecho del invisible micrófono escondido, ora haciendo largas confesiones sádicas, ora evacuando, convertidos en una emisora provisional con un aparato de frecuencia modulada instalado en el trasero, ora masturbándose en público en medio de risas burlonas. Durante los tres días que me senté frente al aparato reproductor, me familiaricé con no menos de cien hombres y mujeres que se entretenían de varias maneras.

A decir verdad, todavía no he aprendido a manejar el poder, pero me siento capaz de subyugar a todo el hospital a mis pies si me da la gana. A pesar de que el jefe anterior no parecía percibirlo a conciencia, el poder se le advertía sin que hiciera nada en particular. De momento me contenta ver que la gente examina mi expresión, aunque procuro ocultarla con la cabeza agachada. Desde que soy jefe, la junta siempre me pone al tanto de los temas que van a discutir. Ya me han llovido delaciones y cartas anónimas.

Hoy al mediodía, a la hora del almuerzo, un colector me entregó un volante impreso a mano a la entrada del comedor. Llamamos «colector» a esos mirones que andan pescando ondas extraviadas con un receptor de alta calidad de frecuencia modulada a cuestras. A pesar de que todo el territorio hospitalario está cubierto casi por entero por la red de emisores pequeños, instalados con regularidad en sitios como aleros de casas particulares, camas, fondos de cajas de cosméticos, suelas de sandalias o mangos de paraguas, quedan ángulos muertos y rincones escondidos que escapan al control central de la sala de guardia, como los sótanos de los edificios de hormigón con escasas ventanas y puertas, o los depósitos especiales, rodeados de tablones de acero y zinc. Ahí es donde los colectores buscan su presa. El difunto jefe de guardia también era un colector común y corriente, hasta que lo reclutaron como asesor del laboratorio de investigaciones psicolingüísticas y, aun después del inicio del experimento, contrataba a unos cinco colectores hábiles para comprarles cintas grabadas. No me explico por qué son gente odiada, con etiqueta de delator, si todo el

mundo disfruta de la escucha clandestina a escondidas. Quizá representa la contracara del poder.

El volante no era gran cosa. En la mitad superior había un dibujo de trazos de un globo negro con innumerables agujeros que sostenían sendos seres humanos por las cabezas. Por alguna fuerza centrífuga, todos flotaban con las piernas hacia afuera en forma radial, tomando posiciones naturales para dedicarse a alguna acción: correr, escribir a máquina, agacharse sobre el inodoro, concentrarse en puntillas, enlazarse en coito con el vecino... En conjunto parecía una mina terrestre de modelo antiguo o un ser humano sintético, que comparte una sola cabeza gigante. En la parte inferior se leían unas frases como si fuesen un lema:

«Cualquier hombre es solitario en el fondo. ¿Tienes miedo a la salud? ¿No eres capaz de decir la palabra “alta” sin bajar la voz? Una palabra que antes fue celebrada con ramos de flores, cuando daban de alta a alguien. A ver, grita a voz en cuello. ¡Vamos a recuperarnos pronto y salgamos del hospital! Liga Promotora del Alta».

Ahora, con riesgo de caer en una tergiversación, me pongo a imaginar, aunque en las nubes, lo que la secretaria les ofreció a los muchachos de guardia para compensar el asesinato encomendado.

Ese día no la vi más después de la llamada, y solo me encontré con ella al día siguiente, casi al mediodía. Con el escrito sumario de nombramiento y un sobre con libretas bancarias y su sello oficial en la mano, caminaba a pasos menudos, arrastrando los pies con el impulso de la cintura un poco caída, a mi modo de ver, y su cutis, pese a la blancura enorgullecida de los párpados y la punta de la nariz, se enturbiaba de cansancio. No pude evitar una sospecha infundada. Después de haber satisfecho a los cinco hombres seguidos, no estaría en condiciones de caminar con la postura de siempre. Si no fallaba mi conjetura arbitraria, su capacidad de pago sería ilimitada. Es decir, estoy rodeado de matones peligrosísimos.

Cuando salga de aquí al anochecer, será mejor dejar los cuadernos. Sobran escondites con tantos orificios en las paredes y el cielorraso. Haré una carta con un mapa detallado para poder localizarlos, y se la enviaré a alguien de confianza...

(Se ha despertado la niña. Le levanto el respaldar de la silla de ruedas. Se le nota el cambio de la figura, pero no le ha quedado mal con su añorada redondez reforzada. Me abraza por el cuello cuando le acerco la bacinilla. Su cabello huele a judías recién cocidas. Tomamos una banana cada uno y agua caliente del termo. Mi reloj marca las dos cuarenta y seis, pero la sirena de ahora puede ser la de las tres. Tras una larga pausa, la banda empezó a tocar de nuevo. Es imposible saber qué tocan en medio de las repercusiones distorsionadas del sótano).

¿Dónde me he quedado? Claro, el caballo acababa de comer la primera pieza de sushi.

—Tienes razón, te tiene apuntado. Ella dice que eres el primer hombre que no le repugna al imaginárselo masturbándose.

—A mí no me hace ninguna gracia...

El caballo engulló el resto del sushi con un trago de cerveza y se golpeó el vientre, produciendo un ruido llamativo, como el que da un trapo mojado al sacudirse.

—Un estímulo así a los músculos abdominales refresca la mente.

Y tomó un casete del estante, seguramente preparado de antemano, y lo puso en el equipo de sonido grande, costoso a simple vista.

—No, por favor, qué asco.

El caballo se desconcertó un segundo, dejando escapar un eructo largo de su boca tapada.

—Cálmate, solo se trata del inicio del primer casete. Vamos a reproducirlo aquí para analizar la circunstancia en que se encontró tu esposa... bueno, suponiendo que se encontró... con el ladrón de píldoras.

El caballo encendió el equipo. Una serie de sonidos de fondo... pasos quizá de sandalias que se acercan... nitidez repentina de los pasos que suprime los sonidos de fondo...

—¿Qué opinas de este cambio de cualidad acústica? Activado el sistema automático de nivelación, el micrófono tiende a recoger con más facilidad sonidos lejanos cuando no hay sonidos cercanos, ¿no crees?

—Puede ser.

—Estos sonidos los captó el micrófono instalado en la farmacia, nada menos que en el forro del fondo del estante donde se guardaban las píldoras robadas.

—¿Qué estaría haciendo el sujeto?

—Estaría transportando las medicinas. No se sabe muy bien por los ruidos, porque está demasiado cerca del micrófono hipersensible.

—Se quedó quieto al percibir los pasos.

—Claro, por eso solo se escuchan los pasos que se acercan.

Los pasos que se acercan... se detienen... de repente un chillido metálico, agudo...

—¿Sería la puerta?

—Desde el interior se abre sin llave.

Un golpe seco y corto... enseguida un ruido grave y pesado...

—¿Sería asaltado por el ladrón?

El caballo detuvo el equipo y se frotó la barbilla, haciendo relumbrar las hebras de la barba entrecana.

—Lo lamento, pero es altamente probable.

—¿Y por qué no lanzaría un grito siquiera?

—Sí, yo también me extrañé. Ya sabes por qué no puedo descartar la idea de que se conocían desde antes.

—Entonces, ¿cómo explicas el sonido siguiente como el de hombre caído?

—Una bolsa de bicarbonato o de fécula produciría un sonido semejante.

—También es posible otra explicación. Mi esposa buscaba a alguien que le prestara una moneda de diez yenes. Habrá sentido alivio al percibir una presencia humana en la farmacia. Ahí, el ladrón le abre la puerta con cara de inocente y la invita a pasar...

—Claro, pasa confiada al interior sin tomar ninguna precaución, y un ataque inesperado...

El caballo alzó la mano con toda su fuerza y frunció la cara al golpear una esquina de la mesa con los dedos abiertos. Un vaso cayó al piso, pero no se rompió gracias a la alfombra de alta calidad.

—¿No se te ocurre quién pudo haber sido el ladrón?

—¿Para qué me lo preguntas si tú eres el jefe de guardia ahora?

—Deja esa actitud ambivalente. Debes saber algo más.

—Solo conjeturas, que no necesariamente concuerdan con la verdad. Lo único seguro que tenemos a la mano es el casete que acabamos de escuchar.

—Creo que el jefe anterior estaba más informado.

—¿Por qué?

—¿No te parece que lo mataron para callarlo porque estaba informado?

—Claro, así puede matar dos pájaros de un tiro. Ella es capaz de hacerlo.

—¿No hay ningún comité para organizar la fiesta de la Víspera?

—No sé nada en absoluto.

—Lo discutieron en la junta...

—No lo hicimos más que de paso. Claro, daré un discurso inaugural en la ceremonia del aniversario. Para eso soy caballo. Pero no estoy enterado nada de la fiesta de la Víspera... La junta no interviene en ella en principio.

—Pero ¿no se trata de un evento oficial? Tiene que haber alguien que administre todo.

—Ese alguien no puede ser sino tú mismo.

—Déjame entrevistar al director.

—Imposible. —Arreció la lluvia. El caballo se enderezó contra la ventana oscura y enlazó los dedos de las manos por la espalda. A medida que la lluvia se estremecía como los pliegues de una llama sobre el cristal, el rostro del caballo también se ponía tenso como si estuviera en una competencia—. ¿Quién podría estar al tanto de todo lo que se refiere al hospital? Claro, a mí sí me gustaría. A veces lo deseo tanto que por poco me vuelvo loco. Uno debe ser valiente solo para formular una pregunta al respecto. Para colmo, hablas del director... Hace mucho que no me han preguntado, ni a mí ni a nadie, por el director. A veces, al encontrarme solo a medianoche empiezo a preguntarme si el director, en algún rincón de este hospital, se imaginaría

inquieto cómo es ese hombre que soy yo, inexistente para él, sin residencia ni profesión ni nombre...

—Voy a estar más atento a las cintas a ver si capto alguna novedad sobre la fiesta de la Víspera.

—Buena idea —el caballo se volvió con el rostro un tanto relajado—. Tu posición de jefe de guardia no te permite estar entrevistando sin necesidad al personal. Supuestamente tú estás enterado de todo. Aunque no sea así, lo tienes que simular.

—Para todo hay límite. Tutelares o capturadores o como se llamen, los que tengan escondida a mi mujer deben seguir mis pasos al dedillo.

—A lo mejor creen que sabes todo y los dejas en libertad con algún propósito.

—Qué va.

El caballo tomó una botella de whisky y dos copas antes de volver a mi lado. Llenó hasta el borde las dos copas y, tras alzar la suya a modo de brindis, bebió un sorbo como si masticara una pastilla redonda de dos centímetros de diámetro.

—Toma tú también. El agua te la puedes servir en el vaso de cerveza. A ver, déjame ver los cuadernos, entonces.

Pensé que era inútil seguir manteniendo discusiones sin sentido con el caballo.

Ciertamente, me ofreció información y pude convencerme de que no era ningún enigma la desaparición de mi esposa de la sala de espera, pero la pista hallada no me emocionó tanto como había supuesto. Al contrario, me invadía una inquietud que se acumulaba a pasos lentos y seguros como agua filtrada desde el fondo agujereado de un barco. El encuentro, fortuito desde luego, de mi esposa con el ladrón de píldoras no aclara de ninguna manera el misterio de la llegada de la ambulancia no solicitada. Y mi esposa ha caído por ese resquicio de casualidad al fondo del abismo oscuro de una manera imprevista.

—Tardas dos noches y solo has llegado hasta aquí... —dijo el caballo en tono irónico, repasando a retazos la parte final del cuaderno—. Ni siquiera has llegado a tu habitación. ¿Acaso hay algo que no quieras revelar?

Le objeté sin inmutarme:

—¿Acaso hay algo que te inquiete mucho?

El caballo se sirvió más whisky con una sonrisa reticente.

—Por supuesto que vas a continuar la labor esta noche, ¿verdad?

—No sé.

—Te lo suplico. Mañana estaré ocupado por la fiesta de la Víspera.

—Me mentiste.

—¿En qué?...

—No vas a entregar los cuadernos a mi esposa...

—¿Por qué lo crees?

—Todo es un disparate...

—No habría existido ningún lío si hubieras sido más cooperativo desde el comienzo.

De repente subió el tono de voz. Se le volvieron pegajosos los movimientos de la barbilla, como si se hubiera tragado una caja entera de chicles, y de pronto la punta de la nariz se le tornó blanca. Ante su exaltación, que a lo mejor era contagiosa, me sentí como si me hubieran desparramado un polvo eléctrico entre el pecho y los brazos.

—Al contrario, me arrepiento de haber sido demasiado cooperativo.

—Mira, te lo suplico, solo habla si te da pereza escribir.

—¿De qué quieres que te hable?

—Tú sabes lo que me interesa saber.

—¿El diámetro de mi pene?

Acto seguido el caballo agarró la botella por el pico y la golpeó contra la mesa. Todavía tendrá dolor en la mano. Extrañamente, la botella no se rompió y la mesa se rajó siguiendo una línea en forma de U. Al presionarla fuerte, ya no se notaba la rajadura.

—Parece que últimamente venden un pegamento eficaz para cerámicas en las estaciones de gas, sabes.

—Es imposible que no lo sepas —el caballo apretó con fuerza las muelas, respirando ligeramente hacia los hombros—. Me refiero a la paciente del cuarto ocho. Fue ese mismo día en que la mitad inferior del cuerpo de tu antecesor recuperó el funcionamiento sano y logramos conectarla con mi cuerpo mediante la conexión de los nervios. Se me alargaron las reuniones y la comida con los miembros de la sección de órganos artificiales y de la de ingeniería de nervios, y solo pude pasar por el cuarto ocho después de las nueve. No había nadie en la cama. Fue el mismo día en que me convertí en caballo, para colmo. La niña también me esperaba, estoy seguro. Alguien se la llevó.

—¿Quieres decir que yo soy el raptor?

—Bueno, el más sospechoso debería ser tu antecesor, que era su padre verdadero y que, ajeno a la conducta de los pacientes, se mostraba inconforme con nuestra relación. Pero ¿cómo podría sospechar de alguien que ya no tenía más que la mitad del cuerpo? Además, tiene una coartada, porque la gran parte de ese día permaneció atado por cables de platino cubiertos con una capa de silicona al cabo de mis propios nervios.

—Pero es una niña de trece años...

—Me hace sospechar aún más esa forma de decir.

—¿Por qué no me dijiste nada desde el comienzo si sospechabas de mí? Qué estupidez. Me has hecho perder tiempo con estas investigaciones sobre mí mismo...

—Es que no estaba muy seguro todavía.

—Bueno, con tu permiso, ya me voy.

—No te voy a dejar ir, ahora que no me cabe duda de que tú eres el raptor.

—¿Cómo lo vas a probar?

—Claro que lo podré probar —el caballo golpeó el cuaderno contra la mesa, esta

vez con menos fuerza que antes—. Aquí está relatado.

—No puede ser.

—En ambos cuadernos anotaste los sitios donde los redactaste. Viejo truco. Estabas en la habitación por casualidad cuando te llamé para decirte que te recogería para la cena, y no te quedó más remedio que quedarte ahí a esperarme, pero ni ayer ni anteayer te encontrabas ahí. Hasta de noche saliste a algún lado. Con la secretaria te busqué por todas partes. No inventes excusas.

—O sea que fallaron en la persecución.

—Es admirable cómo corres.

—¿Quieres que te haga llegar un par de zapatos de salto?

—Por favor, ya me rindo. La niña requiere una atención especial. Ya van tres días, ¿verdad?

—Dos todavía.

—Su caso se llama osteolisis, enfermedad complicada que consiste en la licuefacción de los huesos. Con apenas un poco de negligencia en el tratamiento, los huesos empiezan a encogerse en dirección vertical, afectados por la gravedad. De cualquier distorsión de su figura tú eres el culpable, ya sabes. Te lo suplico, así no me sirve de nada haberme convertido en caballo.

—¿Ahora vienes con lloriqueos?

—En la prueba de esta mañana el pene me quedó a la perfección. Lo hubieras visto. Imagínate un objeto de siete centímetros de diámetro y diecinueve de largo. Dejé impresionadas a las enfermeras.

—Te sobran candidatas, sea tu esposa, tu secretaria o las enfermeras.

—No digas porquerías. Tú no sabes cuánto adoro a esa niña...

—Pero solo la veías masturbarse.

—No me refiero ni al palo de carne ni al agujero de carne. Tienes acceso a las escenas de masturbación en cualquier casa de *striptease*. Esta es una cuestión filosófica. «Buen médico es buen paciente», ¿entiendes eso?

—Pensaba que solo te importaba el palo de carne.

—En el fondo los médicos estamos destinados a la estenosis psicológica de vista—el caballo se precipitó a hablar como una araña que hila su nido, pero yo sentí que había un desajuste entre lo que hablaba y lo que pensaba—. Lo que tenemos que hacer no es compadecernos del dolor de un herido, sino aplicarle un torniquete, desinfectar y cerrar la herida. Debemos tratar al herido, no como un hombre herido, sino como la herida de un hombre. Una vez acostumbrados a esa forma de relación, nos irritamos con pacientes con gestos demasiado humanos. Para evitar la rabia, los pacientes procuran no portarse como demasiado humanos, lo cual nos vuelve más solitarios y rabiosos a los médicos, alejándonos en definitiva de los seres humanos ordinarios. No me parece exagerado decir que el prejuicio con los pacientes es lo que hace buen médico. Al mismo tiempo, me atrevo a afirmar que, aunque parezca contradictorio, no hay nada más humano que la soledad de los médicos. Solo los

seres humanos han garantizado el derecho a la vida para proteger a los débiles y enfermos, en contra del principio de la supervivencia del más apto. Los débiles sobreviven mientras mueren los héroes. De hecho, el grado de civilización se mide por el porcentaje de los ineptos. Hasta hay un político (no me acuerdo quién) que definió la modernidad como «la era de los pacientes, por los pacientes, para los pacientes». Es inútil quejarse de que estamos atravesando una era enfermiza. La soledad de los médicos no es sino una contracara del derecho de los pacientes. Si algún médico quiere escapar de la soledad, no le queda más remedio que hacerse paciente para adquirir un título doble. Siempre he trabajado con esa mentalidad. La impotencia jamás me importó en serio, a decir verdad. Te lo juro, pues al tomarla como un acercamiento a la categoría de paciente, me sirve de consuelo.

—Mientes. Has dicho un día que el deseo sexual crece en los pacientes según la edad.

—Eso mismo te lo iba a decir ahora. Tuvimos que enfrentar la verdad a medida que se reportaba el número, cada vez mayor, de escuchas clandestinas. Al parecer, entre los pacientes auténticos no existe siquiera la impotencia, que ni cuenta como enfermedad. Pero ¿por qué? A lo mejor tiene algo que ver con la estructura de la comunidad de los pacientes. En las cárceles o los cuarteles, las conversaciones obscenas se convierten en claves de las comunicaciones. Detrás de cualquier negocio corrupto se esconde siempre intercambio de sexo. Hay matrimonios aburridos que se han salvado al empezar a cobrarse por el sexo. Todos estos son ejemplos de la reorganización de las relaciones humanas sobre la base del sexo. Desde luego la comunidad de los pacientes difiere mucho de la de las cárceles o los cuarteles, ya que no genera necesidad alguna de actuar con sigilo ni está al borde del derrumbe de las relaciones humanas. Pero estoy seguro de que en algún punto de su estructura está escondido el secreto para quitarle peso al cerebro encargado de las relaciones humanas. ¿Qué es un paciente? ¿Cuál es su esencia? Al cabo de una serie de reflexiones me di cuenta: esa niña al menos me hace olvidar de mi impotencia; me abre la jaula de médico para invitarme al terreno de los pacientes. Probablemente se debe al hecho de que ella tiene un alma de paciente perfecta, un alma tan densa que me transmite la esencia. La quiero entender, al menos haré esfuerzos para que mi alma se asemeje a la suya...

—No se parecen en nada, hablando con toda franqueza.

—Paciente ideal... la más paciente de los pacientes... la inconsolable eterna... días colindantes con la muerte... parásito que se ha hecho más grande que un árbol... encarnación de la discapacidad... monstruo... y «hombre caballo»...

—Oye, pero sabes, ese pene auxiliar era del padre de esa niña.

—El coito no lo hacen los órganos genitales sino el cerebro.

—Buen sofisma para justificarte.

—Claro, los órganos genitales también tienen una función excitante. Según ha descubierto un tal doctor Brushalgo, la sensación que tiene la mucosa de los órganos

genitales frotados es muy cercana a la de una comezón. Sabes, la comezón se produce cuando hay necesidad de dispersar, mediante fricciones sistemáticas (rascar, en una palabra), cuerpos extraños acumulados o estancados en un punto específico. Al percibir la existencia de esos cuerpos extraños, los órganos sensoriales emiten una química llamada ATC (si mal no recuerdo) alrededor de ellos y dan señales al cerebro para originar la sensación de comezón, la cual, a su vez, motiva el deseo de rascarse el punto en cuestión. En el caso de los impulsos sexuales, también se acumula una química parecida al ATC en la mucosa de los órganos genitales, pero se genera, en lugar de una sensación tan definida como «comezón», algo más ambiguo como un «sonrojo», o «escozor». Es por eso que el deseo sexual está más condicionado por el cerebro. Según dicen, el sonrojo y el escozor jamás nos conducen al acto sexual, mientras que se lo impida el cerebro. Es decir, solo te calientas cuando la vigilancia del cerebro enciende el botón del deseo con su propia voluntad.

—¿Por qué no explotas ese sistema de vigilancia si tienes tanto deseo?

—Déjame decirte que yo no te he quitado nada a pesar de que tú me quitaste a la niña.

—Da lo mismo, ya que el hospital me quitó a mi esposa.

—Pero bien puede ser que tu esposa se haya inscrito por su propia voluntad.

—¿En qué?

—En el concurso de orgasmos de la fiesta de la Víspera. Así se explicarían varios puntos. Parece que el concurso se ha publicado en una escala masiva. Por otro lado, sigo con la sospecha de que había un mutuo acuerdo previo entre tu esposa y el ladrón de píldoras. Claro, la ambulancia es una solución insólita, que no hubiera sido posible sin ayuda de alguna persona que estaba muy al tanto de la situación interna.

—Los dos somos más que sanos. No puede haber contacto con la gente del hospital.

—Mira, la frontera entre el hospital y el mundo exterior no es tan definida como tú supones. Ahora, si tu esposa se ha inscrito por su propia voluntad, va a haber muchos líos, aun cuando la podamos localizar.

—Si esa niña del cuarto ocho se ha fugado del hospital por su propia voluntad, también va a haber muchos líos aun cuando la podamos localizar.

—Déjame decirte que no conozco el paradero de tu esposa.

—Déjame decirte que yo tampoco conozco el paradero de la niña.

Tanto el caballo como yo estábamos gravemente heridos. Nos mirábamos frente a frente sin tratar de disimular nuestras respiraciones entrecortadas y aceleradas; el caballo estuvo de pie desde el comienzo y yo sentado en una silla. El primero en desviar los ojos fui yo, pero no lo hice con otro propósito que el de ajustar la posición de los lentes de contacto.

—Oye, ¿por qué sigues ahí de pie? Me estorbas la vista.

El caballo se aflojó el cinturón y, tras abrir la bragueta, se bajó los pantalones hasta la altura de las rodillas, levantando los bordes colgantes de la camisa. Un corsé de caucho sintético, de cinco milímetros de grosor, le cubría el cuerpo desde las costillas hasta la mitad de los muslos. Sobre la superficie del corsé corrían varios manojos de cables enrevesados, que se juntaban de punto en punto con electrodos dorados. Por la entrepierna se veía una pequeña abertura, como la de un buzón pero vertical, de la cual colgaban unos estropajos metálicos, y un pene en forma de chorizo chino, mohoso.

—¿Qué se puede hacer?

—Ya, ya, por favor, súbete los pantalones.

Se puso el cinturón de microcomputador sobre el corsé, ajustado por unos relieves y enganchado hacia la mitad inferior del cuerpo auxiliar. Esto lo logró mediante el sistema de mantenimiento de vida (una máquina portátil, ajustable, con batería para seis horas de uso), que produce, según el caballo, el incremento de las sensaciones. Cada tres días hacen un lavado completo del corsé en la sección de órganos artificiales, pero una vez puesto, ya no le queda más remedio que estar de pie o acostado, ya que él mismo no se lo puede poner ni quitar. Si algún día llegara a tener la generosidad necesaria para perdonar al caballo (esperanza remota, admito), quizá intentaría diseñar una silla especial para que pudiera descansar de pie.

El caballo dijo, subiéndose los pantalones:

—Bueno, si me lo afirmas con tanta contundencia, te voy a someter al detector de mentiras, como me has pedido.

—Cómo no.

A decir verdad, quería marcharme cuanto antes, preocupado por el estado de la niña del cuarto ocho, que ya llevaba esperándome casi cinco horas en el sótano. Aunque le dejé suficiente provisión de agua y comida, estaría aburrida y, mucho peor, desesperada por la soledad. Era posible que el asilo se inundara con esta lluvia.

Sin embargo, los cabezas rapadas, dominados por la secretaria, estarían escondidos alrededor de este edificio, pendientes de mi salida, y yo no podía estar seguro de poder despistarlos aquí, debido al escaso conocimiento que tengo de la localización. Por fortuna, la que era mujer del caballo, experta en detectores de mentiras, se hospedaba en la casa que quedaba al lado del laboratorio de investigaciones psicolingüísticas. Como el aparato pertenecía al laboratorio, me someterían a la prueba ahí mismo, en el edificio blanco rectangular, ubicado al este de la sede central, al frente del cementerio del hospital, donde hay una calle de por medio. Desprovisto de ventanas y puertas para bloquear luz y sonido, solo se podía entrar por un pasillo subterráneo. De ahí me sería fácil despistar a cualquier perseguidor, sacando provecho de la topografía del cementerio.

Desde luego, no iba a someterme a la prueba. Con cualquier pretexto echaría afuera al caballo y convencería a la señora de que le convenía suspender o aplazar la prueba.

Creo que hasta entonces yo tenía una idea distorsionada acerca de la señora del subdirector. Me habían dicho de antemano que era una mujer de una inteligencia abrumadora, a tal grado que pasó de paciente ordinaria, mecanógrafa de profesión, a investigadora de planta solo con presentar una tesis titulada: «La lógica de las mentiras: la aplicación a la estructura mediante la ceremonización». Teniendo en cuenta el hecho de que se separó del esposo con el inclemente pretexto de su impotencia, no pude dejar de imaginármela como una escuadra trajeada.

Nomás conocerla, me di cuenta de mi error. Salvo la nariz y el labio superior que parecían ágiles y obstinados, su figura era más bien holgada, cubierta sin disparidad por una capa de tejido adiposo, con los ojos pesados de melancolía como uvas maduras y una voz suave, enrarecida por la respiración. Las solapas de su bata blanca relucían con frescura de almidón a la hora avanzada de la tarde.

Cambié de plan y decidí someterme a la prueba. Creo que estaba a punto de asfixiarme en busca de que todo fuese normal, así como un ahogado que se aferra al aire. No solo estaba harto de lo anómalo que sucedía en torno al caballo, sino de la incertidumbre que me hacía dudar hasta del equilibrio de mi propia figura reflejada en el espejo.

Al fin y al cabo, podría rechazarla cuando me hicieran preguntas comprometedoras.

La conducta de la señora resultó tal como había esperado. Me reveló el motivo de su separación sin ocultar nada. El mismo día en que contrajeron el matrimonio, la pareja formalizó un extraño acuerdo que consistía en sostener todas sus conversaciones sometidos al detector de mentiras. Según la señora, fue una decisión ingenua, ajena a celos o sospechas, basada en el amor claramente confirmado. Trataron de eliminar las artes verbales de la mentira, no para reprocharse, sino para perdonarse mutuamente.

Contra toda expectativa, el resultado fue un desastre. Día tras día se fue desmoronando la intensidad entre los dos hasta quedar solo el vacío, como el de una cinta virgen.

—No es que cambiara algo sino que, como te diré... nos quedamos como unas lámparas sin luz. Sabes, me parece que el detector de mentiras congela la vida, porque divide todo entre cara y contracara: la verdad es el anverso, la mentira el reverso.

—Qué cosa tan desabrida.

—Con el computador sucede lo mismo. Sí o no, cero o uno: es todo. Esto funcionaría si no existiera contradicción entre razón y sentimiento. Pero ¿qué sería un hombre despojados de esa contradicción? Si solo nos dejaran los hechos evidentes, aniquilando verdades y mentiras...

—Tienes una manera muy lógica de pensar.

—Me produce odio lo lógica que soy.

Al perder el diálogo, la pareja también perdió el imán: sin atraerse ni repelerse, solo guardaron sus almas secas como si fuesen insectos muertos. El subdirector cayó en una impotencia incurable y la directora del laboratorio de investigaciones psicolingüísticas recetó la separación por el bien de los dos.

—Esa tesis, «La lógica de las mentiras...», ¿la escribiste a partir de esa experiencia?

—¿La leíste?

—No entendería nada...

—Sabes, existen mentiras sociales, como los casos de las parejas que denominan «boda» a la inauguración de sus actos sexuales o «luna de miel» a la ausencia temporal para dedicarse a sostener coitos desenfrenados. Esos términos borran por completo el carácter obsceno de los actos sexuales. El cerebro humano fácilmente otorga un salvoconducto al sexo convertido en ceremonia.

—Es la segunda vez que escucho esa palabra, cerebro humano...

—La escuchas otra vez y te enfermarás del corazón —se rio mientras terminaba el arreglo del aparato—. ¿Podemos comenzar?

—Adelante.

Se inició una larga serie de preguntas monótonas y tediosas. ¿Te gustan los perros?... ¿Ahora es de día?... ¿Está lloviendo?... ¿Has comido tomates?... ¿Te limpias los dientes antes de lavarte la cara?... ¿Soñaste en colores esta mañana?...

De repente me tomó por sorpresa con una pregunta inesperada.

—¿Quieres acostarte conmigo? —Al ver que me quedé mudo, la señora del subdirector examinó las ondas del papel enrollado y sonrió mordiéndose el labio inferior con sus dientes blancos—. Ahora mientes.

—No he contestado nada.

—Cualquier respuesta termina siendo una mentira.

—No seas tramposa.

—¿No ves que el adulterio es el peor enemigo del cerebro humano?

—Hazme otra vez la misma pregunta.

—¿Quieres acostarte conmigo?

—Sí.

—Qué extraño...

—¿Ves que no miento?

—Será por alguna recaída del cerebro humano. Mejor dicho, el detector de mentiras cumple la función ceremoniosa.

—¿Por qué no me haces la última pregunta?

Sin embargo, a cambio de la última pregunta, la señora apagó la máquina y retiró los cables de mi cuerpo.

—Supe desde el comienzo que no ibas a responder.

Hablaba con la garganta estrujada, como si se dirigiera a alguien que andaba lejos. Se me ocurrió que era consciente del micrófono escondido. Era probable que no

suspendiera la prueba por mí, sino a modo de una apelación al subdirector para manifestar que, curada su impotencia, el caballo debía regresar de inmediato a su lado. Al imaginarme la escena en que el caballo fornicaba con el pene de repuesto, me pareció que era la pareja más lujuriosa del mundo. Y, cosa curiosa, utilizaba en este caso la palabra lujuriosa en sentido positivo, equivalente a añeja o madura.

—¿Todavía quieres acostarte conmigo?

Me quedé sin respuesta, vaya a saber por qué. ¿Sería porque se acabó la ceremonia en el momento en que me liberaron de los cables? Luego, la señora, un tanto tímida, me pidió permiso para fotografiarme y disparó unas cinco veces la polaroid desde varios ángulos para retratarme de cuerpo entero, y vestido solo con mis calzones. Sentí una pequeña desazón ante la idea de que ella, de noche, miraría embelesada las fotos cuando estuviera sola en su habitación. Me pareció un desperdicio dejar abandonado un cuerpo tan holgado, pero a la vez no pude dejar de pensar que la soledad le sentaba bien.

Con cierto afecto dejé a la señora a la puerta de la casa donde se hospedaba y desanduve el camino para tomar la calle que bordeaba el cementerio. Bajo los escasos faroles de mercurio, la línea recta de la vía asfaltada permanecía negra como agua de canal. Era una negrura absoluta en que un gato negro podría pasar desapercibido. Crucé despacio la calle, ganando la acera colindante con el cementerio y, tras pasar el muro de cemento que me llegaba a los hombros, me escondí entre las ramas tupidas del cerezo para mantenerme al acecho. Como esperaba, a los tres segundos, cinco siluetas cruzaron la calle en dirección hacia donde yo estaba. ¿Serían los mismos asesinos de mi antecesor o, tal vez, el cinco era el número preferido de la secretaria?

Durante un buen rato avancé pateando piedras o haciendo sonar las ramas de los setos, para atraer a mis perseguidores, y de repente me puse en carrera. Desde luego no corrí por la vereda, sino que la ignoré por completo, saltando lápidas en línea recta como lo hace el corredor de vallas. Con este clima no había peligro de toparse con las parejas de encuentros secretos. Había escampado y la media luna, asomándose de cuando en cuando entre las nubes movedizas, resaltaba los perfiles de las lápidas. Yo podía avanzar sin parar gracias a los zapatos de salto, pero la altura de las lápidas frenaría cada rato a los perseguidores que llevaban zapatos deportivos corrientes. Tarde o temprano podría dejarlos atrás. Además, las veredas eran intrincadas como un laberinto, consecuencia de la distribución arbitraria de las lápidas, y desacorde con el diseño geométrico de sus filas, que imposibilitaba su regulación en orden simétrico. ¿Qué clase de negación tendría el arquitecto de este cementerio al contacto entre los muertos? Al saltar una lápida, orientándose por su forma, ni los vivos distinguirían de inmediato hacia cuál debía enfilear para seguir corriendo en línea recta. En la medida en que yo incrementara la distancia, los cinco muchachos se dispersarían desorientados hacia rumbos diferentes y me perderían de vista,

persiguiéndose unos a otros.

Seguí corriendo ágil y liviano, serenando la respiración y marcando el ritmo con las rodillas. Estaba seguro de que pronto se alejarían confundidos los pasos de los perseguidores, que ya no sabrían qué hacer; pero las cinco carreras, igual de livianas y ágiles, se me acercaban pisándome los talones como si fuesen mis propias sombras. Sin poder creerlo, aceleré la marcha, y los demás también aceleraron la marcha. Cambié de dirección, y los demás hicieron un viraje instantáneo como lo hace un cardumen en el mar. Sospeché que habían conseguido zapatos de salto por medio de algún colega mío que habría realizado alguna maniobra clandestina a mis espaldas. ¿O los habrían pedido ellos mismos? ¿Por qué no me lo hicieron a mí? Como vendedor a cargo, les habría cobrado comisión y lo habría reportado a la empresa para destacar mi rendimiento.

Poco a poco me iba quedando corto de respiración. A medida que se familiarizaban con mi método de carrera, empezaron a acorralarme en un rectángulo, como perros de caza en persecución de conejos. Cada vez que cambiaba de dirección, se me acercaba un nuevo perseguidor. En este estado de desamparo, de uno contra cinco, tarde o temprano tendría que rendirme. Pero su objetivo no consistía en atraparme sino en mantenerme en fuga hasta que me resignara, agotado, a volver a mi refugio escondido. ¿Qué sucedería si me marchara adonde fuera sin volver al lado de la niña del cuarto ocho? Desesperada por mi traición y asustada ante la presencia de un montón de ratas, empezaría a pedir auxilio con gritos desgañitados. No caería en esa trampa. Pero ya estaba metido en un callejón sin salida.

Pero, a ver, ¿acaso yo mismo no era el jefe de guardia con tres rayas negras? Estaba en condiciones de mandar a los muchachos. Quién sabe qué les habría inculcado la secretaria en la mente, pero valdría la pena lucir aquí mi autoridad. No perdería nada al probarlo.

Monté sobre una lápida (algo como una campana cayó rodando) y en cuanto me volví les ordené a viva voz:

—Alto, todos. No se muevan.

No había necesidad de repetir. Quizá lo hice en el momento más oportuno, con la mejor entonación. Los perseguidores se dispersaron en la oscuridad, hechos siluetas petrificadas. Se escuchó el canto de los grillos. Fue la primera experiencia para mí, y quizá también para ellos. Mi antecesor se habría salvado de una muerte tan patética si hubiera sabido mandar.

Corrí en la oscuridad, bordeando un pabellón, hasta llegar a las ruinas del hospital antiguo. Después de cerciorarme de que nadie me seguía, con los oídos agudizados en medio del coro de grillos, atravesé una alcantarilla con agua estancada y trepé por el hueco dejado por un inodoro. Avancé a tientas a lo largo de un pasillo medio tapado por las paredes desmoronadas y, solo cuando alcancé el tubo de acero saliente del

cielo raso (al pegarle el oído, cosa extraña, sonaba como una construcción de vías férreas), mi punto de referencia, encendía la linterna.

Me abrí paso entre los escombros y a los pocos minutos llegué a un corredor de concreto, al extremo del cual se encontraba la puerta de madera que conducía al refugio. Creí percibir un gemido angustioso y me disparé en carrera sin tomar las precauciones debidas. Me desconcerté aún más ante la ausencia de la reacción esperada frente a mis pasos precipitados. Empujé la puerta de madera y me di cuenta de que la niña acababa de llegar al orgasmo. Fingiendo ignorancia, la abracé con fuerza, deteniendo las muñecas que se movían sin parar entre sus muslos. Tuve la sensación, quizá falsa, de que el cuerpo rebotaba de una manera extraña, alarmado ante un posible avance de la licuefacción de los huesos. Las muñecas se paralizaron y la niña se me aferró con vehemencia. Empezó a sollozar y pronto tembló con una intensidad imposible de controlar.

Acabo de recorrer con la mirada los supuestos locales de la fiesta de la Víspera, desde los altos de las ruinas del hospital antiguo. Todavía se ven desiertos pese a un pequeño aumento de los concurrentes, pero me he convencido de que algún evento sí va a tener lugar, dado que se montaban tiendas al aire libre, y se preparaban estufas portátiles de gas.

Trato de engañar el hambre con pan de curry y jugo de manzana. Para evitar que la niña se encoja más, le pongo el respaldar de la silla de ruedas en posición horizontal y le aplico un masaje, pero al notarle los síntomas del celo lo dejé en menos de tres minutos. Con los auriculares puestos en los oídos, la niña dormita escuchando la radio, que ahora capta mejor las ondas gracias a la antena que he armado con el conducto de ventilación.

Seguiré haciendo apuntes en el cuaderno.

Todavía no me explico bien por qué permanezco escondido en el sótano con la niña del cuarto ocho, sin abandonar la idea de localizar el paradero de mi esposa. Y no sería el único que no lo entendería, sino que todo el mundo se burlaría de mi contradicción engañosa.

Apenas anoche me enteré del posible encuentro entre el ladrón de píldoras y mi esposa. En este sentido, creo que el más imperdonable de todos es el caballo, tan traicionero que se hacía el tonto ante mi insistencia. No soltaré a la niña del cuarto ocho aunque sea solo por vengarme. Hoy, a primera hora de la mañana, llamé a la estancia de vigilantes para «ordenar» que reunieran toda la información posible sobre el ladrón de píldoras. Sí, les ordené. El efecto de una orden fue comprobado anoche. De ahí en adelante, salgo cada hora a la calle para informarme a través del teléfono público, pero todavía no me ha llegado ningún dato alentador.

¿O me lo sabotearía la secretaria? Hasta cierto punto es lícito sospechar que ella tramó el asesinato, no para hacerle un favor al subdirector que buscaba el relevo del

médico de guardia, sino para callar de una buena vez a mi antecesor, al sospechar que este sabía algo sobre el ladrón de píldoras. Debería mantenerme alerta si, llegado el momento, la secretaria se decidiera a tomar todas las medidas necesarias para apresarme.

Aprovechando mis salidas, he entrevistado a varias personas, sean médicos, enfermeras, empleados o pacientes, que de ninguna manera se negaron a colaborar con aportes voluntarios de información, dóciles quizás ante la vistosa advertencia de las tres rayas negras de mi bata blanca. Sin embargo, todo lo que me contaron no fue más que simples fantasías. Y cuando no eran fantasías, me cargaron con análisis generales sobre ladrones y especulaciones arbitrarias en torno a posibles actos criminales con uso de píldoras robadas, que no me sirvieron para esbozar ningún plan de acción. Creo que, de todos modos, no se atreverían a revelar su ignorancia ante la pregunta del jefe de guardia. Por lo que veo, el ladrón (o los ladrones) de píldoras ha sabido manejar el asunto en secreto.

Pero tarde o temprano saldrán a flote, por más precauciones que tomen ahora. Inaugurada la fiesta de la Víspera, ya no habrá escapatoria que valga. Quieran o no, no les quedará más remedio que entregarse, puesto que han robado píldoras con miras al espectáculo que montarán en la fiesta de la Víspera. En los años anteriores, el subdirector subía al escenario a las cinco de la tarde para cortar la cinta de inauguración en medio del retumbar de los tambores pregoneros. Dentro de unas horas me enfrentaré con ellos, quieran o no quieran. Solo con la espera, me voy aproximando poco a poco a esos seres infames, sin que nadie me lo impida a estas alturas.

El problema consiste en que jamás me ha gustado la fiesta, ni siquiera cuando era niño. Para mí eso siempre tiene un presagio siniestro, pues más allá de la fiesta visible diviso otra fiesta en la que ciertos demonios nos observan con miradas torvas.

(Ingiero pastillas alentadoras y enciendo el cuarto cigarrillo de hoy. Me quito los lentes de contacto y me froto los ojos, haciendo supurar las glándulas lagrimales. La niña duerme con respiración tranquila. Me parece bien que duerma, pero temo que duerma demasiado. Espero que no sea un síntoma de empeoramiento).

Sí, fue en la mañana en que me nombraron jefe de guardia sin mi consentimiento. A fin de evitar que me tomaran por cómplice, al callarme tras la muerte de mi antecesor, quería hablar directamente con el subdirector para contarle lo que había presenciado y así no dejar dudas sobre mi inocencia. Al ver que no aparecía en la sede central, decidí buscarlo en el pabellón de condrocirugía.

A las ocho de la mañana es cuando los pabellones del hospital se ponen más bulliciosos y caóticos, con el ruido producido por el llanto de los niños reacios a la inyección, los pasos precipitados de las enfermeras en batas blancas, que pasan de un cuarto a otro con sus termómetros en la mano, los pacientes ambulantes con

bacinillas, discusiones acaloradas entre pacientes y asistentas sobre si abren o no las ventanas, y jóvenes pacientes con sus penes erectos, pellizcados por las manos de las doctoras.

Subí derecho al tercer piso y toqué la puerta de su oficina, pero no hubo respuesta pese a la placa que indicaba su presencia. Giré el pomo y se abrió la puerta. Aunque ya no estaba el médico de guardia, había dos camas, tal como había espiado el primer día desde la mirilla de la buhardilla del cuarto ocho, con varios aparatos electrónicos y contadores apiñados en desorden. Me fijé en un escritorio pegado a la pared, situado estratégicamente como para ocultar una tabla, al parecer floja, que me llamó la atención. Seguramente me conduciría a la mirilla del cuarto ocho. Cerré la puerta y la tranquilé con el pestillo. Me metí por debajo del escritorio y revisé la tabla. Manos inexpertas habían instalado una argolla de alambre en un extremo. Al tirarla, la tabla, que medía justo la anchura del escritorio, se desencajó sin resistencia. De este lado resultaba una maniobra sencilla, pero del otro lado sería más complicada.

Se colaba una luz. Metí despacio la cabeza por el hueco. El polvo oxidado me entró directo en las fosas nasales y, al tratar de retener un estornudo, sentí un dolor desgarrador en el pecho. Avancé tentando uno por uno los peldaños de la escalera y me quedé casi de cabeza, sosteniendo el peso con las rodillas sujetadas a la pared. Alcancé a ver la mitad del cuarto a través de las cortinas. La niña, desnuda, estaba acostada con la cadera elevada y las pequeñas rodillas abiertas, resollaba como un maratonista en medio de los fuertes vaivenes de la cabeza, frotándose la entrepierna con las manos delgadas. A sus pies estaba el subdirector con una mano sobre el muslo de la niña y la otra acariciándose la bragueta de los pantalones. Parecía emitir palabras, pero eran ininteligibles. Era una escena totalmente insólita a las ocho de la mañana.

Me apresuré a retirar el cuerpo y, otra vez de pie al lado del escritorio, caminé abruptamente alrededor de la tabla desencajada. Así, el subdirector, sin poder acudir al pasaje secreto, ocupado por algún sujeto desconocido, tendría que salir del cuarto y dar una vuelta por el exterior para dirigirse a su oficina, pero no podría abrir la puerta trancada por el pestillo: al cabo de varios intentos fallidos, que le tomarían al menos media hora, no le quedaría más remedio que llamar al personal encargado del mantenimiento del edificio.

Todo marchó tal como yo lo había previsto. Luego de confirmar que la puerta del cuarto ocho se abrió y cerró, dejé escapar dos bocanadas de aire y bajé por la escalera, ahora en una postura normal. La niña me vio sin sorpresa alguna, vaya a saber por qué. Le sonreí y me devolvió una sonrisa tímida, chupándose el dedo.

—Apúrate. ¿Dónde tienes tus cosas?

—No tengo nada.

—Cámbiate de ropa.

—No tengo más ropa que esta.

Levantó el pijama enrollado entre los dedos de un pie. Las piernas esbeltas y

estiradas no mostraban ningún padecimiento en las coyunturas.

—Póntelo, entonces.

Sobre la cama, la niña, obediente, se puso el pijama, mientras yo hacía requisa de los estantes del costado. Dos bananas, la mitad de una papaya, un secador con su cepillo, dos bolígrafos, dos revistas para quinceañeras, encajes hechos a medias, una cartera de cuero rojo con una campana. Al tomar esta última, se me desprendió por la chapa desajustada todo el contenido: seis mil treinta yenes en efectivo, una insignia para señalar el tipo de sangre, el registro de paciente, un zorro dorado de tres milímetros de altura, un anillo de dieciocho quilates con una piedra que parecía sangre coagulada. Extendí una toalla para colocar una palangana encima y metí todo lo que cabía antes de empacarla con un nudo flojo. Así la podría cargar en el hombro, dejando las dos manos libres para ayudar a la niña.

—¿Puedes caminar?

La niña acababa de sentarse con los pantalones puestos. Ladeó un poco la cabeza y, sosteniendo el cuerpo con los brazos estirados, colocados sobre el borde de la cama, se deslizó despacio al piso. Se mantuvo de pie durante unos segundos, pero pronto se apoyó contra mí, extendiendo las manos hacia adelante. La ayudé con mi brazo, y la niña se sostuvo para recuperar el equilibrio; me sonrió contenta, mostrando dos dientes brillosos. Dio un paso, sostenida por mi cuerpo, mientras sacaba la lengua entre los dientes. Tenía una mugre seca adherida a las arrugas del lóbulo.

—Muy alto...

—¿Qué es alto?

—Como si estuviera mirando desde la ventana del segundo piso.

—¿Nunca has caminado con tus pies?

—Era muy gorda.

—Incapaz de caminar por tu cuenta.

—Me ha crecido el cuerpo con tanta rapidez que los nervios estresados no soportan los ejercicios continuos, me dijeron.

No teníamos tiempo que perder. Si había alguna otra puerta para entrar a la oficina del tercer piso, el director se fijaría enseguida en la tabla desencajada y descubriría lo que había pasado.

—Oye, ¿el interfono está encendido o apagado?

—Está apagado.

Tras colgar el equipaje improvisado, salí al pasillo con la niña a cuestas. Temí ser demasiado llamativo, pero resultó que una vestimenta extravagante podía pasar desapercibida en este hospital. De hecho, nadie nos dirigió una mirada de curiosidad. Además, quizá nos favoreció la hora temprana.

Sin embargo, no me arriesgué a utilizar el ascensor. Como casi no sentía el peso de la niña, abandonada por completo a mi espalda como si fuese una goma dócil, decidí bajar por la escalera y me detuve enseguida cuando me disponía a atravesar la

sala de espera con rumbo a la salida. Vaya intuición. Entre el grupo de gente que esperaba el ascensor, distinguí a la secretaria. Seguramente me buscaba. Todos esperaban impacientes, mirando la aguja que señalaba la ubicación del ascensor. ¿Se quedaría detenido en algún piso para descargar bultos grandes? Los tacones inquietos de la secretaria contra el piso se aceleraban a medida que pasaba el tiempo. Que no se le ocurriera subir por la escalera al no soportar más la espera. Se trataba nada menos que de la cabecilla del asesinato del padre de la niña que yo llevaba a cuestas. En momentos así de críticos, la mirada en busca de un refugio funciona, al parecer, con una lógica inesperada, y se detuvo al instante en la continuación de la escalera, hasta entonces tapada por hileras de cajas de madera amontonadas, y que me llevaría al sótano dando una vuelta detrás de ellas.

Logré parapetarme con las cajas de madera y bajar la escalera con pasos sigilosos hasta llegar al sótano. El pasillo permanecía en penumbra sin más luz que la filtrada por las hileras de cajas. Corría una brisa helada y olía como el piso de un depósito viejo de herramientas.

—¿Adónde vamos?

—¿Dónde se te ocurre?

Sería un disparate contestar: «A perdernos». Me puse en marcha de todos modos.

—Vamos a comer bananas cuando estemos cansados.

—No hemos caminado nada todavía.

El pasillo giraba hacia la izquierda, sumergiéndose en una oscuridad más completa, y por más que los ojos se acostumbraran, apenas se podían divisar los pies. Parecía extenderse hasta la eternidad. Me extrañé al tratar de reconstruir la estructura del edificio en mi mente. Ya debía estar fuera del edificio. El pasillo jamás se había bifurcado ni tenía cuartos a los costados. Quizá no se trataba de un pasillo sencillo sino de una ruta subterránea para llegar a algún otro edificio.

—Quiero regresar.

—No podemos.

—Se me quedó la bacinilla.

—Pronto te compraré una nueva.

—¿Adónde vamos?

—¿Adónde quieres ir?

—A un sitio más luminoso.

—Pronto llegaremos.

Me sentía cansado. Tenía la sensación de haber caminado mucho, pero no estaba seguro. Quizá no había ganado tanta distancia a esta velocidad limitada.

—¿Dónde vives?

—En el pabellón tres... antes de que mamá se convirtiera en cobija.

—¿En qué?

—En cobija... esa cosa con que te arropas cuando duermes, rellena de algodón, ¿sabes?

—¿Cómo?

De repente la niña empezó a temblar en mi espalda y dijo en un susurro, apenas audible, que tenía dolor. Habría que cambiarla de postura. La bajé enseguida y me senté contra la pared para cargarla recostada sobre mis rodillas. Más relajada, la niña frotó la mejilla contra el dorso de mi mano posada sobre su hombro. No era nada grave. La pared de concreto sin frisar me raspaba la espalda con su superficie áspera. El piso era húmedo y desagradable. No me daban ganas de retomar el camino. No podía regresar, pero tampoco quería seguir sin saber adónde. Me sentía perdido antes de perderme.

—¿Estás mejor?

—Sí, mejor.

—¿Por qué tu madre se convirtió en cobija?

—¿Conoces una enfermedad llamada algodosis?

—Ni idea.

—Sale algodón de los poros.

—Eso no puede ser algodón. Será algo derivado del sebo.

—Es algodón. Le hicieron un examen en el laboratorio.

—Qué raro.

—Al comienzo, en el dorso, por aquí... —dijo tomando mi mano, contra la cual frotaba su mejilla, para señalar el punto con un dedo—. Esto pasó cuando yo era pequeña, pero lo recuerdo. Como en una pesadilla, salían pedazos, uno tras otro sin parar, por más que se los limpiara... hasta que se cavó un hueco en la piel de la mano, exponiendo los huesos. Mamá decía que no le dolía, pero papá se asustó y se la untó con yodo. Como el algodón absorbía todo, no le quedaba ni una gota por más que lo gastara, y al fin la botella se vació. Parecía un guante rojo. A contraluz transparentaban los huesos con nitidez. Al día siguiente se hospitalizó, pero al parecer ya era tarde. El cuello, las nalgas, las orejas, las tetas, todo el cuerpo estaba lleno de algodón. El médico nos dijo que deberíamos quitárselo antes de que se expandiera, y papá y yo nos dedicamos durante varios días seguidos a recolectar algodón. Los brazos y las piernas se veían grotescos como si los huesos se vistieran con guantes y calcetines estirados. A medio año de hospitalizada, murió con el corazón invadido por el algodón, pobrecita. Nos dejó tres cajas repletas de algodón y decidimos hacer con eso una cobija. Yo la quería para mí, pero papá la donó al museo a cambio de un diploma, diciendo que era un objeto demasiado siniestro. Parece que todavía la exhiben en el museo, pero es mía.

En cuanto terminó de hablar, cambió el ritmo de su respiración. Se había dormido. Tuve que permanecer inmóvil, soportando la aspereza de la pared y la humedad del piso, para no despertarla.

(Acabo de hacer la sexta llamada a la estancia de vigilantes. Sin novedad sobre el ladrón de píldoras. Me enternecí sin querer cuando el chico de la florería me dijo

con voz zalamera que me reportara cuanto antes para tranquilizar al subdirector y la secretaria, ambos muy preocupados. ¿O acaso era una expresión de ironía para comunicarme que ya me tenían pillado?

De regreso tomé otro camino por precaución ante los espías. Al lado del museo hay un estanque acorralado, ahora seco (seguramente antes criaban animales para experimentos), desde el cual se puede pasar al sótano. Así tengo que caminar mucho más y la ruta es tan complicada que me pierdo ante el menor descuido, pero al mismo tiempo corro mucho menos riesgo. Como pienso hacer el mismo recorrido para ir a la fiesta de la Víspera, me sirve de ensayo preliminar. En un punto el corredor estaba medio tapado por un derrumbe de la pared, y despejé la vía lo suficiente como para poder pasar una silla de ruedas.

El jardín del museo se ubica en un terreno elevado, y desde allí se puede observar el revés del escenario de la fiesta de la Víspera. No veo ningún ambiente festivo, salvo una banda de roqueros que ensayaban de mal humor bajo el mandato a gritos de su líder fervoroso. Estaban delante de la fuente del parque, al otro lado de la calle, y unos cuantos pacientes los observaban. ¿No se pondrá tan animado como pregonan? Conocí a una pareja de ancianos que venían arrastrando un puesto ambulante por la vereda del parque, desde la zona de pabellones de pacientes internos. Uno con gastritis atrófica y la otra con caquexia hipofísica, «enfermedad de Simmonds». Ambos me contaron en pretérito, con gestos distraídos de sonámbulos, el fervor y entusiasmo con que habían celebrado la fiesta año tras año.

Van a ser las cuatro. ¿Solo me envalentonaba ante un fantasma legendario, inexistente? Tenía razón al desconfiar de la fiesta).

Creo que me quedé dormido también. Me despertó la voz de la niña.

—¿Qué suena?

—Grillos.

—Me han dicho que hay bichos que comen cadáveres en el cementerio. ¿Será cierto?...

—Si ahora incineran todos los cadáveres.

—Tienes razón.

Me dolía todo el cuerpo. Las canillas cruzadas perforaban las pantorrillas. Cambié de postura. La niña gritó y me dijo con voz de adulta a modo de excusa:

—Me han dicho que mis huesos se mueven como gelatina. Cada vez que cambio de postura, cambia la gravedad, sabes. Cuando se me mueven los huesos, me aprietan los nervios, causándome un dolor intenso.

—¿Cuál es la postura más cómoda?

—No te preocupes, me acostumbro rápido a cualquier postura...

Sentí goteras en la muñeca con la que sostenía la cabeza de la niña. No supe si eran lágrimas o babas. Le deslicé la otra mano por la espalda y descubrí que tenía una

curva muy distinta de la que se esperaba. No atiné a ver en qué postura se encontraba. ¿Su complexión entera habría sufrido una deformación sobre mis piernas cruzadas?

—Aguanta un poco.

Aturdido, bajé a la niña sosteniéndola de las rodillas y la apoyé cintura arriba contra la pared; lo hice con un cuidado supremo, como si tratara un muñeco desarticulado. Me pareció bastante torcida, quizá debido a la sensibilidad agudizada por la oscuridad.

—Creo que me he encogido.

—No me parece.

Miré mi reloj, pero me costó descifrar la hora. Las manillas con pintura luminosa se encimaban entre el ocho y el nueve. Serían las ocho cuarenta y cuatro. Creí haber dormido mucho, pero resultó que habían sido solo unos minutos.

Recuperé poco a poco la sensación de la realidad, como si estuviera empuñando una masa de mantequilla. No, eran las ocho cuarenta y cuatro de la noche. Había sacado a la niña del cuarto como a las ocho cuarenta. Era imposible que solo hubieran pasado cuatro minutos desde entonces. Había demorado más de media hora. ¿Habría dormido casi doce horas? El brillo débil de la pintura luminosa también indicaba un transcurso temporal bastante largo. Con razón se había deformado el cuerpo de la niña. Todo me empezó a doler con más crudeza. Los guijarros me pinchaban las nalgas y un tronco me perforaba las costillas. La niña debía de estar sufriendo aún más.

—¿Cuánto crees que hemos dormido?

—Hasta hartarnos.

—Es que no dormí nada ayer.

—Te he guardado la mitad de la banana.

—¿No quieres orinar?

—Ya lo hice sola.

Quise levantarme y me caí. Tenía la pierna izquierda entumecida, al grado de casi no sentirla. Tras tender la toalla sobre el piso, me quité la bata blanca para colocarla encima y también acomodé los pantalones y la camisa. Y ayudé a la niña a acostarse sobre ese colchón provisional. Menos mal que el piso era plano.

—Espérame, que vengo enseguida.

—Ya quiero volver.

—No podemos. Hemos logrado fugarnos.

—No quiero fugarme.

—Te buscaré una silla de ruedas.

—Me quiero bañar.

—Te baño más tarde. ¿Qué más quieres? Bueno, que no se me olvide la bacinilla. También vamos a necesitar una linterna en esta oscuridad.

—El cuerpo se me tuerce si no me acuesto en una cama.

—Te conseguiré una cobija.

—¿Qué cobija?

—Una que combine bien con la silla de ruedas. ¿Qué color te gusta?

—Quiero la cobija de mamá...

—¿La que está en el museo? Ya estará enmohecida.

—Entonces, vamos a regresar.

—Bueno, vamos por la cobija de tu madre.

—No, mejor no, porque tengo miedo.

—A ver, toca mi bíceps. De estudiante fui campeón de boxeo.

A pesar de que los dorsos de las manos de la niña estaban fríos y secos, las palmas conservaban humedad y calor. Estaría muy nerviosa. Le acaricié las mejillas con las puntas de los dedos y le alisé el cabello con palmadas suaves.

—Aquí hay pulgas.

—Vuelvo enseguida...

Me fui a la carrera, vestido solo con calzones, sintiendo la pared con una mano y tanteando la oscuridad con la otra a modo de antena.

Sin intención de bravuconería alguna, estoy seguro de que resultó un acierto ese acto impulsivo. Otro gallo habría cantado si no hubiera cometido el disparate de quedarme dormido durante casi doce horas.

Ese pasaje subterráneo constituía en realidad un viejo pasillo que comunicaba el edificio del hospital antiguo, ahora vuelto ruinas en medio de la maleza, con la sección de condrocirugía, ubicada antaño en la planta baja del anexo de aquel. Era un corredor muy transitado, ya que el tercer piso del edificio viejo se situaba en el mismo nivel de la sección de condrocirugía (antes cirugía general).

Según supe después, nos encontrábamos en ese momento casi al final del pasillo, faltando tan solo diez metros para toparnos con la pared del fondo, donde no nos habría quedado más remedio que subir escalera arriba hacia la izquierda o seguir el corredor que se extendía hacia la derecha. Desde luego, habríamos subido sin titubear la escalera, iluminada con una luz tenue, pues todavía no disponíamos de la silla de ruedas. Al final de la escalera, la ruta giraba hacia la derecha, llevándonos a una puerta de madera a punto de pudrirse. Si hubiera espiado por la cerradura, habría visto el césped reverdecido, reluciente bajo el cielo azul que me parecía garantizar la seguridad. Nomás derribar la puerta para salir, me habría quedado atrapado en un corral de concreto sin salida, humillado por una ráfaga de risas de quienes se apostaban sobre el muro. Se trataba de la antigua torre del reloj, que en la actualidad servía como uno de los mejores puntos de mira para seguir los pasos de los perseguidos.

Sin embargo, al cabo de doce horas de fuga, la vigilancia se había aflojado en el hospital, sobre todo en los pabellones de los pacientes internos, que habían sido inspeccionados con una minuciosidad exagerada. Pude conseguir casi todo lo que

necesitaba, desde una silla de ruedas sueca, último modelo, hasta tres linternas de distintos tamaños, incluyendo una radio FM de alta calidad y un termo grande.

A la niña le encantó la silla de grandes ruedas doradas con pan de oro y el asiento mullido, de cuero negro artificial. Le resultaron muy convenientes tanto el freno que se podía manejar con un solo dedo como la manivela para el cambio de marcha de las ruedas; el mayor encanto consistía en un volante ligero para ajustar el ángulo del respaldar dentro del límite de 130 grados.

Gracias a esta silla de ruedas, que nos imposibilitó seguir escaleras arriba, ingresamos hacia el fondo del laberinto que se extendía entre las ruinas del hospital antiguo.

Al decir «laberinto», no exagero ni acudo a una metáfora, pues se trataba de una construcción compleja, como de tres colmenas unidas, compuesta por tres módulos cuadrados, distribuidos en forma triangular alrededor de un patio central y unidos los tres por corredores que salían desde cada uno de los costados colindantes. Para colmo, el edificio en su conjunto, que era una mezcla de ladrillos gruesos y concreto de antaño, revelaba un pastiche de partes conservadas en estado original y partes desmoronadas debajo del lodo. Me sería imposible explicar cómo desembocamos en el espacio donde estamos, aun cuando tuviera conocimiento previo de la estructura general del edificio, ni me siento capaz de rastrear el camino desde la entrada.

Ese mismo día, me aseguré primero de la ruta más corta para salir a la superficie, aprovechando la boca de la alcantarilla tras cruzar el hueco dejado por un inodoro desencajado, y luego fui explorando poco a poco zonas nuevas para ubicar otras salidas. A decir verdad, la gran mayoría eran callejones sin salida, y encontré pocas puertas que se comunicaran con el exterior. Al fin y al cabo, tuvimos la fortuna de refugiarnos en un asilo perfecto, salvo por el tufo a animal disecado, ya medio estropeado. Además, curiosamente no había pulgas.

Solo hubo dos sucesos alarmantes. La primera vez fue en la mañana de ayer, cuando la niña, durante mi ausencia para ir al antiguo campo de tiro en busca del caballo, escuchó voces humanas al otro lado de la pared. Según ella, uno lanzó un grito hacia la lejanía, al cual otro respondió con monosílabos, y al mismo tiempo otro más se alejó, dejando tras sí una carcajada burlona. Imposible. Para empezar, no existe «al otro lado» de este espacio. Al cabo de una pesquisa meticulosa puedo afirmar con absoluta certeza que esta estancia, salvo el lado de la puerta de madera, está rodeada de tierra por los tres costados. Lo único que puede haber son nidos de topos. La niña me aseguró que las voces no venían a través de la puerta de madera. No puede ser mentira, puesto que he instalado un triple sistema de alarma, hecho de alambres, en el corredor al otro lado de la puerta de madera. Quizá fuera producto de una pesadilla, algún zumbido o la brisa que corrió sacudiendo el conducto. No vale la pena preocuparse demasiado por esto.

El segundo suceso alarmante fue algo que vi hace unos minutos, cuando desandaba la ruta más larga que venía de la jaula colocada al lado del museo. En un punto muy cercano a nuestro refugio, encontré al borde del pasillo una colilla de cigarrillo, apagado luego de haber sido frotado contra algo, dejando dos centímetros desde el filtro. Ya ni fosforescía ni humeaba, pero me alarmé porque ni estaba muy seca ni muy húmeda y el papel estaba demasiado limpio. Claro, al recordar que hay momias que parecen vivas, un cigarro, que es un objeto mucho más sencillo, puede conservarse fresco durante un largo período. A la vez sentí un extraño alivio al comprobar que era Seven Star, la misma marca que yo fumaba. Dudar de mí mismo resulta mucho menos estresante. Por cierto, ¿cuándo empezaron a vender Seven Star? ...

La tierra empezó a rugir despacio y con pausas.

Las cinco y dos...

He decidido quitar la bolsa repleta de espumas de poliestireno con que tapé la boca del conducto a la llegada. Como esperaba, se escucha el sonido de tambores. Han respetado, al menos en apariencia, el protocolo establecido. Las resonancias que repercuten en el laberinto subterráneo crean un rugido como el del mar. A estas horas el caballo estará cortando la cinta con el cuerpo endurecido en medio de escasos aplausos, para inaugurar la fiesta de la Víspera.

Por el cielorraso, recortado por el marco del conducto, pasan volando, como galletas de arroz sobrecocidas, nubes hinchadas que parecen a punto de reventar para esparcir el agua que contienen.

Creo que ha llegado la hora de despedirse de este asilo. Los cuadernos los guardaré en una bolsa plástica, sellándola con cinta adhesiva, para que no se mojen. La esconderé en ese hueco de la pared en forma de gorro de béisbol sin visera que conserva un vacío como el de un bolsillo. De momento me sirve de caja segura para guardar el dinero en efectivo, el pase para el tren y el emisor de frecuencia modulada que saqué de la pata de la silla del cuarto ocho.

Levantaré a la niña dentro de media hora.

Si fuera solo por mí, preferiría andar solo hasta recuperar a mi esposa. No tengo la menor idea de cómo la voy a ubicar ni en qué situación nos vamos a encontrar. Parece que hay un enlace con el ladrón de píldoras, pero solo dispongo de pruebas circunstanciales. No debo hacer caso de las insinuaciones del caballo. También es posible que mi esposa esté enferma, hospitalizada de verdad, sin poder comunicarse conmigo por alguna razón trivial. Desde el punto de vista de mi esposa, el desaparecido sin dejar pista alguna sería yo mismo. A lo mejor ha conseguido un empleo provisional en la biblioteca de la sede central. Por otro lado, no se puede negar la posibilidad de que un golpe propinado por el ladrón la haya dejado amnésica. En el peor de los casos, puede que se encuentre despojada de libre albedrío por algún

vigilante o a fuerza de medicinas o hipnotismo.

En fin, debo tomar medidas oportunas de acuerdo con las circunstancias, sin descartar la violencia. Además de estos zapatos de salto, tendré a mi disposición bastante poder destructivo con este tubo de acero, de 25 centímetros de largo, que llevaré bajo el brazo. Últimamente no he podido realizar suficientes ejercicios, que no le gustan a la niña, pues dice que se siente encogida solo al verme saltar, pero mi habilidad innata me permitirá moverme con una presteza inigualable.

No me conviene ir con la niña a enfrentar tales dificultades. Correríamos el riesgo de caer rendidos los dos.

Sin embargo, cuanto más se me complique la situación, menos posibilidades tendré de regresar a este asilo. A duras penas me abriré paso entre los enredos para poner a salvo a mi esposa fuera de este hospital. No habrá otro camino de fuga que la cuesta abajo del lado norte hacia el pueblo, es decir, por el otro extremo de donde estamos. Si no saco ahora mismo a la niña de aquí, quedará abandonada hasta la eternidad. Podré renunciar sin problema a los cuadernos, podridos en el hueco de la pared y sin ser vistos por nadie, pero no seré capaz de hacer lo mismo con la niña.

Guardo las provisiones inmediatas en el baúl sujeto por debajo del asiento de la silla de ruedas: cuatro botellas de coca-cola, cinco panecillos, cuatro croquetas, dos pepinos, dos huevos cocidos, una pizca de sal envuelta en papel de aluminio, un cuarto de libra de mantequilla, una tableta de chocolate, cuatro duraznos medio pasados y un paquete de servilletas...

Con los auriculares del radio puestos en los oídos, la niña sonrío entornando los ojos. Como siempre, tiene una mano colocada en la entrepierna. Ya no le reprocharé en vano. Se duerme otra vez tras una sonrisa fugaz. Se ha encogido visiblemente. He procurado ajustarle la postura constantemente para evitar distorsiones (la silla de ruedas sueca se presta para este fin), pero los objetos blandos, sean caramelos o pasteles de arroz, siempre terminan tomando formas redondas al cabo de los incesantes manoseos. Debería admirar la habilidad del caballo, como jefe de la sección de condrocirugía, para mantener la figura original de la niña.

Al estar viéndola volverse más pueril hora tras hora, me invade la sensación de ir retrocediendo en el tiempo. Lo que no ha perdido todavía son los gestos de los ojos. Si algún encanto tiene esta niña para los hombres, serán estos ojos con los rabillos hacia abajo que no parecen reconocer nada a sus pies luego de haberse detenido tanto tiempo en la lejanía.

¿Qué haré con la bata blanca? Quizá es útil para mezclarme con el gentío, pero al mismo tiempo me puede delatar ante los ojos de los perseguidores. Me la llevaré por si me conviene ponérmela según la situación. Igual, servirá de almohada para la niña.

No me hago a la idea de dejar tirado en la habitación de la casa destartada el bolso que siempre usaba en mis andanzas laborales. El contenido no vale nada, pues consiste en treinta catálogos de zapatos de salto, quince solicitudes de compra y quince cupones para regalo, pero tengo un afecto especial por ese bolso italiano de cuero auténtico que me costó un ojo de la cara conseguir. A sabiendas de que puede resultar fatal un capricho nimio como ese, no llego a explicarme por qué tengo que sufrir semejante pérdida.

Las seis y siete...

A la marcha. Por la ruta 8484332. La he convertido en código para no equivocarme en las vueltas que tengo que dar hasta llegar al costado del museo.

—He soñado que se pudre un jabón.

—Un jabón no se pudre, niña.

—¿Por qué?

—Si se pudre, no es jabón.

¿Debo llevarme los cuadernos? Es más seguro buscar cómo sacarlos ahora del hospital que mandar alguien desde afuera para que los rescate, necesidad que surgirá solo en situaciones de emergencia. Los guardaré a la mano y veré qué hacer según lo que me suceda más adelante. Los meteré entre el forro del asiento y los cojines de la silla de ruedas. A nadie se le ocurrirá asomarse ahí a menos que tenga necesidad de repararla.

[APÉNDICE]

Al atravesar entre las rocas artificiales para salir a la superficie, cargando la silla de ruedas, me di cuenta de que la plaza al frente del museo rebosaba de coches con los que habían venido los espectadores de la fiesta de la Víspera. Llegamos al pie de la escalinata sin preocuparnos por las miradas inquisitivas.

—Es el museo. ¿Ves el asta de la bandera sobre el techo?

—Es una antena.

—Es un asta, te lo aseguro.

—Quizá funcione como las dos cosas.

De repente se escuchó una voz desde la sombra de un coche estacionado.

—No hay astas que no icen banderas hoy, es día feriado.

La voz clavó mis zapatos con pegamento instantáneo y enredó las ruedas, dejándome indefenso como un barril sin fondo. Aterrorizado, me volví despacio con la esperanza de que fuera una falsa alarma, y tuve que enfrentarme a la realidad. Era la secretaria.

Se encontraba de pie con una sonrisa rígida en el rostro, cargando una bolsa de compras en una mano. Le sentaban bien la blusa marrón claro y la falda color cacao, quizá recién estrenadas, vestimenta que le atenuaba un tanto la apariencia feroz de sus colmillos salientes.

—Están enterados de todo.

—Me atraes cada vez más, ¿sabes?

—Hemos arriesgado nuestro pellejo.

—Por eso les evité el trabajo. ¿No querían esto?...

La secretaria se mordió el labio inferior con la mirada alzada y quitó el papel de periódico que cubría la bolsa de compras. Reveló un bulto voluminoso de tela, color escarlata, enrollado con descuido. La niña se puso tensa como si tuviera un ataque de epilepsia.

—Qué horror.

—Lo puedes botar si no te gusta. Te hice el favor de robarlo, rompiendo el cristal de la vitrina...

Irritada, la secretaria cogió una rama del suelo y, tras sacar el bulto con ella, lo sacudió a ciegas. Parecía un cadáver de gato escarlata, atropellado por un coche.

—¿Es la madre con algodonosis?

—Es tan áspero como un fieltro desgastado. Con fuerte olor a naftalina para colmo. No sirve de nada a menos que te pongas una máscara antigás.

De repente la niña se agarró al bulto escarlata con la garganta ahogada por los sollozos. Ante las lágrimas y los gemidos, la secretaria retrocedió aturdida. Yo me puse celoso al ver una explosión tan frenética de emociones en la niña.

—Está jubilosa.

—Oye, te portas muy amable con la niña.

La secretaria me ayudó con desgana a tender la cobija entre la silla de ruedas y la niña. Resultó grotesco el contraste entre el color escarlata de la cobija y la belleza

práctica de la silla de ruedas. La niña se aferró con fuerza a los bordes de la cobija y dijo con voz gangosa:

—Es inevitable este olor a naftalina, que sirve para espantar bichos, ¿verdad?

Empecé a sentirme cansado. Me senté al borde de la escalinata y tomé con la secretaria una coca-cola tibia. La niña estaba tan embelesada que ni siquiera se dignó mirar la coca-cola. La secretaria me frotó las canillas con sus pies desnudos, salidos de la falda.

—Parece que estamos de paseo.

El cielo estaba ennegrecido como presagiando una hemorragia interna, y estaba a punto de reventar con un aguacero. Se oyó un chillido femenino cuando tiré la botella vacía al matorral. La secretaria lanzó un grito como de réplica:

—¡Cállate!

Partimos con ánimo decaído. No se podía esperar nada positivo, ya que nos tenían pillados desde antes. Pero tampoco había marcha atrás.

Luego de atravesar la plaza frente al museo, bajamos por la vía pavimentada, bordeando el parque, y nos aproximamos por la acera a una zona ocupada por puestos ambulantes que despedían olor a gas acetileno. Optamos por entrar al parque de la puerta peatonal y lo encontramos desierto por completo. Se escuchó una explosión para lanzar fuegos florales, que dejó humo blanco en el aire.

—Creo que esta niña ha retomado la figura original, antes de la hospitalización.

—¿Puede empeorar más?

—Depende de la resistencia de los huesos para sostener la presión de las vísceras.

—¿Qué quieres decir?

—Imagínate cómo se pondría un paraguas si se derritiera de repente la varilla. Es lo mismo.

En la plaza con la fuente, una banda de roqueros vestidos con kimono veraniego, desgastados todos como si estuvieran ensayando sin querer, tocaba una canción medio folklórica. Fuera de ellos, solo se veían tiendas improvisadas, una venta de peces dorados y otra de muñecos de caramelo. Una enfermera con pantalones cortos (tocada con el gorro de su uniforme, quién sabe por qué) que exponía sus muslos voluptuosos y un hombre con una sola pierna que llevaba un perro sarnoso se sentaban de lado en un banco, con los ojos detenidos sobre los salpicones ondulantes del agua revuelta.

Algo chapoteó a mis pies. Una polilla rosada del tamaño de un pájaro se metió en un charco formado por el agua traída por el viento.

—Tengo frío.

La niña temblaba. Le tapé los hombros con la cobija escarlata, que así me parecía un babero sujetado a la barbilla de una estatua de Buda, de esas que están abandonadas en algún camino de provincia. Yo transpiraba por las solapas.

Tomamos de nuevo la avenida de la puerta principal del parque.

De repente apareció un bullicio como si se hubiese reventado una piñata. A mitad de la larga cuesta se abría un pasaje comercial, como un túnel perforado a una altura

elevada del barranco. En el arco coloreado con luces de neón se exhibía una placa que decía: «Feliz aniversario del hospital Ginza de Buena Vista», y la niña exclamó eso agitando las manos. Alrededor de la entrada se abandonaban centenares de bicicletas en las cuales seguramente había venido todo este gentío abigarrado en espera de alguien: hombres vestidos como oficinistas, muchachos con jeans, médicos y enfermeras en batas blancas, pacientes internos empijamados. Ante esta escena abrumadora, renové la conciencia de que no me encontraba en un pueblo común.

—¿O sea que aquí va a ser la fiesta de la Víspera?

—Ginza de Buena Vista, qué nombre tan extravagante para un pasaje subterráneo.

—Se trata de un topónimo. Desde arriba alcanzas a ver hasta el monte Fuji.

—Pero qué peligro. Perforan un poco más y terminan excavando la base del hospital antiguo.

—Imposible. La base está muy abajo.

—Pero aquí estamos aún más abajo, ¿no es cierto?

—No sabes nada. El asilo en donde te escondías se situaba en el tercer piso del hospital antiguo.

—¿Cómo?

—Según dicen, el director de entonces decidió enterrar el edificio entero, al enfermarse de algo así como una neurosis bombardeofóbica...

Gotas grandes de lluvia empezaron a rebotar contra la tierra, como para resaltar su peso. La niña abrió la boca para absorberlas y emitió en un tono impostado una frase melodiosa, que quizá de hecho era un fragmento de alguna canción:

—Aunque el clima sea malo, se vuelve agradable en la memoria...

Empujados por la multitud que se apresuraba hacia el pasaje subterráneo para protegerse del aguacero, pasamos por debajo del arco con luces de neón y avanzamos unos tramos sin ningún encanto, con faroles en forma de lirios a los dos lados. Como al parecer formaba parte del hospital, predominaban diversas tiendas, florerías, fruterías, lencerías, venta de joyas de fantasía, y se asomaban de tanto y tanto zapaterías, tiendas de óptica, librerías, jugueterías, dulcerías, papelerías, bares de soba y tabaco para llenar el espacio. Luego, se iba estrechando el pasaje pero al mismo tiempo se ramificaba con irregularidad, invitando sin cesar a los peatones hacia el fondo. Pese a unos tramos dificultosos por las escaleras, seguimos avanzando sin miramientos, pues la niña se alegraba, exaltada, y ajena por completo al dolor de su cuerpo. La secretaria caminaba parejo, sin desafinar con el ritmo de mis pasos.

El pelaje de las tiendas iba cambiando de tono según las ramas.

Tienda de accesorios para coches, tienda especializada en jeans, venta de ingredientes de medicina china, tienda de discos, oferta de aparatos electrónicos, *pachinkos* acompañados por un estruendo de marchas militares con ofertas de consumo ilimitado de coca-cola, bar de pollo asado. La vía estaba atiborrada de botellas vacías de cerveza. Había además una tienda de cámara y revelado, un prestalibros, un bar de arroz con curry y ensaladas, una tienda especializada en

escucha clandestina, una heladería...

Compré tres helados con polvo de chocolate encima. Con una mano aún aferrada al borde de la cobija, la niña, encantada, metió la punta de la lengua en el copo de helado. A mí me sabía a tristeza, como si se me congelara el tiempo.

Distinguí una señal de baño público al otro lado de una calle estrecha, y de ahí en adelante el barrio cambiaba de fisonomía. Bajo anuncios provocativos de neón se apretujaban salas de videojuegos, cabarets y casas de *striptease*. Vacilé un segundo antes de atravesar ese rincón sospechoso con la secretaria y la niña en la silla de ruedas, pero intuí por olfato que ahí podía encontrar algo importante. Mi esposa solo podía estar en sitios así. Sin fundamento alguno, una firme corazonada activaba la alarma, avisando que había llegado por fin al destino.

Lo mejor sería ir solo, dejando a la niña en manos de la secretaria.

—¿Puedo confiar en ti?

—Claro, si confías en mí, sabré corresponderte.

—¿Qué quieres que te haga a cambio de la promesa cumplida?

—Piénsalo tú.

Sentí que mis pupilas se encogían, quemadas por el impacto de la ira, como si una descarga eléctrica me atravesara de sien a sien. Por más confianza que me infundiera la secretaria, no las podría dejar solas más tiempo del que tardaran en comer los helados. No correría el riesgo de descuidarme.

De repente la niña lanzó un grito:

—Mira, ahí está el doctor...

El cono de helado señalaba una tienda casi idéntica a la inmobiliaria, ubicada al otro lado de la calle, en diagonal. Las letras doradas que ocupaban todo lo ancho de la ventana de cristal decían: «Consultas sobre compra y venta de toda clase de órganos», y más abajo se exhibían listas de precios: «Extracción de sangre», «Banco de semen» y «Seguros de córneas». En la puerta colgaba un anuncio de madera, poco llamativo, que decía: «Información general sobre los entretenimientos».

A través de las listas pegadas en desorden se veía hacia el interior, todo en retazos. Al agacharme para colocar los ojos a la misma altura de la niña, me di cuenta de que había más espacio libre y que el rompecabezas se volvía legible, completando el cuadro con los dos ojos. Junto a la ventana había una mesa para visitantes, alrededor de la cual se sentaban en rueda siete u ocho médicos vestidos con bata blanca; todos tomaban cerveza. Se veían muy relajados, cada quien haciendo lo que le daba la gana: uno sacudía el cuerpo adelante y atrás, acariciándose la barba mal afeitada, otro soltaba una carcajada de tonto, mostrando los dientes más de lo necesario, y otro hurgaba la pipa con un fósforo. Creí distinguir a una mujer, pero no estaba seguro. Más allá se veía un mostrador, donde un hombre de bata blanca, con la espalda extrañamente tiesa, conversaba con una mujer sentada al otro lado. Con una frente ancha sobre las gafas sin montura y un escote profundo para resaltar el volumen de los pechos, la mujer era idéntica a Kei Mano, la mediadora que había

visto antes de entrar al hospital. ¿El hombre de la espalda tiesa sería el subdirector?

Se me rompió el cono de helado, deshaciéndose como pan mojado en mi mano. Lo tiré por debajo de la silla de ruedas y, cuando me volví hacia la secretaria, lamiéndome la crema adherida a los dedos, me di cuenta de que también se agachaba para escrutar el interior de la tienda.

—¿Será el subdirector?

—Creo que sí. Los demás son médicos de planta y quizá de la sección de órganos artificiales.

—¿Qué crees que van a hacer al reconocernos?

La niña habló en voz baja, mordiendo el borde del cono:

—Creo que me van a regañar mucho.

—Qué va. No tienen derecho.

La secretaria permaneció en silencio con la mirada clavada en el interior de la tienda, haciendo cálculos rápidos, al parecer, para evaluar la situación. Debería de saber qué estaban haciendo esos médicos y con qué objetivo. Era imposible que no supiera algo que yo mismo podía imaginarme. Seguramente se callaba pensando en qué ganaría o perdería al revelar el secreto.

—Vamos a volver —dijo la niña, preocupada, al percibir nuestra tensión.

—¿Adónde?

—Adonde sea.

Le acaricié las mejillas y le quité las lagañas. Me quedó en la mano una sensación harinosa.

La secretaria, presurosa, enderezó el cuerpo y dijo, recorriendo los alrededores con su mirada:

—No pasará nada si no nos ven.

Al fin tomaría la decisión de aliarse conmigo. En la tienda los hombres de bata blanca se pusieron de pie. Arrastré la silla de ruedas para que nos escondiéramos todos detrás de la columna de la heladería, y compré tres sorbetes de naranja.

Eran siete médicos en total, incluyendo al subdirector. Tras despedirse de Kei Mano, jovial y femenina, se pusieron en marcha con pasos livianos y entraron todos al baño público del otro lado.

Y nadie salía. Ya habíamos comido la mitad de sorbete. No se justificaba esta tardanza. ¿Siete hombres evacuando juntos al mismo tiempo? El subdirector no podía hacer sus necesidades en un inodoro cualquiera, debido al corsé de caucho. ¿Les sucedería algo inesperado? Esperaría dos, no, mejor un minuto, y si no salía nadie, me asomaría ahí.

Entré al baño público, dejando a la secretaria y la niña a la espera. Vi un aviso que decía «Fuera de servicio» y un poco más abajo una tabla con huellas casi invisibles del ideograma «Hombre». No había nadie. Bajo la luz demasiado fuerte de la lámpara y en medio del olor a amoníaco, no vi ningún rincón donde pudieran esconderse siete hombres juntos. Se alineaban seis urinarios a lo largo de la pared izquierda. En el que

quedaba más cerca nadaba un bicho entre las burbujas de un líquido amarillo. Al otro lado había tres cabinas para evacuar con puertas de chapa recién estrenadas, que seguramente habían puesto de manera provisional con miras a la fiesta de la Víspera. Me parecía inverosímil que se escondieran de a dos o tres en las cabinas, pero de todas maneras toqué cada una antes de abrirla y confirmé que de hecho estaban vacías.

Pero me llamó la atención el interior de la última, que carecía de inodoro. En cambio había un hueco cuadrado del que se extendía una escalera hacia un sótano penumbroso. En el techo había otro hueco, a modo de escotilla de barco de carga, del cual descendía una escalera móvil de acero. Era indudable que se habían fugado por uno de estos escapes, pero no pude detectar ni un rastro que me sirviera de pista. Debían haber demorado bastante para terminar de pasar todos. Me arrepentí de no haberlos seguido de inmediato, pues no me habría hecho falta inventar excusas para entrar al baño público.

Apenas me volví para marcharme, me enfrenté a un grito femenino:

—¿No ves que está fuera de servicio? ¿No sabes leer o qué?

Era la mujer de Mediaciones Mano. Me miraba como si me quisiera escrutar. Sin inmutarme, le devolví la misma mirada escrutadora. ¿Fuera de servicio? No podía ser, si presencié la entrada, seguramente indicada por ella, de los siete médicos. Pero era mejor evitar un debate innecesario. Lo importante era averiguar por cuál de las dos salidas se habían ido los médicos.

—Señora Mano.

En vez de relajarse, la mujer se puso más suspicaz, con el ceño fruncido.

—Te he visto en algún lado. ¿No fue en la tienda cerca de la entrada del hospital?

Ahí intervino en hora buena la secretaria, que se acercaba empujando la silla de ruedas.

—Es el nuevo jefe de guardia...

La frase surtió un efecto inmediato. Recordé vagamente que los mediadores de la entrada del hospital estaban bajo el control del jefe de guardia. La mujer mostró una sonrisa avergonzada, solo con el labio superior, y no hizo más que decir evasivas:

—Por suerte, se venden bien, ya se han agotado a pesar de que no son apuestas muy favorables. Perdona, no sabía que era el nuevo jefe. Encantada. Se acaba de ir el subdirector con seis médicos jóvenes después de comprar todos los billetes que quedaban...

—¿Adónde se fueron?

—Ya lo sabe.

—Contesta correctamente.

—Claro que sí.

—¿Arriba o abajo?

—Abajo solo hay una sala de máquinas. No cree que...

—Gracias.

Sin embargo, la secretaria mostró una extraña renuencia a entrar en el baño de hombres. Ante el rechazo contundente a mi argumento de que se encontraba fuera de servicio, no me quedó más remedio que borrar las huellas de «Hombres» con un tubo de acero para convencerla.

Le pedí a la secretaria que fuera arriba primero y, tras entregarle a la niña, intenté subir la escalera, cargando la silla de ruedas sobre los hombros. Podía soportar el peso, pero el hueco resultaba demasiado pequeño para pasarlo con la silla. Tuve que sujetar primero las ruedas por sus bordes y empujarla con la cabeza, manteniendo el equilibrio.

La niña empezó a llorar cuando vio que yo hacía esta operación complicada. Eran sollozos ahogados, como si se tratara de un dolor insoportable. La secretaria la atendía desconcertada. En plena batalla con la silla de ruedas, no pude saber quién molestaba a quién. No les haría ningún reproche. En adelante evitaría crear situaciones semejantes.

Nos encontrábamos en un pasillo frío con olor a tierra. Los cuartos de ambos lados estaban cerrados con chapas de madera y no se percibía ninguna presencia humana. Cada diez metros colgaba del techo una bombilla desnuda como de veinte vatios. En cada esquina había una señal roja de cinta plástica en forma de flecha que nos permitía suponer que llegaríamos a algún sitio si la seguíamos. Además, al cabo de cuatro días de vida clandestina en el asilo, podía hacerme la idea de cómo era la estructura del edificio.

Como el piso con textura de barro seco absorbía los pasos, me sentía como si anduviera con los oídos tapados. Sin embargo, hablábamos en susurros ante la fuerte resonancia que creaban las palabras, como si nos encontráramos en un pozo.

—Tú sí sabes lo que nos espera, ¿verdad?...

—Más o menos.

—¿Qué nos espera? —dijo la niña, también en susurros.

—No te preocupes —la atajó la secretaria, un tanto nerviosa—. Pronto se nos arreglará todo.

Al cabo de una larga caminata, giramos en una esquina, pero no en ángulo recto, e ingresamos, al parecer, a un módulo diferente. De repente se oyeron murmullos y el pasillo se iluminó mucho mejor. Pronto desembocamos en una cuadra bulliciosa, que era la unidad mínima de un conjunto compuesto por seis habitaciones en torno del patio. Muchos espectadores daban vueltas con pasos ceremoniosos en el sentido del reloj alrededor de la cuadra, como si se tratara de alguna exposición. Seguramente no nos habíamos topado con nadie durante el trayecto porque era una ruta privada, solo para el personal.

Nos llegó a los oídos un anuncio, emitido en un tono plano como el de un comentarista de las áreas científicas:

—De las seis que se clasificaron en la eliminatoria, dos del grupo cabeza se

mantienen... ya pasaron veintinueve etapas... es la sexta vez, se mantiene arriba de nueve en promedio, en total ciento catorce segundos... no se nota ni un asomo de... tres minutos después del ingreso del tubo de refrigeración... con la garantía del grupo de médicos... la diferencia según el gráfico trazado por la predicción de la computadora...

Decidimos dar una vuelta tentativa, mezclados con los espectadores, que en realidad no eran muchos. Había unas cuantas mujeres, pero ningún niño.

Cada cuarto exhibía un tablero con la foto de una mujer desnuda, quizá la jugadora, y una placa con combinaciones de números sustituibles con magneto, algunas de las cuales estaban en proceso de modificación. No entendí su significado. Un poco más arriba en la puerta se colocaban en letras grandes y vistosas los nombres, siempre de tres ideogramas, vaya a saber por qué, como «Museo de Muñecos», «Mujer Tsunami», «Magma» y «Lago del Cisne», que seguramente serían los códigos de las jugadoras. La mayor parte del público tenía un tabloide en la mano, comparándolo con los números y códigos y haciendo apuntes. Era un ambiente idéntico al de un velódromo.

Al dejar atrás la esquina de «Mujer Tsunami» nos encontramos, justo al otro lado de la puerta de «Magma», a la entrada de una sala de descanso con venta de bebidas y comidas. Alrededor de una mesa del centro, cinco hombres de bata blanca bebían whisky mezclado con agua y acompañado de papas fritas. Probablemente se trataba de los compañeros del subdirector, puesto que no había ningún otro grupo de cinco hombres de bata blanca. Imposibilitado de sentarse en una silla ordinaria por el corsé, el subdirector estaría de pie en medio del gentío cerca de la barra.

Avanzamos con celeridad, protegidos por la multitud.

La siguiente esquina correspondía a la «Mujer Máscara», que, como indica su nombre, tenía un rostro completamente pintado de blanco. No era un blanco natural, más bien tenía una tersura parecida al polvo de perla que resaltaba el volumen, borrando por completo los gestos. La cantidad de gente aglomerada ante la puerta indicaba la popularidad de la jugadora.

—Oye, ¿no es tu esposa?

Se me ocurrió que sí, pero no estaba seguro. Mejor dicho, no quería reconocerla, si fuera posible. Además, quedaba otro cuarto. Al doblar la esquina con pasos agitados, me enfrenté a la foto de «Casuaria», que no se asemejaba en nada a mi esposa. Entonces, ¿«Mujer Máscara» era mi esposa? Me sumí en una sensación desesperante, como si innumerables arañitas salieran por todos los poros de mi cuerpo. Aunque me creía capaz de soportar cualquier desgracia, la realidad supera cualquier expectativa.

Darí otra vuelta.

«Museo de Muñecos»... «Mujer Tsunami»... «Magma»... «Lago del Cisne»... Ninguna podía ser mi esposa. Otra vez «Mujer Máscara»... De nuevo me pareció de cuerpo hermoso, de complexión bien proporcionada. Ciertamente, se parecía a mi

mujer. Pero si de veras fuera mi esposa, lo habría intuido enseguida con una sola mirada rápida a la figura, aunque fuera de espaldas. Algo no me convencía del todo.

—Tiene que ser esta, ya que no hay otra.

A lo mejor tenía razón. Pero todavía no había prueba alguna de que mi esposa se encontrara entre las seis vigorosas clasificadas en la eliminatoria. No estaría de más prepararse mentalmente para lo peor.

—Qué extraño. ¿Por qué piensas tanto si se trata de tu esposa?

Claro que era extraño. Pero la esposa es algo que siempre existe como un conjunto de personalidades. Por más bonita que pareciera, lo que salía en la foto no era más que un pastiche muy elaborado de fragmentos del cuerpo, y era imposible hacerlo coincidir con mi mujer. Para colmo, la pintura espesa del blanco perla seguía impulsando una sangre ajena a las cuatro extremidades. Seguramente ya había sufrido una alteración de carácter también.

—Qué raro que estén los tres juntos. Oye, pásame en limpio el borrador pronto.

Sin preámbulo alguno, el subdirector estaba de pie, justo detrás de nosotros. La secretaria se puso un poco más seria, pero sin asombro.

—Hice dos copias mecanografiadas de la conferencia de mañana y mandé una a la junta... ¿Quiere que le saque unas cinco copias más?

—Suficiente.

¿No habían dejado de ser cómplices? La niña alzó la mirada hacia el subdirector, emitiendo una risa sigilosa y aduladora. Me sentí defraudado. Ante el desarrollo espontáneo del encuentro, me quedé tan desconcertado que no pude formular ninguno de los interrogantes que había preparado de antemano en forma de lista.

—Me sería de gran ayuda si me indicaras el modo de averiguar los nombres de las jugadoras.

—Bueno, ciertamente, inventaron unos códigos extravagantes. Quizá haya expertos en baño turco o poesía moderna entre los organizadores —dijo el subdirector en un tono cínico, pellizcando con brusquedad las orejas de la niña—. Te has vuelto una miseria, pobrecita...

El público se dividió en dos para dejar paso al trío de cabezas rapadas y pantalones deportivos que venían corriendo casi con las rodillas abrazadas, típica postura de carrera con los zapatos de salto. Al reconocernos, los tres se llevaron al mismo tiempo la palma de la mano a la sien y la movieron adelante y atrás como si fuesen orejas de elefante. El subdirector le habló a uno que llevaba un manojito de periódicos en el cinturón que le cruzaba sobre el pecho.

—¿Me regalas un ejemplar?

—No puedo, son para mañana.

Se fue el trío y se normalizó el flujo del público.

—Por lo que veo, estás interesado en alguna de las jugadoras.

La secretaria respondió en mi lugar:

—Puede ser su mujer.

—Ya veo —el subdirector mostró una sonrisa cínica mientras miraba la foto del tablero—. Pero sigues redactando los cuadernos todavía, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir con ese «pero»?

—Quiero decir algo como sin embargo. ¿Quieres que nos asomemos al interior? Aquí tengo billetes de sobra. Yo también tengo un interés particular en esta «Mujer Máscara» —luego, dirigiéndose a la secretaria—: Oye, lleva a la niña a la sala de descanso y esperanos ahí tomando un café.

La secretaria me pisó con todo su peso el empeine de los zapatos de salto y dijo:

—Solo voy a esperar cinco minutos. Fíjate bien en tu reloj. Quiero que me acaricies con toda tu ternura. Creo que tengo derecho.

La niña se volvió con una mirada suplicante desde la silla de ruedas, mientras se alejaba empujada por la secretaria. No supe a quién dirigir la mirada. La niña era bizca, además de tener los ojos separados. Me sequé las lágrimas. Fue por dolor del empeine, pero el subdirector lo malinterpretó:

—Ya no te voy a reprochar. Pero, sabes, a veces hace falta cierta crueldad. Los médicos nos hacemos crueles y los pacientes nos soportan... Es la ley de supervivencia.

Abriéndonos paso entre el gentío que miraba con envidia nuestros billetes, empujamos la puerta del cuarto de la «Mujer Máscara» y nos encontramos en una recepción rodeada de telones negros por los cuatro costados. Levantamos un telón negro y nos enfrentamos a otro telón negro. Tras avanzar así, descorriendo uno tras otro los telones negros a diestra y siniestra, sin saber si existía algún orden en ese caos, desembocamos en un sitio con paredes de baldosines blancos, semejante a un salón de clase en gradas, donde se daría un curso de anatomía. Al frente se instalaba un tubo en forma de medialuna, cubierto por entero por espejos combinados y lo rodeaba el público que desbordaba el salón.

El altavoz emitió un anuncio con voz seca y neutral:

—Pronto se acaba el descanso de tres minutos. Tomen asiento, por favor.

El subdirector no se podía sentar, de todas maneras. Decidí seguir de pie también.

Se apagó la luz y se esfumaron los espejos del tubo, dejando una cama amplia en el centro. ¿O eran espejos? Sobre la cama se acostaba una mujer desnuda con el rostro pintado de blanco, al igual que en la foto de la puerta, estirando las piernas hacia el público. Sentí que un temblor se expandía desde el centro de mi cuerpo como ondas en el agua. Lo disimulé con el cuerpo tenso para que no se percatara el subdirector, pero a cambio me empezaron a crujir las muelas como una lavadora eléctrica.

—¿Cómo ves este espectáculo? Es flaca a simple vista, pero me han dicho que

ganará por un amplio margen al «Museo de Muñecos», que ocupa el segundo lugar.

De la entropierna medio abierta con una de las rodillas alzada salía un objeto metálico con cables. De un aparato contador, colocado en la cabecera, salían en ramas varios cables con electrodos que se sujetaban a la rodilla, la cadera y los hombros. La mujer tenía su encanto y belleza aun en esa postura de bailarina presa por un haz de marcianos.

Desde el fondo aparecieron dos médicos de bata blanca para sacar el aparato de la entropierna y revisar el contador. Uno de ellos le pellizó un pezón a la mujer con el cariño de un viejo amigo, diciéndole palabras alentadoras. La mujer se encogió en acto reflejo.

—Qué extraordinaria. Todo el tiempo se encuentra a punto de entrar en un orgasmo.

—¿Se puede curar?

—Se trata de una enfermedad de ciertas pacientes, originada en la renuncia a su personalidad, que a decir verdad ni siquiera es una enfermedad. No es ni objeto de tratamiento, ni creo que haya necesidad de curarla.

—Qué barbaridad.

—¿Estás seguro de que es tu esposa?

—No estoy muy seguro, no sé por qué...

—Qué hombre tan dubitativo. A propósito, tu esposa... según me han dicho en la sección de nervios sexuales, padecía de una especie de manía violatoria...

—¿Supiste en dónde la tenían?

—Mira, ¿te acuerdas de la grabación realizada en la sala de espera que hemos escuchado juntos? Ese ruido, como el de la caída de un bolso de fécula, fue producido por tu esposa al desplomarse, así lo hemos supuesto. Se desmayó con una ligera conmoción cerebral y, cuando volvió en sí, se dio cuenta de que estaba rodeada de hombres enmascarados de blanco. A pesar de que solo se preparaban para aplicarle un tratamiento quirúrgico, pensó que la iban a violar entre todos. Y enseguida entró en celo permanente. Según me han explicado, la manía violatoria no es sino un celo defensivo para protegerse del miedo a ser violada, sabes. Es decir, se trata de un celo compensatorio que mata un veneno con otro veneno.

—Tonterías.

—Oye, te has puesto bravucón —el subdirector volvió la cabeza sobre sus hombros con la espalda derecha y me miró con la cara mimética de un camello, inflando y desinflando sucesivamente el labio superior—. Tú también estuviste echando una cana al aire durante la ausencia de tu esposa. Quién sabe qué hacías todo ese tiempo con la niña del cuarto ocho en algún asilo escondido en el sótano.

—No hice nada que me avergüence.

—No grites —gritó el subdirector. Algunos espectadores se volvieron con miradas de reproche—. Puedes hacer lo que quieras con esa niña, que está a tu disposición. Bueno, todavía me da un poco de celos, pues es tan fresca y tierna como

un zumo recién exprimido... Pero ya he tomado la decisión de cambiarla por otra, por la ganadora del concurso de esta noche... La mujer poseedora del récord de orgasmos y el hombre caballo... esta pareja resalta mejor mi propósito. ¿Tú qué crees? Hasta donde he preguntado, todos me han apoyado en la idea...

—Desconozco tu propósito.

—Cómo es posible. Está programado para la ceremonia de mañana. Luego del discurso inaugural del aniversario, yo, como hombre caballo, fornicaré, delante de todos los participantes, con la ganadora de este concurso. Yo mismo daré el ejemplo supremo de esta evolución retrógrada.

—No es más que un juego de monstruos.

—Oye, eres un hueso duro de roer. ¿Cuándo vas a comprender lo feo que puede resultar un cuerpo sano? Mientras la historia de los animales es un proceso de evolución, la Historia Humana no es sino una evolución retrógrada. ¡Vivan los monstruos, que son encarnaciones de los grandes débiles!

Se escuchó un timbre. Se apagó la lámpara verde de «En preparación» y a cambio se encendió una roja de «En acto». Conducido por una enfermera robusta de piel morena, un hombre de mediana edad, bajo de estatura y gordo, con la cabeza medio calva, apareció tímido por la puerta lateral. Los vellos púbicos le hacían un remolino sobre el pene erecto, tapado a medias por sus manos temblorosas. Cuando la enfermera se las quitó de un manotazo, el pene abrillantado perdió su vistosa luminosidad.

El subdirector dijo con un chasquido:

—Imbécil, está demasiado nervioso.

La enfermera untó aceite en el pene y le dio una frotada para darle bríos. El público explotó en risa al ver que el pene recuperaba el brillo. La mujer abrió las piernas ante una señal, y la enfermera se le acercó para aplicarle una lavativa, quizá algo de lubricante, al órgano de color alquitrán que tenía entre las piernas. Le corrieron unas ondas convulsas, como si fuesen bolsas de agua, desde el vientre hasta las costillas.

—¿No tienes cómo averiguar los antecedentes detallados de esa mujer?...

—¿De qué sirve a estas alturas?

El hombre de mediana edad trepó a la cama, con las nalgas expuestas a las miradas de los espectadores, y se arrodilló entre las piernas de la mujer, mientras esta torcía el cuello hacia la derecha con los puños cerrados. Se le hizo conocida esa figura, pero no podía estar seguro. El hombre ajustó con torpeza la posición de la cadera y del cuello antes de empezar a masturbarse. Al parecer el pene ya estaba flácido. El público soltó carcajadas burlonas y la mujer levantó la cabeza para escrutar la entrepierna del hombre.

—Quizá viéndola de cerca la podría reconocer.

—Oye, ¿quieres probar? —dijo el subdirector de repente, con la voz quebrada de risa—. A lo mejor lo recuerdas a medida que el cuerpo reaccione.

La enfermera entró al escenario desde la puerta lateral, tenía una jeringa en la mano y, tras darle una palmada sonora, untó alcohol desinfectante en las nalgas del hombre intimidado. Pero ahora, yo era el centro de la atención del público. Un hombre con el cuello escayolado, sentado justo delante de nosotros, estiró el brazo hacia mi pene y gritó:

—Está erecto. Está listo para hacer la jugada.

—No inventes.

El subdirector me empujó hacia el pasillo de gradas resbalosas, de unos cuarenta centímetros, armadas con tubos de acero inoxidable, sobre las cuales apenas podía mantener el equilibrio. Alguien me tironeó de la camisa, cuyos botones saltaron desgajados. Para sostenerme de pie no me quedaba más remedio que ir bajando las gradas hacia el escenario. Me quitaron el cinturón y me arrancaron la camisa. Me abrieron la bragueta y me bajaron los pantalones, que se enrollaron a mis pies. Cuando logré sostenerme de pie a duras penas sobre el piso, me encontraba vuelto una miseria con los calzones, los zapatos de salto y solo un jirón de la camisa. Se cruzaban gritos obscenos y exclamaciones alegres, que parecían llegar desde interior de los espejos. La mujer se incorporó sobre los codos y con el rostro blanco ladeado lanzó una mirada inquisitiva al exterior a través de las piernas del hombre de mediana edad. Cuando la enfermera, perpleja, dio una señal hacia el fondo, se apagó la luz en el interior, convirtiendo el tubo de cristal en espejos combinados. ¿Cambiaría el sentido del espejo? ¿Me reconocería ella?...

De espaldas a los espejos, agarré el tubo de acero que guardaba bajo el brazo, y subí las gradas de nuevo, blandiéndolo a ciegas para espantar a los espectadores. Ya habrían pasado los cinco minutos de gracia otorgados por la secretaria. Acudiría a su lado para entenderme con ella y enseguida volvería para emprender la embestida. Al decirlo para mis adentros, estaba consciente de que no eran más que evasivas. Hubiera podido irrumpir en el interior del tubo, rompiendo los espejos. Pero opté por retroceder. No sé por qué. A lo mejor ni traté de explicarme.

Varias veces sentí rebotar el tubo y escuché unos alaridos. Atravesé los telones negros a la carrera, esgrimiendo el tubo de acero.

Me encontré en la penumbra, con una tenue luz reflejada sobre el cielo raso, y apenas pude distinguir las manos con los brazos estirados. Corrí golpeando de cuando en cuando los telones negros para evitar cualquier emboscada. Aunque no había señales de persecución, el espacio estaba dividido por tabiques de una forma intrincada. Avancé por un laberinto interminable, pasando por la esquina de un corral de dos metros cúbicos y pegándome contra las paredes laterales, sin atinar nunca las leyes que regulaban la distribución de los tabiques. Al recordar que el subdirector no tardó ni un minuto para dejar atrás todo esto, se me fue acumulando la impaciencia que me desorientaba aún más, dejándome en estado de confusión.

De repente se escuchó un gemido femenino que sentí profundo y triste a través de los telones negros, como un ladrar del viento. Lo asocié con el grito del ventarrón helado que cimbraba los cables eléctricos aéreos en un día despejado de invierno, produciendo unos alaridos aterradores. ¿El hombre de mediana edad recuperaría su virilidad gracias a la inyección? ¿O entraría algún otro jugador? Seguí caminado a ciegas, enrollándome y quitándome sucesivamente los telones negros. Insensible por completo, ya no quería saber si huía de mi esposa o retrocedía hacia ella. La voz se alejó de un momento a otro y me quedé frente a la puerta.

Afuera seguía el mismo bullicio. Me escudriñaron con miradas entrometidas los que no habían conseguido billetes. Tenían toda la razón para sospechar, puesto que me había fugado del sitio casi desnudo, con los ojos desorbitados, adonde cualquiera hubiera deseado asomarse a cualquier precio. Deposité el tubo de acero con sigilo sobre el piso y decidí avanzar a contracorriente, con los brazos sujetos a los costados. Con suerte me lo tomarían por ejercicios físicos.

Había menos gente en la sala de descanso. No estaba la secretaria. Miré el reloj y me di cuenta de que ya llevaba media hora de retraso con respecto a la hora prometida. ¿Se habría marchado a algún lado, aburrída de la espera? Brinqué casi hasta la altura del techo, aprovechándome de la potencia de los zapatos de salto. Al tercer intento crucé la mirada con la mujer de la blusa marrón claro, agachada en un rincón. No, no estaba agachada, sino sentada en la silla de ruedas, leyendo un periódico. Me dio mala espina. Brinqué de nuevo, pero no encontré a la niña del cuarto ocho en ningún lado. ¿La habría abandonado o entregado a alguien en venganza por mi incumplimiento? Me abrí paso con rudeza para atravesar la sala, ignorando los insultos de la gente molesta. Al reconocermé, la secretaria me recorrió de arriba abajo con una mirada hilarante y me entregó el periódico a medio leer sin pena alguna.

—Mira, el periódico de mañana.

Entre la cobija escarlata y la cadera de la secretaria reposaba un bulto rosado con textura de paté. Estaba encima de la niña. Fuera de mí por un sentimiento que oscilaba entre ira y angustia, le tiré del brazo con desesperación y la levanté con violencia. Hubo un crujido de coyuntura dislocada, y la secretaria casi se quedó en vilo, arrastrada desde el busto por la fuerza y se cayó debajo de una mesa, lanzando un chillido estridente. Tomé en los brazos a la niña en la silla de ruedas y pude comprobar que tenía pulso y dejaba escapar gemidos débiles. Estaba viva. Estiré despacio las partes que me parecían corresponder a las extremidades. Recuperaría la forma humana con un poco más de atenciones.

Desde el gentío salieron abruptamente tres jóvenes de pantalones deportivos. Uno tendió la mano a la secretaria mientras otro se me acercaba en posición de karateca. El último me lanzó un puño de costado con un silencio absoluto. Al pelo ladeé el cuerpo para esquivar el ataque y, en el mismo momento en que quise acostar a la niña en la silla de ruedas, el de enfrente se me abalanzó con un cabezazo. Logré tragarme

a duras penas el vómito que me subía desde el vientre, pero la conciencia se desmoronó en la náusea. Alcancé a ver el color rojo gladiolo en los rostros de la gente que estaba congregada. Desde lejos me llegó al oído la voz cantada de la secretaria, segundos antes de que me atraparan en un bolso de caucho más grueso que el del corsé del subdirector.

—Di la tabla de multiplicar.

Alguien empezó a pronunciar una alocución fúnebre por mí:

—Dos por dos cuatro, dos por tres seis, dos por cuatro ocho, dos por cinco diez...

Recuperé la conciencia en la oscuridad. Al cabo de varios tanteos, sentí las ruedas de la silla y recordé lo que me había pasado. Me quedaba un dolor agudo por debajo de las costillas. Mientras me acariciaba el estómago, abrí la maleta colocada debajo del asiento para sacar la linterna y me cercioré del estado de la niña. Se encontraba tan distorsionada como un muñeco de caucho sobreinflado, pero percibí su respiración al acercar los oídos a la masa. Se me erizaron los vellos de todo el cuerpo como si me corriera una descarga eléctrica. Estuve a punto de lagrimear ante la emoción absurda de encontrarme al fin a solas con la niña. Metí un dedo entre los pliegues de la barbilla y la acaricié con ternura. La niña entornó los ojos y parpadeó varias veces seguidas, como enceguecida. Cuando le besé los pezones que parecían cicatrices, produjeron unos sonidos hondos, como si pisara los restos de un balón agujereado.

Exploré el espacio con la luz de la linterna. Se habían esfumado las sillas, las mesas, la barra y el amontonamiento de las botellas vacías y los vasos de papel, sin dejar rastro alguno. A cambio se extendía sobre la superficie del piso una capa gruesa de mugre acumulada desde hacía años, intacta, sin una huella siquiera, ante lo cual me inclinaba a sospechar que no había sido más que una fiesta de fantasmas la bulla de la noche anterior. Sin embargo, la distribución del espacio era tal como la recordaba, y tanto la niña casi aplastada sobre la silla de ruedas como la marca nítida del cabezazo en el estómago desmentían mi sospecha. Para colmo, encontré el mismo «periódico de mañana» estrujado, tirado al lado de la silla.

Agudicé mis oídos, pero no capté ningún sonido en ese espacio sin límites, sumergido en un silencio eterno.

Pensé en dar una vuelta por el lugar donde había sido el concurso, pero no deseaba enfrentarme al vacío absoluto al regreso, con la niña y la silla de ruedas desaparecidas, al igual que los objetos de la sala de descanso. Palpé a la niña y sentí la piel seca y polvosa. A medida que le pellizcaba por donde podía, me daba la sensación de devolverle la forma humana original, como si estuviera haciendo un muñeco de arcilla. Murmuró algo. Acerqué mi oído hasta la parte que parecía emitir el sonido.

—Tócame...

Escondidas por debajo de varias capas de carne y piel flácidas en torno a los huesos derretidos, era imposible saber dónde estaba la entrepierna. Palpé la masa, abriendo un pliegue tras otro y seguí acariciándola durante un largo rato. Se le aceleró la respiración y se le puso húmedo el cuerpo antes de quedarse dormida.

Desarrugué el «periódico de mañana» para extenderlo sobre el piso. En la primera plana encontré la descripción minuciosa y detallada del coito vehemente entre el hombre caballo con dos penes y la «Mujer Máscara», poseedora del récord de orgasmos. A pesar de que se limitó al uso exclusivo del pene auxiliar sin poder dominar los dos al mismo tiempo a causa del corsé, el hombre caballo hizo una

actuación impactante, suficiente para dejar admirado al público. Entre paréntesis estaba la firma de «caballo».

Sin embargo, no debo admitir el pasado, que no ha comenzado todavía.

Me puse en marcha, empujando la silla de ruedas. Me creo bastante conocedor de este edificio. Estaba en el segundo piso y tenía que buscar una salida, fuera para abajo o para arriba. Como las escaleras se encontraban demolidas casi por completo, debía encontrar el hueco dejado por el inodoro. Seguí caminando, y mientras lo hacía, tracé un mapa mental, agregando y borrando líneas. Encontré pocos baños a mis pasos, a pesar de que tenía que haber al menos uno en cada cuadra. Y en los baños que logré ubicar, los inodoros estaban bien instalados, imposibles de levantar en lo más mínimo.

Al cabo de docenas de horas de caminata, la luz de la linterna empezó a debilitarse. El optimismo inicial se precipitó barranca abajo, y se me convirtió en un miedo asfixiante. Encendí el micrófono escondido e hice una llamada, al principio sigilosa. Pregunté la dirección en un tono casual, sin dirigirme a nadie en particular.

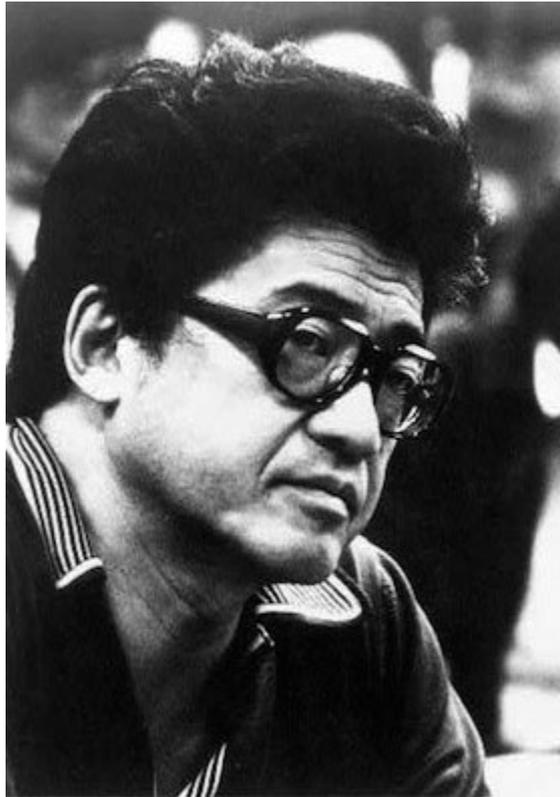
Cuando me cansé, lo apagué para abrazar a la niña en secreto. A veces entraba en erección. Los pliegues de la niña se ahondaban, alejándose cada vez más de la figura humana.

Al fin se me acabó la pila de la linterna. Sin querer empecé a gritar contra el micrófono escondido, olvidado de todo. Me dirigía al caballo. Acepté mi estado enfermo y le seguí diciendo a voz en cuello que me haría un paciente ejemplar.

Sin poder ver el reloj, ya no sé cuántos días han pasado. Me he quedado sin comida ni agua. Aun así, apago el micrófono escondido para abrazar a la niña cuando me siento cansado. La niña ya casi no reacciona. Pronto se me acabará la batería del micrófono escondido y podré abrazarla a mis anchas sin preocuparme por oídos ajenos.

Muerdo la cobija hecha con los restos de la madre de la niña, lamo la gotera de la pared de concreto y me agarro a estos encuentros secretos solitarios que ya no serán objeto del reproche de nadie. Aunque no lo quiera admitir, seguiré muriéndome sin parar, con absoluta certeza en el pasado llamado mañana, dejado atrás por el «periódico de mañana». Agarrado a estos encuentros secretos, solitarios y compasivos...

(1977)



KÔBÔ ABE (Tokio, 1924-1993). Heredero de Junichirô Tanizaki, Ryûnosuke Akutagawa y Osamu Dazai, es uno de los autores clásicos de la literatura japonesa del siglo xx. Cursó Medicina en la antigua Universidad Imperial de Tokio pero nunca llegó a ejercer la profesión. En su juventud militó en el Partido Comunista Japonés, del cual fue expulsado por sus diferencias respecto de la libertad de creación y los derechos humanos en el entorno soviético. Es autor de las novelas *La mujer de la arena* (1962), *El rostro ajeno* (1964) —ambas premiadas y llevadas al cine—, *Idéntico al ser humano* (1967), *El hombre caja* (1973) y *Encuentros secretos* (1977), entre otras, además de numerosos relatos y obras teatrales.